

SP-503



EXPLICACIÓN
DE LA
Iglesia material y de la Santa Misa
POR
D. Elias Fernández Lander
PRESBITERO

Con licencia de La Autoridad Eclesiástica

HIJOS DE ALEÓN
Imprenta, librería y encuadernación de «El Riojano»
1907

Cl. Do. = Pa = 11-2-32

INSTITUTO ESTUDIOS RIOJANOS



10015022262

SP-503



EXPLICACIÓN

DE LA

Iglesia material y de la Santa Trinitad

POR

D. ELIAS FERNÁNDEZ LANDER

PRESBITERO



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

LOGROÑO

Imp., lib. y encuad. de EL RIOJANO.

1906



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

Q. 21.184

ES PROPIEDAD

todos los ejemplares llevan las
iniciales y rúbrica del Autor en
letra y tinta ordinarias.

PRÓLOGO

¿Me preguntas, lector querido, si en este librito encontrarás algo nuevo? Te digo desde ahora que nó: porque yo no lo sé y, no ignorarás que, nadie puede dar lo que no tiene. Cuando en la entrada de un templo pidió un pobre á San Pedro una limosna, éste le contestó: «ni oro ni plata tengo; pero lo que tengo te doy» y en nombre de Jesucristo le dió la salud del cuerpo. Parodiando esto te digo yo: ni ciencia, ni literatura, ni cosa alguna nueva poseo yo; pero lo que tengo te ofrezco en honor de Jesucristo, para ver de conseguir la salvación de tu alma. Ten en cuenta por lo mismo, que no escribo para hombres de gran talento é ilustración, sino para hombres sencillos, para el común de los fieles.

Persuadido estoy de que en estos tiempos de ilustración (para todo lo malo), hay muchos bautizados que no oyen Misa diariamente y sobre todo los días de precepto, porque ignoran la excelencia de la santa Misa y sus misterios ó lo que en ella se representa, y no piensan á quién se ofrece, qué se ofrece y por qué se ofrece; ni saben meditar siquiera alguna cosa espiritual. (1) Y como van viendo muchas veces lo mismo, la Misa, y nunca han oído ni leído sino brevemente su explicación, de ahí que, no comprendiendo el significado, lo interno, se cansan de ver lo externo, como se cansaría cualquiera de ver el mismo espectáculo profano repetido por excelente

(1) Más que mi obra, aconsejo á todos lean sobre la Misa en general el precioso libro del P. Cochem, titulado «Explicación de la santa Misa» traducido por M. Jesús Hagenbeck de Rincón Gallardo, que está bien y lujosamente encuadernado, sólo cuesta 3 pesetas y es una cosa buena, si bien sería de desear hubiera otra edición más barata para la clase baja.

que fuese, dejando primero de asistir alguna vez, hasta que por fin no iría sino por mera curiosidad ó compromiso. He aquí, pues, mi objeto principal, á la vez que también me propongo recordarte alguna regla de urbanidad para cuando estés en la iglesia y contestar directa ó indirectamente algunas objeciones. Quizá no satisfaga en absoluto tus deseos, pero tampoco es ese mi fin, porque necesitaría todo un libro y no un librito como éste. Es más, eso sería propio de un sabio (moralmente hablando) y no de un servidor. Decir lo contrario sería presumir mucho de mí mismo. También me mueve á tomar mi torpe pluma, la propaganda que por inspiración infernal hace la mala prensa contra todo lo que manda Dios, y en nombre de éste la Iglesia Católica. Y yo, como criado suyo, debo y (en cuanto alcancen mis débiles fuerzas) quiero contribuir de algún modo á desbaratar el empeño diabólico de aquélla, llevando mi granito de arena á favor del objeto de la prensa buena, es decir, oponiendo al artículo el artículo, al cuento malo el bueno, á la mentira la verdad, al desembolso de lecturas malas el de las buenas, al... libro el libro, pues vemos todos, los estragos de las lecturas malas, del libro pernicioso, del periódico impío, manifiesto ú oculto, de las novelas impúdicas y racionalistas: y á ese fin de querer destruir el mal, en lugar de hacer alguna consideración sobre la Misa, me he extendido sobre cosas de actualidad en distintos puntos que tienen alguna conexión con lo que en ella se representa. La Iglesia no es durmiente; es militante, está en lucha desde su principio, y ¿serán de mejor condición los hijos que la Madre? ¿no la defenderemos sus ministros y todo el que se precie de cristiano? ¿quién si no, ha de defenderla? ¿hemos de dejarlo todo en las manos de Dios? En hora buena que confiemos en su divina ayuda; pero no estemos cruzados de brazos, porque él nos manda que le confesemos, que le defendamos, que peleemos siempre cuando nos dice: «el que me confesare delante de los hombres, también yo le confesaré de-

lante de mi Padre celestial», pero «el que no me confesare» ó no defendiere «delante de los hombres, tampoco yo le confesaré» «ó no defenderé» delante de mi Padre celestial»: «nadie será coronado (en el cielo), si no pelea legítimamente». ¿Pero quién pelea legítimamente? No el que se cruza de brazos, no el que trabaja y le defiende por algún tiempo, sino «el que perseverare hasta el fin», «éste sí que se salvará», *hic salvus erit*. Hay que ser, pues, soldados siempre en activo, y no retirados. Por eso exclamaré diciendo: «salgan tantos soles que esconden sus luminosos y benéficos rayos, é iluminen los entendimientos de los ignorantes y abrasen los corazones de los tibios; den salida á sus aguas los profundos lagos (en saber) y rieguen, como las copiosas fuentes, la tierra, para que de árida se convierta en amena y frondosa; no retengan, como algunos de aquéllos, solo para sí sus aguas; salga el oro oculto de la ciencia y brillen los sabios, porque hay muchos que necesitan pan y no se encuentra quien les dé sino piedras ó veneno; salga también de su escondrijo el oro metálico, y háganse obras de amor de Dios, de misericordia y caridad que puede practicarse de infinitos modos (entre ellos favoreciendo y propagando toda publicación buena), porque los ricos son padres de todo necesitado, medicina de todo enfermo en el cuerpo ó en el espíritu; vengan valientes que confiesen á Dios y den ejemplo á los débiles, porque Aquél ha de tomarse cuenta á todos de sus talentos pecuniarios y también científicos. ¡Cristianos! ¿quién no sabe escribir un artículo ó un cuento basado en una máxima moral que destruya algún error de la prensa impía, ó populares? ¡A la lucha, pues, que la defensa es de derecho natural!

De todo lo expuesto has, lector, podido deducir que no me mueve el lucro en este pequeño trabajo (á poco más breve que el *prólogo*): sé muy bien no he de sacar el coste de la impresión.

Finalmente; voy á darte *dos encargos*. 1.^o *Que me leas despacio, fijándote bien en lo que te digo y lo*

practiques después. 2.º Que nunca me dejes, ni por un momento, en manos de niños, porque su diversión consiste en rasgar todo papel y todo libro, como en desplumar primero, hacer padecer después, y por fin matar à todo inocente pajarillo: ellos, tal vez, piden con instancias un pajarito, lloran si no se les da, rien cuando se les entrega, admiran su pluma y su càntico, pero luego les pierden ese cariño y respeto comenzando por colgarlos del pico, de una pata, les despluman poco á poco, les atan con un hilo, les arrojan y por fin les matan cruelmente, si antes no se lo toma el gato con su ligero guante, así también hacen con los libros: lloran para conseguir se les entregue, después miran el color del papel, luego admiran las letras que no entienden, ahora les quitan una hoja, más tarde otra, poco á poco todas, y por fin... lo arrojan al fuego. Entrégueseles enhorabuena, mas sólo los libros impíos, inmorales, por muy lujosos que sean, pero... éste (ú otros mejores) de ninguna manera, aunque sólo te haya costado

75 céntimos.

EXPLICACIÓN

DE LAS COSAS QUE REPRESENTA LA IGLESIA MATERIAL
EN SU INTERIOR Y EXTERIOR

La palabra griega *iglesia*, es lo mismo en castellano que congregación ó reunión de fieles cristianos, y, tomando el continente por el contenido, es el lugar ó edificio en que se reúnen los cristianos á orar, celebrar los divinos oficios y recibir los santos Sacramentos. Así se llamó desde el tiempo de los Apóstoles para distinguirlo del de los gentiles, que al sitio donde oraban, llamaban *templo*; cuya palabra se confundió con la de *iglesia*, pues cuando los emperadores se convirtieron á la fe cristiana, los *templos* se denominaron ó convirtieron en *iglesias* para los cristianos.

La iglesia es figura del cuerpo humano, y así como éste en cada parte representa una maravilla del poder de Dios Creador; en la iglesia, cada parte representa un prodigio, pues no hay cosa en ella que no incluya un grande, elevado y profundísimo misterio.

La mayor parte de las iglesias tienen la *forma de nave*, es decir, más largas que anchas, para manifestar que la Iglesia cristiana nos defiende en los peligros, vientos, olas y tempestades espirituales que cercan á los cristianos que navegamos en ella, y que, simbolizando al mismo tiempo la caridad, recoge siempre á sus propios enemigos, que arrepentidos, le piden auxilio cuando se hallan á peligro de perecer en las olas de las pasiones, agitadas por nuestros enemigos, mundo, demonio y carne. Los operarios de esta nave son los obispos y sacerdotes, y su capitán, el Papa que la dirige con el auxilio y protección de Dios.

En *la puerta* está representado J. C. (1) y la obediencia de los diez Mandamientos, que son la puerta de la vida eterna.

¿Para qué se pone en la entrada de la iglesia *la pila del agua bendita*?

—Para que así como antiguamente, según todos sabemos del templo de Salomón, había fuentes de agua natural á la entrada ó atrio de las mismas, á fin de que los que habían de entrar se limpiaran antes las manos, cara, pies y todas las manchas del cuerpo; así también es muy natural que los cristianos nos acerquemos á adorar y pedir mercedes ó gracias á Dios lo más puros posible en conciencia, y, para esto, para limpiar el alma, que es lo que más agrada á Dios en nosotros, nos valemos del agua bendecida por los sacerdotes, cuyo efecto ó virtud, entre otras cosas, es como dice el Catecismo, perdonar (por modo de impetración) los pecados veniales «teniendo algún dolor sobrenatural de ellos.»

Si hay comodidad ó espacio, se edifica la iglesia de tal modo que uno de sus extremos esté *hacia el Oriente*, el cual significa la divinidad, según Santo Tomás. En dicho extremo interior se coloca el altar mayor, ya porque J. C. murió en la cruz mirando hacia el Occidente, y de esta manera, siguiendo la tradición Apostólica, é imaginándose los fieles ver hacia aquella parte á J. C. crucificado, oren y le adoren de frente; ya porque en el día del juicio universal, se cree, vendrá de aquella parte á juzgar nuestro modo de obrar y pensar en esta vida. Así, pues, cuando ores, cristiano, hazte cuenta que estás viendo crucificado por tu amor á tu Criador y dulce Redentor, ó que ves venir no ya á tu dulce y misericordioso Redentor, sino á tu justo y divino Juez, irritado contra tí por lo mucho que le has ofendido, á pedirte cuenta rigurosa de toda tu vida, y piensa,

(1) Siempre que en este librito se vea esta abreviatura léase Jesucristo.

como dice Fray Luis de Granada, que si los Angeles y Santos temblarán aquel día delante de la presencia de Dios al verle tan enojado, ¿qué harás tú, entonces, pecador? ¿qué responderás? Contémplole bien ahora, y haz hoy lo que desearás entonces haber hecho.

¿Qué nos advierte la *lámpara* de aceite luciendo siempre?

—Que en el altar donde ella se halla está J. C., resplandor de la luz eterna, luz también verdadera, y, por lo mismo, que le tributemos el culto debido; que estemos con reverencia y respeto; que así como el aceite se consume por el fuego; J. C., todo misericordia (simbolizada por el aceite) para todo cristiano arrepentido, está constantemente abrasado por el fuego de la caridad, del amor, para que se salven todos los hombres, queriendo que todos participen y se enciendan en ese amor divino.

En *las cuatro paredes y columnas* que sostienen la iglesia están representados los cuatro Evangelistas, los Apóstoles, Doctores, Mártires y Santos, que unos con sus doctrinas y saber, y otros con la fe y sangre que derramaron; iluminaron, fecundaron, vivificaron y fortalecieron la Iglesia militante, cuyos miembros ó fieles, unidos por la argamasa de la caridad, forman, como las piedras unidas por la cal, el edificio. Las piedras grandes y ricamente cinceladas ó labradas de la iglesia, representan á los Santos que se distinguieron de los demás fieles y se pulimentaron á sí mismos á golpes de martillo, es decir, á fuerza de trabajar, de hacer penitencia, de padecer por la gloria de Dios, porque Dios sea conocido, amado, servido y obedecido.

El *techo ó bóveda* es figura de la caridad, pues así como ella cubre todo el edificio material, así también la caridad, oculta, perdona y encubre todas nuestras imperfecciones, todos nuestros pecados, si es perfecta.

El *suelo ó pavimento* significa la humildad, que es el fundamento de las demás virtudes: por lo mismo,

quien carezca de ésta, no puede crecer en las demás virtudes, tiene que comenzar por hacerse pequeño, sometiéndose sin réplica á las disposiciones de Dios y de sus superiores, juzgándose inferior, interior y exteriormente, y atribuyendo á Dios cuanto tiene y sabe.

La *altura de la iglesia* nos invita á elevar nuestros corazones, pensando en las grandezas del cielo.

Los *clavos, hierros, maderas y vigas* que arman y unen el edificio de la iglesia son simbolo de los Confesores, Predicadores, religiosos, varones justos, y sirvientes de la Iglesia, porque éstos con su unión, celo y caridad unos, otros con su ejemplar y penitente vida, y otros con su doctrina y enseñanza conservan, sustentan, ilustran, adornan y hermosean el edificio de la Iglesia militante.

Las *ventanas*, representan ó denotan los sentidos del hombre, pues así como aquéllas son adornadas y anchas por la parte interior ó de adentro, para dar más luz al templo, pero recogidas por la parte exterior ó de afuera para librarlo de las tempestades de las aguas; así también deben ser los sentidos del hombre cristiano, anchos y dilatados por la parte interior para adornarse y hermosearse con más libertad en las cosas espirituales, pero recogidos en la parte exterior para que no entren los vicios.

¿Y qué representa *la torre*?

—Los prelados y predicadores, pues éstos son la torre que con su celo y doctrina defienden la Iglesia terrestre ó militante y la hacen inexpugnable.

Las *campanas*, usadas primeramente para reunir los fieles por S. Paulino, obispo de Nola, en la provincia de *Campania* (Italia), de donde han tomado el nombre, excitan y recrean los ánimos de los fieles, son el júbilo de los espíritus y la alegría de los pueblos; ellas alaban á Dios, llaman á todos, reúnen el clero, hacen que se llore al difunto y solemnizan ó hermosean las fiestas; son, en una palabra, las lenguas de los predicadores, por lo que así como los

Apóstoles se callaron el tiempo que el cuerpo de J. C. estuvo en el sepulcro, así también se omite el toque de aquéllas en Semana Santa, hasta que llega la hora en que se tocan «á gloria» el sábado Santo. Dicho toque, hecho para indicar la alegría de los Apóstoles y discípulos por la Resurrección del Señor la mañana del domingo, lo anticipa la Iglesia á dicho sábado para celebrar muchos misterios, no para quitar á los fieles la obligación del ayuno y de la abstinencia.

También contemplarás, lector, en ellas, que así como los Magos, apenas vieron la estrella, fueron á adorar el Recién nacido; así también los fieles, tan pronto como oyen las campanas, deben dirigirse (al menos espiritual, no *pudiendo* corporalmente) al templo, para adorar al que nace invisiblemente todos los días en manos del celebrante ó está reclinado en el sagrario, como en el pesebre, esperando le visiten no precisamente los sabios, sino todos los cristianos. Y nóvalo bien, que muchos vieron la estrella, pero sólo los Magos la siguieron, siendo por ello colmados de gracias espirituales; que muchos cristianos (de nombre al menos) oyen las campanas, pero se contentan con oirlas. Cuando tú las oigas, imaginándote ver la estrella, oír la voz de Dios y sentir «las luces é inspiraciones con que te llama é ilumina para practicar el bien», ponte en camino del templo lo antes que te sea posible (siquiera una vez al día), y si por casualidad, según nuestro modo de expresarnos, te encuentras en el camino con algún herodes que con buenas ó malas formas se burla de tí, dile lleno de fe parodiando las palabras de los Magos: «He oído la voz del Señor en las campanas del templo, y voy á adorarle y ofrecerle el oro del amor, el incienso de la oración y la mirra del dolor de mis pecados confesándome de ellos, y haciendo obras de penitencia; quizá voy, dile, por el camino del pecado (ó en pecado); pero volveré por otro, por el del arrepentimiento, por el de la amistad con Dios, por

el de la gracia que me conduce á mi fin, á mi verdadera patria, porque también aquellos *per aliam viam regressi sunt in regionem suam*, volvieron á su patria por distinto camino. Si así lo haces, tú también merecerás del Dios de amor gracias especiales que te ayuden á conseguir lo que con el martirio alcanzaron los Reyes Magos, el cielo.

El *oirse el reloj* en las campanas es un breve, pero elocuente sermón que nos señala y vocea frecuentemente la brevedad de nuestra vida y la inconstancia de nuestro ser de un minuto á otro minuto, pues así como las pesas de un reloj cuanto más distan y se deshacen de la maquinaria, tanto más próximas están del suelo encaminándose siempre hacia él; así nuestra vida, cuanto más se deshace y dista de su nacimiento, tanto más próxima está del sepulcro.

La *veleta*, que se mueve á todos los vientos y está debajo de la cruz, nos da á entender, que en todo aire próspero ó adverso, es decir, en la prosperidad ó en la adversidad, en la aflicción, hemos de tener siempre presente y sobre nosotros la santa Cruz, que es la señal de todo cristiano.

En la veleta suele colocarse *un gallo* indicando que aquella iglesia es parroquia, es decir, que hay uno que vigila, un predicador, uno que, así como el gallo cuando prevé algún peligro da la voz de alerta; así el predicador, grita frecuentemente á los fieles rodeados constantemente de enemigos. También puede significar la corrección ó aviso de S. Pedro, el más elevado en dignidad después de J. C., que por confiar en sí mismo y no contar con la gracia de Dios, le dejó ó consintió le negase, valiéndose de un gallo para avisarle J. C. También para los cristianos es la figura del gallo, una extensa lección compendiada.

Sobre la torre y la veleta está *la cruz*, y nos enseña que aquella es la casa y palacio de Cristo crucificado por nuestro amor, casa de oración y contemplación, y que el predicador ha de anunciar la doctrina del crucificado.

Bien—se me dirá—bajemos de tan grande altura y dígame qué representa *el púlpito*.

Ya la sabiduría, y por eso se llama cátedra del Espíritu Santo, simbolizado por la blanca paloma que debajo del tornavoz suele haber; ya la luz, porque es el lugar donde se declara y explica la luz del Evangelio, cuya doctrina enseñada en el centro de la iglesia y de frente para que todos se enteren mejor, es necesario saberla para salvarse, poniéndola, por supuesto, después en práctica.

¿Y el coro?

—La congregación de los Angeles y justos, que con toda uniformidad alaban á Dios en el cielo.

¿Y el órgano?

—Forma parte del coro, pues en él cantan unos y otros tocan instrumentos músicos: sirve para elevar el corazón del cristiano, contemplando que si aquí en la tierra se tañe ó toca tan bien por hombres pecadores que por concesión, gracia é inspiración divina, saben concertar tan suaves y armoniosas melodías para que oígan oídos pecadores, aunque se hace principalmente en honor de Dios: ¿qué serán las músicas del cielo, hechas ó producidas por los bienaventurados en honor del Rey de la gloria, y, allá donde todos son justos?

Pero ¿qué fruto sacamos de las *imágenes*?

—Siendo, como son, letras vivas que hablan á quien las mira, el fin que se propone la Iglesia es que los fieles imiten sus originales, ó prototipos á quienes representan, en las virtudes y obras heroicas; es para que los sencillos que no saben leer y los niños se instruyan poco á poco en la humildad, vidas, tormentos y martirios que padecieron los Santos, para que á su ejemplo nos conformemos en los trabajos, siguiendo su vida y su paciencia; para levantar nuestro corazón á amar á Dios, á sus Santos y nuestros prójimos por amor de Dios; para excitarnos á compasión, y así sabemos de S. Gregorio Nacianceno, que en ver la imagen de Abraham que iba

á sacrificar á su hijo Isaac cumpliendo una prueba divina, dice que no podía contener el llanto: muchos cristianos, al ver la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, derraman lágrimas, y todos nos movemos á dolor y sentimiento; pero nuestro corazón se confunde y anonada si detenidamente contemplamos al Hombre-Dios, á J. C. crucificado por amor del hombre, criatura suya. Son finalmente las imágenes, pinturas, estampas ó escapularios de los Santos para conservar y aumentar la fe de los cristianos, pues por ellas ha obrado Dios muchos milagros en todos los tiempos del Cristianismo. Su adoración fué insinuada por el mismo Dios, cuando mandó colocar en el tabernáculo de la Antigua Ley, dos Angeles de oro macizo.

Quizá diga alguien, siquiera de pensamiento: «pero si Dios tiene mandado en varios lugares de la sagrada escritura y determinadamente en el primero de los diez Mandamientos que sólo á él se adore, como cuando dice «adorarás á tu Dios y Señor y sólo á él servirás» ¿cómo puede serle agradable que adoremos á los Angeles (cuya figura no vemos porque son espíritus), ó á los Santos en sus imágenes, reliquias ó estampas?

—Es muy sencillo, aunque no quieran comprenderlo los protestantes, ú otros, y digan que eso es superstición. Y antes que se olvide, debe hacerse presente que si los Angeles, como espíritus que son ciertamente, no tienen figura corporal, nosotros la imaginamos por la idea que de ellos tenemos, pues los hombres no podemos exponer nuestras ideas sino por medio de figuras corporales. Dios nos prohíbe en verdad adorar las imágenes considerándolas como dioses (como las consideraban cuando Dios lo prohibió), es decir, nos manda no creamos que en ellas está la divinidad, y, por lo mismo, que no espere-mos de ellas, ni de los Santos, nos concedan en nombre propio lo que sólo él puede conceder ó hacer; pero el mismo Dios nos permite, y por la Iglesia nos

aconseja, los adoremos en sus imágenes ó reliquias como retratos ó restos de sus amigos y que le pidamos por su intercesión, para que se nos conceda con más facilidad lo bueno que á él pidamos, sabiendo todos los cristianos que, al adorar dichas imágenes ó suplicar á los Santos, no pára nuestra intención en ellos ó en ellas, (cuyas imágenes pueden ser de un pedazo de leña, piedra, hierro, etc. y que éstas por consecuencia, siendo objetos inanimados, ni oyen, ni ven, ni entienden), sino que nuestro culto se refiere al Santo que represente, é indirectamente á Dios, como es honrado ó ultrajado un rey terreno en la bandera de su nación, en una estatua, moneda, retrato, en los representantes de su autoridad, etc., y también suplicado por sus amigos, obteniendo á veces gracias reales los súbditos que, de no interceder sus amigos, el rey no las habría concedido. Que es agradable á Dios el culto que damos á las reliquias é imágenes de los Santos, y por consecuencia el que damos á los mismos Santos, lo prueban innegablemente, como queda dicho, los milagros que constantemente obra Dios en favor nuestro por intercesión de ellas, y hoy de un modo palpable en la de nuestra Señora de Lourdes, (1) en la actual ciega Francia dominada por la masonería...

Antes de pasar adelante, me ocurre exponer aquí una pregunta que se me hizo diciendo: ¿es conforme á la razón la libertad de cultos?

—Contesté y contesto: nó, señor; porque pensar que todas las religiones y cultos, opuestas y opuestos entre sí, son igualmente agradables á Dios, es un

(1) Aunque la madre de Jesucristo-Dios, en cuanto á lo temporal, sólo fué una, damos á ésta distintos nombres, ya por el lugar donde fué hallada su imagen, como Nuestra Señora del Espino, del Roble, de la Encina, del Valle, etc., ya por algún misterio de su vida, como Nuestra Señora de los Dolores, de la Asunción, etc.; pero siempre entendemos dichos nombres por el de la Virgen María, como entendemos de un sólo hombre por muchos nombres y los apellidos que ésta tenga.

solemne disparate, disparate que cometieron nuestros *buenos* gobernantes, admitiendo ó permitiendo dicha libertad (que así puede llamarse aquí hoy prácticamente la tolerancia religiosa), so pretexto de que en nuestra España entraría á espuestas el oro, y... ciertamente, por justo castigo de Dios, entró á espuestas la miseria y la maldad. Dios, en fin, es la suma Verdad y sumo Bien, y por lo mismo no puede agradarle el error ni lo malo. Por consecuencia, sólo le agrada el culto cristiano mandado por él, y la Religión Católica que es la sólo, la única verdadera. Quien diga lo contrario, sepa que siente de Dios como no lo es; que tiene un Dios enteramente opuesto al verdadero, al Dios de los cristianos, y una religión acomodada á sus pasiones, á sus vicios, no á la realidad, no á la verdad, pues como dice un refrán: «la verdad no tiene más que un camino» y éste es el del cristianismo.»

Pero ¿no es libre el hombre?

—Sí, señor; puede elegir ó practicar lo bueno ó lo malo; puede hacer ó no hacer lo que Dios manda; creer ó no creer su doctrina, ¿quién lo duda? *Pero* si elige ó practica lo malo; si no cree su santa é infalible doctrina, ó si no observa lo que Dios manda, será castigado. En esto consiste la libertad del hombre, que tan mal entienden muchos. Por lo mismo, después de pecar, aunque sólo consintiendo interiormente, no queda el hombre libre de castigo, pero si queda libre como antes para obrar ó no obrar durante su vida conforme Dios manda, siendo siempre digno de mayor castigo si elige lo malo ó consiente en ello.—¡Si yo pensaba que el hombre podía hacer y deshacer aquí, sin dar cuenta allá...!

—Pues, no señor; porque lo dicta la razón de cualquiera, y si no, oye: ningún criado ó sirviente puede deshacer como dueño lo que su amo ha hecho, ni tampoco hacer lo que tiene prohibido: si hace lo contrario ¿no será justo que el amo le pida cuenta de su modo de obrar y le castigue siquiera despidiéndole

de su casa? Porque una de dos: ó el amo es amo ó criado, ó el criado es criado ó amo. Si el criado siempre es criado, debe también obrar siempre como criado, no como amo. ¿No te parece?

Sí, todo muy bien.

—Haz, pues, ahora la aplicación sobre cualesquiera de los diez Mandamientos, v. gr.: en el 5.^o Dios que es el amo verdadera y absolutamente propietario de todas las cosas, ha hecho á todas, y por lo tanto también al hombre, teniendo prohibido que nadie privadamente, á no ser en justa defensa, quite la vida á otro hombre. Pero dice uno: «yo mato á éste ó aquél para satisfacer mi pasión de venganza, ó porque sí, porque me dá la gana». ¿Qué te parece?

Ahora veo que obra muy mal ese hombre, porque deshace lo que Dios ha hecho; y ha obrado como amo no siendo sino un simple criado, recordando ahora que fué formado y sacado de la nada por Dios para servirle y amarle: comprendo, pues, que es muy justo se le prive de la casa divina, del cielo.

De lo expuesto habrás deducido—dije á mi interlocutor—que aunque eres libre para dar ó no dar culto á Dios, tienes obligación de dárselo según él manda y de seguir su doctrina, como la tienen también los gobernantes de dar leyes, para que sólo á Dios se dé el culto que se merece proscribiendo la tan cacareada libertad de cultos con todas las demás luciferianas libertades. Si éstos (los gobernantes), que también son simples criados de Dios, hacen lo contrario, serán causa de la condenación de muchos y de la suya propia: El que es causa de la causa, es causa de lo causado, dice un principio filosófico-moral. ¡Cuánta aplicación puede hacerse de él en estos tiempos sobre permitir, exponer ideas funestas á la sociedad, escribir impiamente en toda clase de papeles...! Una comparación se me ocurre al llegar aquí: si es difícil que un usurero se salve por los muchos pobres que habrá perjudicado y undido en la miseria temporal, aun buscando éstos

libremente á aquél, pero obligados por la necesidad; ¿no será muchísimo más difícil que se salven muchos gobernantes que no sólo permiten, sino que aplauden, defienden y sancionan tan grandes males, que sirven y servirán para hundir para siempre á tantos en el profundo del infierno? Pero... pasemos, pasemos.

EXPLICACIÓN

DE LAS COSAS PRINCIPALES QUE SE REPRESENTAN
EN LA MISA

Primeramente: *el altar* representa á Jesucristo en el ara, vara alta de la cruz, ó alta ara.

La *mesa del altar*, la en que el Señor celebró la última cena con sus discípulos. Debe estar cubierta con tres manteles de lino para significar la sagrada humanidad de J. C.

Los *candeleros* traen origen de cuando el rey Salomón colocó dos en el altar del templo por mandato de Dios, y representan los dos pueblos judío y gentil, de quienes fué medianero J. C.: por esto se pone la cruz en el medio del altar. En las Misas rezadas se ponen dos luces sobre otros dos candeleros, para significar que los dos pueblos dichos fueron iluminados con la doctrina de J. C., saliendo de las tinieblas del error á la verdad y luz admirable del Evangelio.

Las *velas*, simbolizan el misterio de la Santísima Trinidad: la cera al Padre, el pabilo al Hijo, y la llama al Espíritu Santo.

El *misal*, la vida, predicación y doctrina de J. C.

Los *corporales*, la sábana santa en que fué envuelto el cuerpo de J. C. después de muerto.

La *palia*, ó sea, el cuadrito pequeño que se pone sobre el cáliz, el sudario.

El *cáliz*, el sepulcro de J. C., que, como todos saben, era propiedad de José de Arimatea respecto de otros hombres.

La *patena*, la losa ó piedra grande que cubrió el sepulcro.

El *amito* ó ropa primera que se pone el celebrante, el lienzo con que cubrieron los sayones el rostro ó cara del Salvador cuando, dándole bofetadas, le decían: «adivina, Cristo, quién te dió.»

El *alba*, la vestidura blanca con que Herodes vistió al Señor, por irrisión y burla.

El *cíngulo*, los cordeles con que le apresaren en el Huerto de las olivas.

El *manípulo*, el cordel con que le ataron á la columna para azotarle.

La *estola*, la soga que le echaron al cuello por el camino del Calvario llevando la cruz.

La *casulla* (llamada antes casa pequeña porque antiguamente cubría todo el cuerpo, sin tener abertura por los lados, si solo el agujero para pasar la cabeza) significa la ropa de grana ó púrpura que pusieron á J. C. al sacarle de casa de Pilato después de coronado de espinas, tratándole como á rey de burlas.

El *sacerdote revestido con los ornamentos*, representa á J. C. en su sagrada Pasión.

La *corona del sacerdote*, la de espinas de J. C., que fueron 72 en numero. También es la corona del sacerdote (usada por tradición apostólica) para indicar que él es el ministro representante de J. C. con la misma potestad delegada de éste, y no solo para ofrecer el Santo sacrificio, sino también para absolver ó no absolver de los pecados, etc. Esto á todos, pero también á él dice constantemente, que su alma debe estar contemplando habitualmente las cosas del cielo, como casi siempre mira hacia al cielo su corona; que debe despreciar y echar de sí todas las cosas terrenas supérfluas, representadas por los cabellos cortados; y, finalmente, que debe vencerse á sí mis-

mo, á sus pasiones y al mundo, en el que ha sido puesto como Rey espiritual vencedor, recibiendo por ello en su cabeza la diadema; cuya insignia real, en su redondez, representa la perfección de la vida sacerdotal, y en su magnitud el desprecio del siglo: por lo que así como cuanto más alto es el grado á que cada ministro asciende en la Iglesia, tanto más debe renunciar á las cosas de este mundo para dedicarse más perfecta y enteramente á las cosas de Dios; así también, tanto mayor es la corona, cuanto más alto grado ocupan dichos ministros en la dignidad eclesiástica.

El *color blanco en las vestiduras* sagradas, simboliza la pureza de vida. El *encarnado* la caridad; el *verde*, la esperanza de los bienes celestiales; el *morado* ó violado, la tributación y aflicción; y el *negro*, el llanto, la tristeza y mortificación de la carne.

Saliendo el sacerdote revestido de la sacristía representa ó simboliza la salida de Nuestro Señor. J. C. del vientre virginal de María Santísima, para redimir á todo el género humano. Admira aquí ya, cristiano, el amor de J. C.: el Rey inocente quiso venir á pagar lo que nosotros sus siervos debíamos: *peccata quæ non détulit, nos abluendo sustulit*, canta la Iglesia.

El sacrificio de la Misa, que es una breve representación de la vida, pasión y muerte de J. C., solo se diferencia del de la cruz accidentalmente, en que allá se derramó la sangre y se siguió la muerte real del cuerpo, pero aquí nó; allá solo hubo un oferente; aquí dos: el primero J. C., y el segundo el sacerdote que ofrece dicho Sacrificio en nombre de J. C. y de todos los que asisten á él. Estos son también en parte oferentes del Sacrificio y reciben más ó menos gracia, más ó menos fruto de la Misa, según que tengan más ó menos devoción, atención y santidad ó pureza de alma.

¿Deben los fieles estar ya en la Iglesia á la *aspersión del agua* que se hace antes de Misa los domingos?

—Sí, señor; pues se hace para que por la aplicación

de las oraciones rezadas en su bendición, purificados todos los allá presentes y librados por los Angeles de las asechanzas del demonio, de vanos pensamientos y distracciones, asistan atenta y devotamente al Sacrificio divino. Es, pues, mala la costumbre de algunos que, pudiendo, aguardan (tal vez en el pórtico ó entrada interrumpiendo á los que están dentro con su hablar fuerte, ó impidiendo el paso á los que llegan de fuera) á que se comience la Misa. Misticamente el *asperges* del agua dicha significa la aspersion ó derramamiento de la sangre de J. C., que con ella pagó la pena del pecado para todos los que cooperen y mueran en gracia de Dios.

Misa es un Sacrificio ú oblación solemne é incruenta (sin derramarse sangre), en la que Cristo Señor nuestro, es ofrecido á Dios Padre por ministerio del sacerdote bajo las especies consagradas del pan y el vino, en honor de su suprema y divina grandeza.

Cuando el *celebrante va á comenzar* la Misa, se arrodilla hasta el suelo é inclina profundamente para manifestar su humildad interior y exteriormente delante de Dios, para adorarle, honrarle y hacerse así digno de sus gracias. Y así como los primeros cristianos se santiguaban al hacer cualquiera cosa; del mismo modo el celebrante, al renovar el Sacrificio de la cruz, comienza formando una (cruz) invocando y confesando el misterio de la Santísima Trinidad, en cuyo honor se han de hacer todas las cosas, y en cuyo nombre comienza á celebrar la Misa diciendo: «*In nómine Patris...*» Junta después las manos ante el pecho manifestándose así humilde como todo suplicante, y forma al mismo tiempo una cruz con los dos dedos pulgares para tener presente continuamente su imagen.

Reza el salmo Júdica en alta voz para que el ministro y los que están presentes puedan responder y percibir los mismos afectos que él. En las Misas de «Requiem» y de Pasión no se dice porque es salmo de alegría y júbilo.

Se santigua después diciendo: «*Adjutorium nostrum* para dar á entender que no puede ó no se atreve á llegarse con sus propias fuerzas ó méritos al altar y que necesita del auxilio divino». Por esto dice profundamente inclinado el *Confiteor Deo*, y conociendo que ha pecado, pide perdón á Dios, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen, á S. Miguel Arcángel, á S. Juan, á los santos Apóstoles, á todos los Santos y á todos los que oyen y ofrecen con él la santa Misa, á la vez que *se da tres golpes en el pecho* para excitarse y moverse mis á dolor de sus pecados. (1) Pero representa que J. C. recibió sobre sí los pecados de los hombres.

El ministro, en nombre de los que están presentes, repite lo hecho por el sacerdote, quien sigue después alternando con el ministro medianamente inclinado, porque continúa pidiendo á Dios misericordia, y así dice: «Manifiéstanos, Señor, tu misericordia.»

Antes de subir al altar dice en voz media *Oremus*, para que los asistentes á la Misa oren con él. Al pronunciar dicha palabra *ensancha y junta las manos* para expresar el acto del que pide humildé y devotamente y busca el auxilio de Dios.

Subiendo al altar *dice una oración secretamente*, porque ruega por sí solo. Acabada ésta dice otra también secreta inclinando la cabeza y poniendo las manos sobre el borde del altar, para manifestar que se une con Cristo representado por el altar y con las reliquias de los Santos que hay en las aras de todos los altares. Besa después el ara y extiende sobre el altar los brazos como para abrazar á Cristo y á sus Santos y alcanzar la benevolencia de éstos.

El dirigirse *del medio lado de la Epístola*, representa que los judíos fueron llamados los primeros á la fe.

(1) De aquí deducirás la pausa, gravedad y devoción con que debe pronunciar y hacer todo el celebrante, y aún el ministro, quien, como el celebrante, no responderá secamente, sino con respeto y dulzura.

También hoy son muchos llamados por J. C. mediante los predicadores y lecturas buenas, pero... desprecian, como los judíos, la persona, la fe y doctrinas de Aquél, diciendo también impiamente: «no queremos que J. C. reine sobre nosotros» ¡Desgraciados!

El *Introito*, leído por el celebrante con las manos juntas para mayor devoción y recogimiento, representa la venida de J. C. al mundo, y los versos de que se compone denotan los clamores y suspiros ó deseos de los profetas y patriarcas que esperaban impacientes la venida del Mesías. Se añade *Gloria Patri* en el segundo versículo del *introito*, para dar á la Santísima Trinidad las debidas gracias por la Redención ya hecha. Al comenzarle en las Misas de «Réquiem» no se signa á sí mismo el celebrante, sino al misal, como signando y bendiciendo á los difuntos. Para manifestar la vehemencia de los deseos de los profetas y patriarcas se repite siempre el primer verso del *introito*.

Todos los misterios de la Misa puedes, cristiano, ir meditando y saboreándolos despacio en ella, pero no en una sola Misa, sino en varias, haciendo algunas consideraciones. Aquí, v. gr., podrás pensar y decir: los patriarcas y profetas deseaban ardentemente ver nacido al Mesías, á J. C.: también yo debo con mayor anhelo desear y poner los medios para verle resucitado y triunfante en el cielo, etc.

Los *Kyries* (1) se dicen nueve veces simbolizando los nueve coros de los Angeles, y á la vez en honor de la Santísima Trinidad, tres al Padre, tres etc., y significan también la grande miseria y estado lamentoso en que estaban los hombres antes de la venida de J. C.

(1) Significando las palabras *Kyrie eleison* «Señor, ten misericordia de nosotros» se comprenderá, en conformidad con la nota anterior, con qué respeto y de corazón «*ex corde*» debe decir las el celebrante, no precipitadamente.

El «*Gloria in excelsis*» nos recuerda la alegría de los Angeles y pastores al nacer el divino Infante por el inmenso beneficio que nos hacía. Como himno de alegría se omite en las Misas de «Requiém», etcétera. El sacerdote, al entonar el *Gloria*, representa al ángel de gran resplandor mandado por Dios á los pastores, al cual se unió cantando armoniosamente un coro ó multitud de Angeles.

Piensa, cristiano, que si los habitantes de Belén no quisieron recibir á S. José y á la que dentro de sí tenía al Salvador de los hombres, no mereciendo de aquéllos sino el desprecio y el abandono por estar las posadas llenas de huéspedes bien aderezados exterior, pero no interiormente; también tú, menos compasivo, pero más ingrato que los de Belén, has despreciado muchas veces repetidas á María y á José, y especialmente á Jesús, á tu Dios y Señor, obrando mal, quizá recibéndole en tu corazón impenitente, tan sucio como el establo donde el Niño Dios nació. Nótaló bien; si aquellos despreciaron por los huéspedes á los castos Esposos, también tú arrojaste de tu corazón á Jesús por los huéspedes de tus vicios, de tus pecados, exteriormente bien aderezados, pero por dentro... llenos de veneno... Dime: ¿cuántas veces te has burlado y negado la limosna á los pobres? porque... á Cristo representan.

¡Contempla qué humildad nacer en un establo todo un Dios!... Pero ¡qué paciencia permitir se le reciba en pecado por una criatura... y ..! acaso muchas veces... limpia, limpia tu corazón, y llenándose así de alegría tu alma, podrá cantar con los Angeles: «Gloria á Dios en las alturas, en los cielos, y paz en la tierra á los hombres de voluntad buena.» Reconoce tu miseria... humíllate... Dios te predica la humildad desde su concepción, tomando carne humana... desde el establo... desde el pesebre... desde los pobres pañales... toda su vida. Adórale con profundo respeto á imitación de María y de José, de los Angeles, pastores y Reyes Magos... Estos, como

eran ricos, le ofrecieron oro... ofrécele tú el corazón... «Hijo, te dice, dame tu corazón» ¿Se lo negarás?

Dice *Dominus vobiscum* antes de las oraciones, para pedir al Señor que asista á todos los que están presentes, y oiga y atienda sus oraciones, á la vez que les da la paz recibida de J. C. con el beso del altar.

Y considerando el ministro (que representa al pueblo) al sacerdote como angel en carne humana ó como á hombre sin carne para las cosas de este mundo, le contesta diciendo: «*et cum spiritu tuo*», es decir, esa paz y deseo que tú tienes para nosotros la deseamos también nosotros á tí.

Con razón son considerados los sacerdotes como ángeles, pues que así como éstos fueron criados por Dios «para que eternamente le alaben y bendigan»; así también los sacerdotes, por mandato divino, desempeñan en la tierra el oficio de aquéllos, transmitiendo las órdenes ó disposiciones de Dios á los hombres, dirigiéndolos por el camino del bien, y cantando el oficio divino todos los días de su vida.

Añade *Oremus* para excitarse á sí mismo y á los fieles á orar. Varias veces repite la misma palabra, como dándonos á entender que debemos orar constantemente en la Misa y frecuentemente siempre, ó durante nuestra vida, pues la oración es la llave del cielo, y así dice S. Ligorio que «el que ora se salva, y el que no ora se condena.»

Siempre que, vuelto hacia el pueblo, dice el celebrante *Dominus vobiscum*, ensancha y junta las manos como para abrazarle y (excepto antes de *Itte Missa est*) recoger sus oraciones: una vez puesto al lado de la Epístola, las ensancha, ya para ofrecer dichas oraciones á Dios, ya para manifestar el acto del que pide. Pero como todo suplicante debe humillarse y tener confianza, por eso, al abrir y juntar las manos, al ofrecer las oraciones de todos, inclina la cabeza al Crucifijo, é invita, diciendo *Oremus*, á que continúen orando con él según queda dicho. Se vuel-

ve siempre de izquierda á derecha, como para decirnos que todos nuestros actos y oraciones deben dirigirse á conseguir la vida eterna representada por la derecha.

Prosigue las oraciones representando las muchas veces que Cristo oró por nosotros en el curso de su vida.

Llámanse *Colectas* algunas oraciones, porque el sacerdote, como mediador entre los hombres y Dios, reúne en sí los deseos y oraciones de todos: esto como queda dicho, da á entender siempre, que vuelto el celebrante al pueblo, ensancha y junta las manos.

La *Epístola* significa la predicación de los profetas, singularmente la del Bautista. En los primeros siglos de la Iglesia se leía no solo lo que hoy en la Epístola, sino varios escritos de los profetas, Apóstoles, Papas y Obispos, por lo que duraba á veces la Misa horas enteras, es decir, dos ó tres horas. También tú, cristiano, debes aprender de los de aquel tiempo á no tener prisa en salir de la iglesia para estarte fuera sin saber qué hacer, y no querer que el sacerdote, cumpliendo mal con su ministerio, celebrando sin recogimiento, sin gravedad, á prisa y aceleradamente, sin tener tiempo para meditar á Quién tiene en sus manos, qué hace y qué pronuncia, termine pronto. Algunos pueblos (poco religiosos ciertamente), tienen como mejor y más listo al sacerdote que en menos tiempo celebra. ¡Craso error, digno de ser llorado y nunca bastante! Sobra tiempo para las diversiones del mundo... ¿y para las de Dios? ¡Ah, qué dolor causa ver desiertas las iglesias y llenos los teatros, los bailes, los cafés, las calles, las tabernas ó casinos... empleados sus moradores en conversaciones, disputas, y lecturas inútiles! ¡Buen Dios! ¿será posible que admitáis algún día sus frívolas excusas á los tales que dicen les falta tiempo para cumplir sus deberes religiosos?... No; imposible.

Debes también tener presente para el tiempo del sermón estas palabras del divino Maestro: «el que es de Dios, oye la palabra de Dios», las oye y la practica: «vosotros no la oís» ó no hacéis caso de ella, «porque no sois de Dios» ¡Terrible amenaza para los que no quieren oír el sermón, que es la palabra de Dios (como te diré al fin) ¡No hay peor sordo que el que no quiere oír... es incurable. Las aves nocturnas huyen de la luz del sol: así muchos pecadores les estorban los rayos de la doctrina del que es la luz del mundo: no quieren ver ó saber, pensando tal vez que esa ignorancia voluntaria les excusa; pero no quieren ser curados; repito son incurables. También hay otro género de personas casi incurable, el de aquellos que, oyendo los sermones ó leyendo buenas lecturas, nada ponen en práctica de cuanto oyen ó leen, y cuanto leen ú oyen en los sermones todo lo aplican á otros, asemejándose en esto al tenedor ó trinchante que cogiendo buenas y sabrosas tajadas ó bocados en poco ó mucho tiempo, siempre se queda él en ayunas. ¿Lo haces tú así? Mira que no el predicador ó el libro son precisamente los que te hablan, sino Dios que se sirve de ellos para aconsejarte, para avisarte, para que despiertes de tu sueño espiritual.

Quizá se me diga: «pero hay predicadores tan molestos que no saben concluir.»

—Dispénsalos, diré á todo cristiano, pues por tu bien trabajan: ¿qué quisieran ellos sino poder omitir la predicación? Si á muchos se hace molesto el predicador es porque no consideran lo que acabo de decirte, lector; es porque los ojos espirituales de su fe solo distinguen lo que ven sus ojos carnales, un hombre; es porque reprende los vicios; que si los predicadores, en lugar de reprender dichos vicios, los alabaran y ensalzaran, (lo cual no pueden hacer por ser contrario á la orden recibida de Dios), no serían tan odiados, se les oíría sin cansarse y tendrían muchos amigos por alabar su maldad: bien lo sabemos.

Pero, en fin, si en ese mismo hombre considerasen un padre que solo quiere el fin eterno de todos los cristianos y de todos los hombres, y viesen en él espiritualmente á Dios, ¿cómo ni quién se cansaría de oírles? Sin embargo, yo, el más corto y menos apto de los sacerdotes, aconsejaria á mis compañeros, que nunca sean pesados, pareciéndome mejor faltar por defecto, que por exceso, al precepto divino y eclesiástico, pues en lugar de conseguir algunos el fin que se proponen, (hacer que los fieles, aborreciendo el pecado, practiquen las virtudes y deberes religiosos), lo que hacen es lo contrario, y creo que mi consejo no se opone al *oportuné et importuné*.

El *Gradual* significa ó simboliza la soledad de Cristo en el Desierto haciendo penitencia.

Tanto el Bautista como J. C. se retiraron al desierto para hacer penitencia, y eso que no tenían pecado alguno: (de S. Juan así se cree, y de J. C. no se puede ni dudar). ¿Estás tú libre de pecado?... Seguramente habrás cometido muchos y graves. Para llegar, pues, al cielo, solo hay dos caminos, el de la inocencia y el de la penitencia, castigando tu cuerpo y confesando con dolor sobrenatural tus pecados. ¿Abandonaste el primero?... Pues solo te queda el segundo. ¿Cuándo lo emprendes?... Acaso digas: «dentro de un año»—¿Vivirás?—te digo yo...—«Dentro de un mes»—¿Vivirás?...—Solo el oír la palabra penitencia asusta á muchos, sin acordarse que, después de haber pecado, ese es el camino solo que conduce al cielo. Sucede en ésta como en las demás virtudes: la persona que en sí reúne alguna de ellas es admirada, ensalzada y casi envidiada de todos; se admira en ella su bondad, su recato ó miramiento en hablar, en andar, en reír; se envidia su humildad, su buen porte, su caridad, su fe ardiente, su vida religiosa y recogida, su frecuencia en oír Misa, rezar el rosario, recibir los Sacramentos; sus frecuentes ayunos, disciplinas, privaciones de su gusto, su misericordia para todo necesitado; todos ensalzan ade-

más su corazón noble y generoso, etc., etc. En la muerte quisieran todos igualarla en méritos, en virtudes, y, sin embargo, cuando tienen tiempo... ahora, en el acto, no se atreven á imitarla. Sus ayunos, sus penitencias y demás virtudes dichas, le parecen una carga insoportable, imposible. Pero nadie tema, viendo que, sin dejar de tener la misma carne que nosotros, siguieron ese camino tantos Santos.

Pero eran Santos, — te oigo decir interiormente.

— Es verdad, al fin de su vida todos; al principio de ella pocos eran Santos, sino hombres ó mujeres con muchos pecados, que si adquirieron la santidad todos, ó conservaron su inocencia algunos, fué porque hicieron penitencia, como virtud y como sacramento. ¿Y te forjarás la idea errónea de que no puedes imitarlos? ¡Ah! se imitan, se aprueban, se siguen los gustos de los grandes del mundo en riquezas, las modas, el color, la calidad de la tela, la forma en el vestir, calzar, peinarse... y nada se quiere imitar, copiar, ni fijarse en las virtudes, en los actos de los verdaderamente grandes, de los Santos y del mismo J. C. ¿Para qué nos dió ejemplo, sino para que hagamos lo que él hizo? Todos pueden imitar, seguir las modas, guardar ciertas etiquetas á veces repugnantes; á nadie falta dinero, tiempo y gusto para todo esto, pero... ¡falta gusto para imitar lo bueno, y sólo se carece de tiempo y de dinero para las cosas de Dios! ¡Cuando se trata de ellas, todos se hacen el pobre en bienes, tiempo y voluntad... ¡Ay! todos, y todas principalmente, desean ser hermosos ó hermosas en el cuerpo, cuya hermosura, no haciendo á nadie feliz completamente, pero sí eternamente desgraciadas á muchas personas, ha de parar en el sepulcro... ¡y se descuida de imitar la hermosura del alma, que ha de durar eternamente...! ¿Es esto amar á Dios sobre todas las cosas, ó á todas sobre Dios? Acabo de decir que todos se hacen el pobre en bienes, tiempo y voluntad cuando se trata de dar algo á Dios que nos da todo, y, ciertamente, así es por des-

gracia. Muchas veces pide, del total que nos da, una limosna, valiéndose de los pobres. ¿Qué se le contesta? Muchos con desprecio, no contestan, y otros, para negarla, parecen decir: del total de riquezas que por gracia de Dios poseo, nada puedo dar porque *no tengo suelto*. Otras llama á las puertas del corazón haciéndonos ver una necesidad de su santo templo que podemos socorrer. ¿Qué se responde? *No tengo suelto*. Una cosa parecida sucede sobre las Bulas. Pero otras nos pide un poco tiempo del total que él nos dá, v. gr; la abstinencia de trabajo en los días festivos de todo el año, ó media hora para oír Misa en dichos días y en tiempo de recolección á los labradores, ó recibir los Sacramentos, rezar un Rosario, asistir á una novena, rezar una oración, oír una Misa en días laborables, etc., etc. ¿Y cómo se excusa ó qué se le dice? *No tengo suelto*, es decir, todo lo quiero para mi, nada para quien me da todas las riquezas, todos los bienes, todo el tiempo de mi vida. Si una persona nos diera, v gr., 1.000 duros en céntimos, y después no quisiésemos darle una peseta que nos pidiese, excusándonos con que *no teníamos suelto*; ¡ah! ingratos —nos diría... No seamos pues, como los niños, siempre dispuestos á recibir y nunca resueltos á dar: dad á estos una libra de caramelos y tenderán el brazo, pero pedidles después uno y... lo encogerán. A estos se les reprende que sean así, y se desea y alaba que sean generosos: su generosidad y agradecimiento encanta á los padres y á todos y, no obstante, se practica con Dios todo lo contrario de lo que se desea, alaba y enseña á los niños, porque se recibe mucho de Dios y nada quiere dársele. Imitemos á los Santos, que dieron á Dios lo que les pedía, pues todo es de él: imitemos.

Después del Gradual, dice el celebrante la oración *Munda cor meum* profundamente inclinado en el medio del altar, para obtener de Dios la gracia de leer dignamente el Evangelio, purificándole sus labios como al profeta Isaias, y la de anunciarlo fructuosa-

mente á las gentes, ya que los judíos no quisieron recibir la doctrina de J. C. representada en el misal, según dije antes, y por esto se pasa dicho misal al otro lado, que representa á los gentiles.

Pueden aquí notar los cristianos que si la doctrina ó religión de J. C. pasó de los judíos á los gentiles, también Dios puede permitir que los cristianos, v. gr. de España, por su apatía é indiferencia se vean privados de que continúe aquí la Religión Católica: porque si J. C. nos dejó prometido que dicha Religión será perseguida pero no vencida, no prometió que haya de permanecer siempre en el mismo lugar ó nación: cristiana fué en los primeros siglos el Africa, hoy no, hoy mahometana, carnal, salvaje; cristiana fué Inglaterra, llamada isla de los Santos, hoy no, hoy protestante; Hija primogénita de la Iglesia ha sido con grande honor suyo llamada Francia, porque fué la primera nación de Occidente que se convirtió al cristianismo, hoy no, hoy .. su gobierno es masón y ateo, hijo último revelado contra su santa Madre. Y nadie estime las riquezas y buenas escuadras de algunas de éstas y otras naciones no católicas, porque ¿qué importa, lector, si con ellas se van al fondo del mar *infernals*? Haz, en fin, cuanto de tí dependa, por conservar la Religión divina, primero con tu ejemplo y buenos consejos en tu familia, y después con tu voto en elecciones de jefes de tu pueblo ó Ayuntamientos y de Diputados provinciales ó nacionales: á ello estás obligado (1) no te estés cruzado de brazos ahora en esto, para tener que llorar después: mírate en la nación vecina recordando un

(1) Á la Religión cristiana se le persigue injustamente en la política, que se mete en lo que no debe ú omite lo que no debe: luego si ese es el campo de combate presentado por los impíos, todo cristiano debe ir á él para defender en aquella á Dios: el que tiene derecho á un fin, tiene derecho á los medios, y por lo mismo, el que tiene obligación de defender á Dios, está obligado á poner los medios, y uno de ellos es impedir con el voto los malos efectos de una política impía, ó contribuir con él á que ésta mejore si no se puede hacer buena de una vez.

antiguo refrán; ni menos seas tan ingrato como algunos políticos y aún otros hombres *libres* para sí; que reconocen el buen efecto de la Religión para los niños, para que sus mujeres les sean fieles, para civilizar á los pueblos; pero ¡hipócritas! dicen que después de civilizados los pueblos ó educados los niños, fuera la Religión; fuera la Iglesia, como quien dice: una vez que ha nacido el *niño* matar á la madre para entregarle al demonio de una cruel madrastra, de la masonería, del despotismo. Más claramente podían decir: «el grande trabajo, el derramar mucha sangre al llevar la civilización, el peligro... para la Iglesia; pero el provecho sin trabajar... para nosotros los políticos» ¡Qué bien!

El Evangelio representa la predicación de Jesucristo: cuando se lee, (mirando hacia el Norte, que representa el asiento y pérfida doctrina de Satanás, á quien se opone la luz del Evangelio), debemos todos estar de pie en testimonio de estar dispuestos á defender y aún á dar nuestra vida por la fe cristiana que profesamos, á la vez que así manifestamos el grande respeto y reverencia debida á la infinita Dignidad del que, mediante su ministro, nos habla por el Evangelio, y que estamos atentos á sus palabras. Se signa el principio del Evangelio por el celebrante y diácono, para significar que aquellas palabras son de J. C. que pendió en la cruz. Signánse á sí mismos el celebrante y diácono, dando á entender que el Evangelio se ha de creer con la mente y de corazón, se ha de confesar con la boca y cumplir con las obras. Se valen y nos valemos de la mano derecha para formar la cruz, porque siendo ella la principal y haciendo la cruz en honor y servicio de Dios, debemos emplear lo mejor: á los hombres servimos y honramos con la derecha: no debe hacerse menos á Dios. Nos signamos todos con el celebrante, para manifestar que somos cristianos y no nos avergonzamos de serlo. Mas ¡cuántos se signan y santiguan en la iglesia; pero fuera de ella se aver-

güenzan de ser cristianos; no se atreven á confesar su doctrina siguiendo aquel dicho de los indiferentes, de los impíos: «hay que poner una vela á San Miguel y otra al diablo ó al mundo» ¡Ah, éstos no son de Dios, son del demonio si no se enmiendan! porque «el que no está en favor de Dios, está en contra»: seguir á dos banderas opuestas, ó á dos amos que mandan siempre lo contrario uno de otro, es imposible.

Al final del Evangelio besa el celebrante las palabras primeras antes signadas, porque no sólo se ha de creer y confesar tan santa doctrina, sino que también se ha de amar por ser de Aquel que es la misma santidad y verdad por esencia, y á quien debemos mayores y más grandes beneficios que á nuestros propios padres carnales: él es el Criador, Padre, Redentor, Señor, Conservador todos los días de nuestra vida; alimento, médico, maestro, luz, rey amoroso... esposo de las almas; nuestro amor, alegría y gloria.

El ministro ó ayudante responde en nombre del pueblo *Laus tibi, Christe*, para darle las gracias á J. C., mediante su representante, por la doctrina que acaba de enseñar.

—¿Por qué al cantar el Evangelio en las Misas solemnes se acercan los ceroferarios, ó que tienen los ciriales, con las luces encendidas á los lados del que lo canta?

—Porque en esto se significa que el Evangelio es verdadera luz divina que luce en el lugar tenebroso y agitado de este mundo, á la cual, como segura antorcha, faro ó estrella polar, debe seguir el que quiera salvarse.

—¿Y qué representa el *incensario* con fuego é incienso?

—El corazón del buen cristiano que, abrasado en caridad hácia Dios y el prójimo, y elevando al cielo sus fervorosas oraciones, sus deseos y afectos, cual suave, delicioso y puro aroma, esparce por todas

partes el aromático y buen olor de las virtudes aprendidas en el Evangelio, y derrama, cual la Magdalena, su odorífico y precioso bálsamo sobre el Salvador (representado en el misal), como dando gracias y diciendo: «*soli Deo honor et gloria*».

El celebrante reza el *Credo* en el medio del altar, para hacer delante de la imagen del Crucifijo la profesión de la fe, cuyas palabras en su mayor parte fueron pronunciadas y compuestas por los Apóstoles reunidos, antes de separarse á anunciar por el mundo todas las cosas que les mandó J. C. En las Misas cantadas, el celebrante entona el *Credo*, y continuando después los cantores, lo publican á todos, á imitación de los Apóstoles mandados por el divino Maestro. Todos, por el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, doblan hasta el suelo (no sobre bancos) una rodilla cuando lo reza el celebrante, y las dos cuando el coro llega á las palabras «*descendit de caelis*» hasta «*Crucifixus*», para adorar al Verbo de Dios encarnado ó hecho hombre. El santiguarse el ministro del Señor al final, es como firmar con la señal de la cruz la profesión que acaba de hacer, pues bajando él, y todos al santiguarnos, la mano de la frente al pecho, significamos que Jesucristo, Hijo de Dios, bajó del Padre Eterno á las entrañas de la Santísima Virgen Maria, y al pasar «la mano derecha desde el hombro izquierdo hasta el derecho» (con lo que completamos la cruz) profesamos ó confesamos exteriormente que el misterio de la Encarnación se hizo por virtud ú obra del Espíritu Santo. Pasamos la mano del hombro izquierdo al derecho, y no al contrario, para indicar que, por los méritos de Jesucristo, pasamos de la esclavitud, á la libertad; de la guerra, á la paz; de las tinieblas, á la luz, de la enemistad, á la amistad; de la muerte, á la vida eterna; del odio, al amor divino, etc. Al comenzar el *Credo*, deben, los fieles, para confirmarse más y más en la fe, deben, digo, rezarlo en su idioma, pero siempre despacio, pensando y creyendo lo que dicen.

¿Has oído lector? Reza siempre despacio, lo mismo en la Misa, que fuera de ella, porque si el agua de nublado aprovecha poco á la tierra por correr mucho, no de otra manera sucede en la oración al que reza como á destajo. Por eso, si habías de rezar dos rosarios, v. gr., en 20 minutos, no rees más que uno bien, pensando la que dices y lo que pides, que te cueste 15: te valdrá mucho mas delante de Dios éste; que dos rezados precipitadamente. De este modo, si rezas sólo, te ahorras cinco minutos, y si acompañado, no te harás molesto. Lo mismo puede decirse de las demás oraciones.—Volvamos á la profesión de fé.

Sabe, cristiano, que tu fe, para que sea buena, ha de ser entera é indivisible, porque el que niega cualquiera verdad de fé, niega toda la fé. Si fé, como sabes, es «creer lo que no vimos, porque Dios lo ha revelado,» no puedes negarla ni en todo ni en parte, ni tampoco dudar de ella: de tal manera que, como dice San Atanasio: si alguno no cree fiel y firmemente la fé, íntegra é ilesa, sin duda perecerá para siempre, *absque dubio in æternum peribit*, ó no se salvará, *salvus esse non póterit.* Todo lo contenido en las Sagradas Escrituras ó tradiciones divinas ha sido revelado por Dios: si de esto, como te dejo dicho, niegas ó pones en duda alguna cosa, niegas ó pones en duda la bondad y suma verdad de Dios, y por consecuencia, socabando el fundamento, destruyes necesariamente todo el edificio de la fé. ¿Tienes tú este concepto de ella?... ¿Crees todos los artículos y misterios que la Iglesia Apostólica te manda creer?... Porque si no acuérdate de lo dicho, no te salvarás. Pero ten presente que no basta creer, es preciso obrar en conformidad de esa fé, porque solo es amigo de Dios el que cree y *hace* lo que Dios manda: «vosotros—dijo el divino Maestro—seréis amigos míos, *si hiciéreis* las cosas que os mando», «enseñad á todas las gentes que *guarden, observen ó ejecuten* todo cuanto os tengo ordenado,» «si quieres entrar en la vida eterna, *guarda* los mandamientos,» «el que me ama *observará* mis preceptos,» y «el que

no creyere (todo) será condenado». «Sin fé,—dice San Juan—es imposible agradar á Dios,» pero «la fé sin las obras—añade el Apóstol Santiago—es muerta,» es decir, de nada sirve.

Como en el *Ofertorio* termina la primera parte de la Misa, vuelve el celebrante á decir *Dóminus vobiscum*, para que los fieles consigan la gracia de Dios y puedan asistir dignamente al Sacrificio. Y como Dios no suele conceder gracias sino á los que oran, añade *Oremus* para que todos oren con él.

La oración es necesaria al hombre. El ave se remonta fácilmente hacia el cielo porque tiene alas: si careciese de ellas, en lugar de subir, bajaría de repente muchas veces. Así el hombre dotado de razón; si no tiene oración, en lugar de subir fácilmente al cielo á unirse con su Criador, bajará al profundo del infierno. Recuerda que la oración es la llave del cielo, y no te olvides del dicho de San Ligorio: «el que ora se salva, el que no...» El niño hambriento tiene necesidad de llorar para pedir el pecho á su madre; ésta entiende al momento, gusta que se lo pida, y el llanto de aquél mueve su corazón á dárselo enseguida. Si el niño tiene algo de conocimiento, hace la madre que se esconde, le priva de su presencia, le deja llorar para probar su amor... Así Dios, infinitamente más amoroso que todas las madres, gusta que le pidamos lo que nos es necesario, y algunas veces hace que se esconde, que se aparta de nosotros, que no quiere conceder lo que le pedimos, y consiente que estemos tristes, que roguemos, que lloremos... pero está más cerca que todas las madres, y si lo hace así, es para probar nuestro amor y confianza en él. Y entiende, cuando tarda á remediarnos, que si tiene prometido concedernos cuanto bueno le pidamos, no ha señalado el *cuándo*, si dentro de un mes, de un año ó de cuatro. Con esto quiero decirte continúes en tu oración ó en tu buenas obras, sin desconfiar nunca de Dios. ¿No sabes lo que hizo con Jesús una madre cananea que tenía una hija enferma? Le ruega una vez

por su salud, y hace Jesús que no la oye: le suplica la segunda, y solo oye una evasiva: hace la tercera, postrada á sus divinos pies, y recibe una prueba más de su fé, pero nada consigue. Hasta que á la cuarta vez oyó estas consoladoras palahras: «oh! mujer, grande es tu fé: hágase como tu pides,» es decir, concedido. ¿Ves, cristiano, cómo suplicando repetidas veces esta mujer, al fin consigue lo que pide? ¡Buena lección para algunos cristianos, que para conseguir alguna cosa hacen un voto ó promesa, v. gr., rezar el rosario, oír diariamente la Misa, confesar frecuentemente, dar una limosna, vestir del Carmen, de los Dolores, etc.; pero que en pasando un mes, dos ó cuatro, y viendo que no alcanzan lo que piden, dejan de hacer la obra buena. ¡Ah, no obren así! imiten á la cananea, y Dios les premiará atendiendo sus deseos. — Mas sigamos.

La palabra *Ofertorio* quiere decir ofrecimiento, pues en los diez primeros siglos cristianos se ofrecía á Dios por los fieles en todas las Misas pan y vino para el gasto de la Iglesia, sustento de sus ministros y de los pobres, lo cual se conserva todavía, pero como sombra de aquello, en muchos pueblos, ofreciendo en las Misas cantadas y en la última grada del altar, pan, trigo, cera, dinero, etc. Los fieles que deseen hacerse más participantes del Santo Sacrificio de la Misa, llegándose á ofrecer lo que deseen de lo dicho, y que pasará á propiedad ó disposición de los sacerdotes, deben hacerlo del siguiente modo: una vez que el celebrante, leído el ofertorio, se haya vuelto y colocado en pié, cubierto con el bonete, sin moverse del medio de la última grada del presbiterio, llegando con el mayor orden, gravedad, recogimiento y compostura por el lado derecho del celebrante, haciendo genuflexión, es decir, doblando *hasta el suelo* una rodilla para adorar al Santísimo Sacramento encerrado en el tabernáculo, arrodillándose, digo en el mismo lado, pero antes de ponerse en frente del celebrante (á no ser que haya ministros sagrados á los lados,

en cuyo caso parece debe omitirse la genuflexión), se llega, besa primero lo que haya de ofrecer y después el manipulo ó «la paz,» cruz, etc., que tendrá el celebrante en la mano; deposita la ofrenda, llevada ya en la mano derecha, en la banleja ó manos de de un acólito, colocado á la izquierda del celebrante en la misma grada, y se retira después el que acaba de ofrecer, girando sobre su derecha, por el lado del acólito, sin detenerse ni hacer reverencia, con la misma gravedad, recogimiento y compostura que antes, dejando lugar á los demás oferentes si los hubiere, á los que seguirán las mujeres del mismo modo; pero primero deben ofrecer las autoridades, cofradías, etc., si las hay y desean hacerlo.

El *descubrir el cáliz* representa ó nos recuerda como Jesucristo fué desnudado, atado á la columna y cruelmente azotado.

Seis hombres ejecutaron la infame sentencia de azotar al manso Jesús, ¿y cómo?... con varas llenas de espinas, con correas... más de cinco mil golpes ó azotes descargaron sobre él... y no abrió la boca para quejarse... imítale cuando él deje descargar sobre tí trabajos, disgustos y enfermedades... serán un aviso espiritual, secreto é indirecto para tí, para tus parientes... ó que Dios quiere probarte como á Job. Si sufres con paciencia y te das por avisado, serás coronado, si no...

El *ofrecimiento de la hostia y el cáliz* nos recuerda la prontísima y entera voluntad con que Cristo se ofreció á padecer y morir por nosotros. En la hostia, ahora, está representado el cuerpo de Jesucristo: por esto, después de ofrecida, hace el celebrante sobre el corporal una cruz, sobre la cual estuvo tendido el cuerpo del Salvador. En el vino, su preciosísima Sangre; y en las gotas de agua, el pueblo que, como necesita purificarse de sus manchas, las bendice el sacerdote: según otros, en confirmación de lo que dice el Concilio Tridentino, el agua representa la que salió del costado de Jesucristo después de la lanzada, ó

como dice el mismo Concilio, así se cree lo hizo Jesucristo en la última Cena, *»ita fecisse credatur.»*

El *cubrir el cáliz* con la hijuela representa que Jesucristo fué coronado de espinas. Contemplando aquí á Jesús así coronado, ¿cómo tienen valor las mujeres para presentarse en el templo, delante de Aquel con la cabeza adornada? ¿No les parece oír una reprensión de labios del Señor diciendo: «Yo tu Criador, estoy coronado de espinas para enseñarte cómo conseguirás el cielo, y tu pecadora miserable, querrás ser más que Yo? ¿Quieres con tu vanidad clavarme otras de nuevo? ¿no te compadeces de mi? ¡Y aún te arrodillarás en mullido reclinatorio, y no querrás permanecer sino poco tiempo! ¡Oh delicadeza humana, que tan poco imitas á tu Maestro Redentor! ¿Buscan agradar á Cristo crucificado, al mundo, ó á los hombres?»

Dos veces *es incensado el altar* (ahora de un modo más solemne) en las Misas con Ministros, comenzando por la oblata con tres cruces sobre ella en honor de la Santísima Trinidad, y tres círculos al rededor de la misma, para denotar la eternidad de las tres Personas: luego se incienso el Crucifijo, por la razón que es fácil adivinar; después los Santos como amigos de Dios, representados los de la Antigua Ley en el lado de la Epístola, y los de la Nueva en el de el Evangelio, y últimamente son incensados el celebrante y Ministros sagrados para honrarles, pero también para advertirles que, como representantes de Cristo, están obligados á practicar la doctrina de Jesucristo, para dar ejemplo á los fieles, que debe difundirse entre ellos como el agradable humo del incienso en toda la iglesia.

Se aparta del medio del altar á lavarse las manos en reverencia de la cruz, diciendo el salmo *Lavabo* , y representa á Pilatos cuando, después de azotado Jesucristo inocente, dijo malamente al lavarse: «estoy inocente,» ó no soy culpable, «de la sangre derramada por este Justo,» pero además representa

que el sacerdote debe estar (no como Pilatos) libre de pecado, al menos mortal.

Muchos son los que cooperan al mal, muchos los que dicen: «yo ni robo, ni mato...» queriendo darnos á entender que están libres de todo pecado, como aquel injusto gobernador de la Judea, pero mienten como éste, por más que quieran lavarse con buenas palabras ¿Eres tú de éstos? Huyes de todo pecado como de animales venenosos?... De ellos se sirve Dios (fíjate, y así sabrás para qué ha criado otros muchos animales, al parecer, inservibles y molestos), de ellos, digo, se sirve para darte una lección muda, pero elocuente, como diciendo: «así como cuanto más venenosos son dichos animales, tanto más huyes de ellos para evitar el dolor y conservar la vida del cuerpo; así también, tanto más debes huir de los pecados, cuanto más puedan privarte de la vida del alma.» ¿te apartas ó haces por apartar y matar á un mosquito antes que te pique, para evitar el escozor del cuerpo? Mata, pues, apártate también del pecado venial antes de que hiera tu alma: ¿matas la vívora antes de dañarte, porque su mordedura puede ser mortal? pues mata ó aparta también la ocasión del pecado grave antes que mate tu alma.» Quizá se te ocurra preguntar, después de fijarte bien en esta lección: «y si el animal del pecado grave me mordió ya? Haz también cuanto antes por curarte de la herida y matarle con el dolor, el propósito y la confesión, como te curarías y matarías de una pedrada ó de un tiro al animal después de haberte mordido para que no te muerda otra vez. Sólo así vivirás tranquilamente.

Te diré más: ¿quieres estar alegre, gozar siempre, ser valiente, no tener miedo? Purifica tu alma, ó no tengas pecado nunca. Porque el pecado es la causa del temor, impidiendo él también la alegría, el gozo y la valentía; y sólo estar de Dios en gracia, quita todo temor, dando á la vez, valentía, gozo y alegría. ¿No me crees?—Haz la prueba por algún tiempo; porque si nunca has gozado de tal dicha, no sabes lo

que es, y, por lo mismo, no puedes juzgar de ello. Podrás decir de un manjar que, á simple vista por la forma, ó al olfato por el olor, no te apetece; pero no puedes decir que no te gusta, si antes no lo has probado y saboreado bien; es más; si no te gusta lo que acabo de afirmarte es porque así como el paladar corrompido con malos humores del cuerpo no juzga bien de los sabores, pareciéndole lo amargo dulce y lo dulce amargo, y necesita por eso de una medicina que le purgue ó limpie de esos malos humores; así también tu alma, corrompida ó habituada con los malos humores de los vicios y aficiones desordenadas, le parece bien y dulce lo amargo del vicio, los efectos del pecado; pero agría y mal la dulzura de la virtud, de la gracia, y es que necesita aún de alguna purga general y espiritual, de conciencia, de confesión...

Después de lavarse las manos, *vuelve al medio del altar* el celebrante, para decir profundamente inclinado, con las manos sobre el borde del altar, la oración *Suscipe Sancta Trinitas*, á fin de que el Padre Eterno reciba el Sacrificio que va á ofrecer en nombre de todos los cristianos, pero de un modo especial en nombre de todos los que asisten á él.—Inmediatamente besa el altar.

Cuantas veces se besa el altar ó el misal, es signo de amor, reverencia y respeto á Jesucristo. ¡Con qué afecto debe hacerlo el celebrante!

Diciendo *Orate fratres* representa á Jesucristo que, después de la oración del Huerto y al encontrar dormidos á los Apóstoles, les dijo: «vigilad y orad, para que no caigais en tentación.» Las dos palabras ante dichas que solamente dice en voz clara, indicando la autoridad del Señor, en boca del celebrante son como quien dice: «no esteis en la Misa solo con el cuerpo, sí que también con el espíritu. Por esto se incorporaron los fieles en bastantes siglos y aún se incorporan hoy en los pueblos verdaderamente cristianos, como manifestando que están atentos y que, según

su deseo, oran conforme á las necesidades que tienen.

Recuerda ¡oh buen cristiano! que cuando Jesús oró en el Huerto, sudó sangre hasta bañar el suelo, y repugnando la carne los trabajos, se dirigió al cielo y dijo: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz, esta Pasión, pero no se haga mi voluntad sino la vuestra.» ¿Quieres acompañar á tu Salvador? Pues mira: solo unas lágrimas hacen buena compañía á otras lágrimas, y una aflicción á otra aflicción. Acompañar en las glorias, en las prosperidades... puede ser interés; mas acompañar en la tristeza, en el dolor, en las aflicciones... solo es puro amor. Dí, pues, de corazón aquí: «Dios mío, quiero más estar triste con Vos, que alegre con el mundo.» Fíjate bien que Jesús se dirigió al cielo, como dándote á entender lo que tú debes hacer en tus dolores, enfermedades y angustias, imitando también al real profeta David que decía: «*Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi:*» por lo mismo dirás en ellas; «Dios mío, ó ha de gobernar mi voluntad, ó la vuestra: pero quién soy yo para contradecir, para dar consejos á Dios, para querer que prevalezca mi voluntad? ¿no disponéis todo Vos? Pues «no se haga mi voluntad sino la vuestra.»

Al decir *Orate fratres*, considerando á todos en tal saludo como hermanos por tener el mismo Padre espiritual, completa la vuelta el celebrante para indicar que celebra el santo Sacrificio de la Misa en honor de todos los cristianos del mundo (cuya figura es casi esférica ó redonda) ó mejor, en honor de toda la Iglesia militante, purgante y triunfante.

Después que ha dicho *Orate fratres*, ora en silencio el sacerdote simbolizando, ya que Jesucristo no se dió á conocer según lo que era hasta los treinta años, ya que cuando oró, buscó casi siempre la soledad y el silencio; representando al mismo tiempo á los escribas y fariseos conspirando secretamente con Judas contra la vida de Jesucristo. El ejemplo de la

vida de éste, reprendía los vicios de aquellos, y por eso determinaron quitarle de delante; ni más ni menos que muchas personas de nuestro siglo: les estorba la Religión de Jesucristo, y por eso no pueden ver á los religiosos de uno y otro sexo que, con su hábito y ejemplo, predicán penitencia, obediencia y castidad; odian á los sacerdotes, porque reprenden los vicios, y aborrecen, en fin, la Religión cristiana, porque condena sus pecados, sus vicios, sus maldades. Y si bien es cierto que á veces no pueden ó no se atreven como los escribas y fariseos á manifestar su odio, temiendo algún motín popular «*ne tumultus fieret in populo;*» trabajan secretamente para quitarlos de delante y poner en su lugar cualquiera religión ó adieto que autorice los vicios. ¿Eres tú de los que trabajan ó cooperan en este sentido? Mira que toda persona honrada y recta trabaja en favor de la Religión Católica, única verdadera; y sólo los que no lo son, favorecen á todas las demás religiones falsas. Esto es muy cierto.

El *Prefacio* y *Sanctus* nos recuerdan la solemne y pública entrada de Jesucristo en Jerusalén el «domingo de Ramos» y el júbilo con que le recibió el pueblo echando sus ropas en el suelo, ostentando en su honor palmas y otros ramos, y gritando en su alabanza: «*Osanna filio David,*» que equivale á decir: «viva el hijo, el descendiente de David.»

¿Ves con qué demostraciones de alegría fué recibido Jesucristo en Jerusalén? Pues mira: también hoy se le recibe por la mañana de un modo parecido en la Comunión; pero por la tarde se le deja sólo: se va á los toros, al baile, al teatro, á la taberna, al juego: muchos, sí, oyen Misa, pero después no se acuerdan de que son cristianos... Se van con el mundo y dejan á Jesús... ¿Eres tú de éstos?... El que por la mañana asiste á las bodas, —dirás tal vez— todo el día anda de gala ó alegre. —Es verdad; pero sin manchar el vestido ó el alma.

Prefacio es lo mismo que prólogo, introducción á

la parte principal de la Misa, y como una advertencia á los fieles para que eleven su pensamiento hasta los Coros angélicos y se unan con ellos. Por eso la Iglesia ha dispuesto un tono (como si fuese inspirado por el mismo Dios) tan precioso, sublime, dulce y majestuoso desde el *Sursum corda*, que al oirlo cantar solemnemente, sin darse uno cuenta, se llena su alma de alegría y eleva hasta pensar en la dulzura de la gloria eterna. Esta es tan grata, tan inefable, tan dulce .. que para alcanzarla debemos hacer todo lo que ayuda á conseguirla: apenas podemos, por nuestra vileza, formarnos una ligera idea de lo que es. Si tú, lector, supieses que en un pueblo, distante, v. gr., seis horas del tuyo, se hallaba un hombre tan hermoso como Absalón, como Judit, como Jezabel, como la misma hermosa Ester; si á la misma distancia hubiese otros en distintos y opuestos lugares tan fuertes como Sansón, tan altos como Goliat (de 12 piés y medio,) tan sabios como Salomón, tan santos como San Pedro, cuya sombra tenía (por concesión divina) la virtud de hacer milagros .. sin duda te pondrías en camino para verles, aunque hubieses de gastarte alguna cosa. Pero, si en lugar de saber que cada hombre tenía una sola de las gracias dichas, te constase que uno solo las reunía todas.. ¡ah! entonces irías aunque fuese pidiendo de pueblo en pueblo y de puerta en puerta. Pues figúrate que ese hombre fuese cien veces más hermoso que Ester, cien veces más alto que Goliat, diez veces más sabio que Salomón y otra centena de veces más santo que San Pedro: ¿qué harías? Pero figúrate de nuevo que ese hombre posee todas las gracias mil veces multiplicadas. — ¡Oh— dirás tú— qué admirable, qué hermoso!— Imagínate más; imagínate que á tan distinguido hombre le obsequian sin cesar noche ni día mil, cien mil, un millón de incansables, prodigiosos y mejores músicos sin comparación que mi paisano famoso violinista Sarasate, con otros tantos cantores como mi también paisano, pero difunto Gayarre. ¡Con qué atención estarías oyendo,

cómo te fijarías en todo! no quisieras apartarte de allí, abandonarías todo, ¿no es verdad? Pues la gloria es más, mucho más, y Dios es infinitamente más hermoso y admirable que todo eso. Porque si buscas grandeza, Dios es lo más grande; si hermosura, Dios es lo más hermoso; si dulzura, Dios es lo más dulce; si resplandor, Dios es lo más resplandeciente; si justicia, Dios es lo más justo; si fortaleza, Dios es lo más fuerte; si piedad y misericordia, Dios es lo más clemente. Si buscas entendimiento, si amor, si riquezas verdaderas, si honor, si gozo, si suaves músicas, si armoniosos cánticos, si inteligentes coros, si paz, si júbilo, si buena compañía, si duración, en fin, para gozar sin cansancio; en el cielo, en la gloria, se encuentra completo todo eso y mucho más; pero en tan alto grado que ni imaginarlo puedes por mucho que pienses. Y así te aconsejo, lector, que cuando veas una cosa hermosa ú oigas deleitables músicas ó bien voces armoniosas, te retires sólo á tu habitación ó te recojas dentro de tí mismo si estás en la iglesia y digas pensando: si tan preciosas y grandes cosas se ven y oyen en la tierra, ¿qué serán las del cielo? Yo te aseguro que aunque llores de santa envidia ó de tanto anhelo contemplando tales cosas, nunca gozarás tanto como entonces por mucho que hayas reído y puedas reír.

Notarás que antes del *Canon* aparece en el misal un Crucifijo, sin duda para que pudiendo verle el pueblo desde lejos, medite cuánto padeció por todos el Hijo de Dios, el Verbo humanado. ¿Quién no recuerda sus grandes y muchos padecimientos sin más que ver su imagen? porque ¿quién ignora la historia de la Pasión con todos sus detalles? Piensa, pues, cristiano, todo este rato en ella..., es decir, en quién padeció, qué y cuánto padeció; por qué y por quién sufrió; con qué amor, silencio y paciencia; con qué humildad y obediencia, sacando de tal meditación afectos de tu corazón, interiores, v. g., de compasión, de dolor de tus pecados, de acción de gracias á Je-

sucristo, de amor divino, de paciencia, de imitación, de humildad: ancho campo tienes para entretener dulcemente tu imaginación, dejando, para cuando salgas, tus negocios temporales.

La primera oración del *Canon*, que comienza con la letra T, no por casualidad sino de intento porque es semejanza de la cruz, y por ella, como por el Crucifijo, el celebrante que comienza el *Canon* es amonestado para que piense sin distracción en la Pasión del Salvador; nos recuerda á Jesucristo, ya orando por segunda vez en el Huerto, lleno de tristeza; ya que se retiró de los judíos y se fué en secreto con sus discípulos á Efrén.

Desde esta oración, que comienza inmediatamente después del *Sanctus*, hasta que el sacerdote comulga ó toma el Sanguis del cáliz, es decir, hasta las segundas vinageras, (1) en todos los tiempos del cristianismo han estado todos los fieles con las dos rodillas *en el suelo*, según aseguran los historiadores y manda el derecho, la razón natural, pues es la parte principal de la Misa. Nótese que los débiles ancianos pueden permanecer ó estar arrodillados este pequeño tiempo (de 8 á 10 minutos), pero los jóvenes robustos, nó. ¿En qué consistirá?... En las fuerzas naturales nadie se lo explicará... pero, yo al menos, en la voluntad y fe sí. De lo dicho habrás, lector, inferido que no se debe aguardar á arrodillarse, por ser feísimo, á que el celebrante se incline para consagrar, pues suele notarse entre tanto un ruido infernal, producido por bancos, sillas y pies, cuando debía reinar el mayor silencio en señal de grande respeto y veneración profunda.

—¿Por qué el *Cañon* se dice en secreto?

Entre otras razones, porque el silencio excita reverencia y veneración al Sacrificio y es conveniente

(1) Estas pequeñas botellas significan las dos vasijas ó vasos llenos de hiel y vinagre que los judíos ofrecieron á Jesucristo crucificado para apagar su sed.

para no impedir la meditación de los fieles en la Pasión del Salvador.

El celebrante *se inclina profundamente* al comenzar el *Canon*, para significar la humilde obediencia del Hijo al Padre Eterno acatando su voluntad de satisfacer, padeciendo, por todo el género humano.

El *beso* que imprime sobre el altar extendiendo los brazos y diciendo *ac pétimus*, imagínate que representa el que dió Judas hipócritamente á Jesús para que le conociesen.

¡Qué ingratitud la de Judas! Después de recibir del divino Maestro grandes beneficios y distinciones, le vende y entrega con un sacrilego beso para que le maten. Pero si Judas le vendió bajamente por treinta monedas de plata una sóla vez; por menos ¡ay! le habrás tú vendido muchas veces con tu voto en elecciones, con tu mal consejo, con tu juramento falso, con tu pecado; por un empleo, por un empeño ó favor, por una recomendación, por algunos reales, por una merienda, por un trago de vino, acaso por un capricho valadí, por un cigarro... Judas, presentándose á los príncipes de los sacerdotes y sacrificando su conciencia al interés, les dijo: «qué queréis darme y os entrego á Jesucristo?» Y ¿no preguntas también tú, sacrificando también tu conciencia: «mundo, pasiones, amigos, criaturas... qué interés, qué placer me concedéis, y os cambio, os entrego al Hijo de Dios?... Aquél dió un beso fingido: ¿le has tú dado muchos en la comunión recibéndole indignamente? ¡Ay! si así es, tiembla y escarmienta en cabeza ajena, porque el mismo Jesucristo dijo que Judas era demonio; y si tú murieses en tal estado...

Comenzado el *Canon* hace *tres cruces*, significando que por voluntad de las tres divinas Personas se consumó en la cruz la obra de nuestra Redención, ó como dicen otros, que Jesucristo fué entregado primero, por el Eterno Padre en favor nuestro; segundo, por Judas á los príncipes de los sacerdotes, y tercero, éstos á Pilatos.

¿Ves al sacerdote con las manos juntas, inclinada la cabeza, bajos los ojos y en silencio? Así sufría el mansísimo Jesús y rogaba por los mismos que le atormentaban con desprecios, azotes y espinas. También el celebrante, llegado ya el *Memento de vivos*, está orando ahora por todos los cristianos presentes y ausentes, principalmente por los que le han encargado la aplicación de la Misa y por el fin é intención que éstos hayan tenido de aplicarla por alguno. Todos debemos acompañarle rogando por nuestros amigos y enemigos, por las necesidades propias y ajenas, invocando como el celebrante la intercesión de la Santísima Virgen, de los apóstoles y de todos los Santos, principalmente mártires, que derramaron su sangre confesando la doctrina de Jesucristo.

A la manera que en la Ley Antigua los que ofrecían sacrificios á Dios ponían las manos sobre éstos; así también el celebrante *pone las suyas extendidas sobre la hostia y cáliz*, ofreciéndose á sí mismo y al pueblo con Cristo, que está para ser inmolado; para que, en virtud de este Sacrificio divino, alcance la remisión de los pecados, la paz en esta vida y la gloria en la otra. Pero representa principalmente que los soldados pusieron sobre Jesucristo sus manos violentamente al tenderle sobre la cruz para enclavarle. Bien podía Jesucristo haber dicho entonces como en otra ocasión: «si he hecho mal decidme en qué, y si nó, ¿por qué me herís?» Así podría responder hoy al pecador y principalmente á un gran número de blasfemos que le ofenden por la más leve cosa: «si te he causado algún daño, dime en qué; pero si nó, si tienes mucho porque agradecerme, si de mí has recibido tantos beneficios, ¿por qué me hieres? ¿por qué me ofendes?...

Tomando el sacerdote el pan ó sea la hostia y el cáliz con vino, representa y hace las veces de Jesucristo en la noche de la Cena, en que instituyó la sagrada Eucaristía. De manera, que una vez hecha la consagración y ofrecido este verdadero Sacrificio,

supuesto que en él se ofrece el mismo Hijo de Dios al Eterno Padre, es del mismo infinito valor que el que hizo el mismo Jesucristo ofreciéndose así mismo, aunque aquí no se derrame sangre y le ofrezca el sacerdote; pero sí le ofrece con la misma potestad delegada de Jesucristo, pues dejó esto dicho: «hacedlo en memoria mía» ó en mi nombre.

La *consagración* de una y otra especie es una renovación de la Encarnación, porque así como terminadas estas palabras: «hágase en mi según tu palabra» pronunciadas por la Santísima Virgen María, inmediatamente tuvo al Hijo de Dios en su purísimo seno; así también tiene el sacerdote en sus manos á Jesucristo, tan pronto como termina las palabras de la consagración. También después de la consagración puede decirse que se renueva el Nacimiento del Salvador: la Santísima Virgen inmediatamente «adoró al mismo que engendró» temporalmente, y así también adora el celebrante al mismo que engendra espiritual, pero moralmente hablando: María le adoró después de verle con los ojos del cuerpo; el sacerdote le adora después de verle presente con los ojos de la fe.

Mientras el celebrante consagra ó convierte el pan en el Cuerpo, y el vino en la Sangre de Jesucristo, los fieles deben santiguarse despacio y bien, como viene practicándose desde el principio del Cristianismo, para confesar de ese modo los principales misterios de nuestra sacrosanta Religión, cuales son, entre otros, la Encarnación y la Pasión de Jesucristo: y, á la elevación de la ya sagrada Hostia y Cáliz, adoran á Jesucristo y le piden perdón de sus culpas dándose algunos golpes de pecho; pero no tantos como campanadas suelen dar los ayudantes, pues ignoran casi todos (porque no se les enseña), que la campanilla es solo para llamar la atención de los oyentes en partes principales de la misa y no para divertirse: dos ó tres, y mejor una campanada, producida por el brazo colgando, con un ligero movimien-

to de la mano, indica ó denota recogimiento, gravedad, atención; más nó; si solo disipación ó distracción. (1)

La *elevación* de la Hostia y Cáliz consagrados representa á Cristo crucificado y elevado en la cruz derramando su preciosa Sangre por los pecados de los hombres.

Al ver elevar el Cuerpo y Sangre del divino Salvador, adórale primero, y levanta después, cristiano, los ojos de la consideración para ver como en otro tiempo á Jesucristo pendiente de la cruz, desnudo, expuesto á la vista de un gran concurso que se está mofando de él, y así le dice: «pudo salvar á otros, ¡y no puede salvarse á sí mismo!» «si eres Hijo de Dios, si tan grande es tu poder, ¡bájate de la cruz!...» Pero fíjate que es una lección para tí, á quien parece decir: «si te ves despojado de los bienes del mundo, de la pompa y esplendor que tal vez tuviste en otro tiempo; si te ves injuriado, afrentado y hecho el escarnio de todos... consuélate contemplándome á mí... mucha mayor vergüenza y sentimiento tendrás algún día, si desnudo de buenas obras y cubierto de tus pecados te llegas á mi presencia: no te ofendas, ten paciencia, guarda silencio, no huyas si alguno se burla de tí, porque son cruces que yo te envío: mírate en mí, que oigo, callo, sufro y, aunque puedo, no me bajo, no huyo de aquí, de la cruz.

(1) También suelen faltar ordinariamente por la misma razón los ayudantes, omitiendo arrodillarse hasta el suelo siempre que cruzan el medio del altar; no poniéndose (cuando solo ayuda uno) en el lado contrario al que está el misal, excepto al último Evangelio que, después de la bendición, siempre se colocará al lado derecho del pueblo; no contestando en la misma voz que el celebrante; llamando desde allí á alguno; mirando hacia atrás; levantando la extremidad de la casulla siempre que el celebrante se arrodilla (lo cual está feo, y más levantándola excesivamente como casi todos,) siendo así que en *ninguna* genuflexión debe levantarse (si no es para extenderla al *incarnatus* del coro,) si solo *mientras eleva* la Hostia y el Cáliz, no antes ni después al adorarlos el celebrante, doblando la rodilla, etc. pareciendo casi todos más bien sirvientes de una mesa particular que ayudantes de una cosa y mesa tan sagrada.

Quien terminada la elevación del Cáliz se pone de pié sin causa grave, parece se burla de la presencia de Jesucristo, é imita á los judíos que negaban su divinidad porque no la veían, aunque sí vieñon en él grandes cosas y portentos que atestiguaban su divinidad.

Así es también hoy ciertamente la fe de muchos, quisieran saber todo, penetrar todo, palpar á Jesucristo, ver, en fin, milagros á cada momento, para no dudar, para creer como Santo Tomás Apóstol, que no creyó porque no vió, si bien le aseguraban los demás Apóstoles la Resurrección de Jesucristo. ¿Será esto digno de alabanza? Nó; pues el mismo Jesucristo dijo á dicho Apóstol: «bienaventurados los que no vieron y creyeron,» éstos, y no tú, son dignos de alabanza; y en otra ocasión reprendió diciendo: tan corta y mala es vuestra fe que «si no veis señales extraordinarias y portentos ó milagros, no creéis.» Si viesen á Jesucristo con su cuerpo, alma y divinidad en la sagrada Hostia, es verdad, llenos de temor se arrodillarían los presentes: ¿quién osaría levantarse? Mas, para convencer á los ausentes incrédulos, sería preciso un milagro continuado que alcanzara á todas las generaciones venideras (lo cual carecería de mérito en su fe ó la anularía.) Pero, y porque no se deje ver hoy corporalmente al menos, como se dejó ver á los de su tiempo, ¿no creerán en su divina presencia? ¿será que fuera de la Sagrada Escritura por medio de la cual Dios nos dice la verdad infalible, no habrá otros motivos para creerlo? Diganlo los de Daroca en Valencia, los de Bolsena en Italia, los del arzobispado de Maguncia, los de Colonia desde 1.259, 1.263, 1.330, 1.220, respectivamente; los de Fronista en Palencia, los del reino de Polonia, los de Tolosa en Francia, los mismos franceses de lo que sucedió en el palacio real parisiense de San Luis, lo que decía Juan Egidio en 1.506, el P. Francisco, fundador del orden de los Menores, etc. Todos estos y otros muchos que no puedo exponer ni extractar en tan pequeño libre-

jo, serán testigos siquiera de lo que vieron sus antepasados. Tienen, pues, y tenemos todos motivos, aun sin dar oído á la Sagrada Escritura que es la principal razón para todo cristiano, pues es la palabra de Dios escrita, para creer la presencia de Dios, de Jesucristo en la Eucaristía. Por otra parte, Dios no tiene necesidad de hacer milagros constantemente para convencer á los hombres de mala fe; ¿no vieron muchos los tiranos en los mártires? Sin embargo casi ninguno se convirtió: ó los atribuyeron á la magia, á artes del demonio ó á causas naturales. Como hoy los hombres de mala fe... Al principio del cristianismo fueron en cierto modo necesarios los milagros, hoy no: (fíjate para que no digas «por qué no hay ahora tantos milagros como antes:») cuando se plantan los árboles, necesitan éstos de ser regados frecuentemente, no después: así la Religión, una vez arraigada en muchos corazones, no necesita del agua espiritual de los milagros. Para eso está la historia que precisa los lugares y tiempos donde se han realizado milagros sobre mil y mil cosas, y también sobre la Eucaristía, como puede verse en el P. Cochén citado, Fr. Luis de grana la, el *Thesaurus doctrinae christianae* por Nicolás Turlot, etc. Para permanecer, en fin, arrodillado, no con una sino con las dos rodillas, el tiempo debido en la Misa y sobre todo después de la consagración, suplan los ojos de la fe, lo que no ven los ojos del cuerpo; y dése de la manera debida el culto á Dios debido.

Las cinco cruces que se hacen después de la elevación, representan las cinco llagas de Jesucristo.

Acabas, cristiano, de contemplar á Jesús crucificado. Vuelve de nuevo y mira clavado en un madero su delicado cuerpo, todo herido, bañado en sangre y pendiente de tres (ó cuatro) clavos: con el peso del cuerpo se le van rasgando las manos.. tiembla, se estremece... va á recostar la cabeza, y le penetran más las espinas... una sed ardiente le abrasa las entrañas, y le dan á beber hiel y vinagre... rotas las

venas corre la sangre por la cruz y baña el suelo... pero todo esto sufre por lo mucho que te ama. ¿No sufrirás tú por su amor? Sé agradecido y dile: «¡Dios mío! cómo tengo boca para quejarme viendo á Vos por mi amor en ese estado?»

El permanecer *con los brazos extendidos* todo este rato, nos recuerda la figura de Jesucristo en la cruz, que, puesto en la agonía, rogaba por los mismos que acababan de crucificarle, perdonando también y prometiendo la gloria á Dimas el buen ladrón arrepentido, pero no á su compañero Gestas, porque no se arrepintió. Por esto sin duda hace el celebrante ahora la aplicación por los difuntos que le han sido suplicados: está en el *Memento de muertos*.

En este *Memento* los fieles deben (si antes no lo han hecho) encomendar á Dios las almas que quieren perciban el fruto del sacrificio que á ellos pertenece, y en el *Memento anterior de vivos* deben también rogar por las personas vivas que creen necesitan del auxilio de las oraciones, comenzando por sí mismos, por los parientes, etc.

Antiguamente se nombraban por el celebrante en alta voz los nombres de aquellos por cuyas almas se aplicaba la santa Misa, sucediendo lo mismo en el «*Memento de vivos*,» sino que en éste se nombraban, también en voz alta, los nombres de los que habían dado la limosna. Mas la Iglesia (atiendan sus calumniadores) mandó que dichas aplicaciones se hiciesen secretamente en uno y otro caso, porque los fieles encargaban las Misas por la vanidad de que sus nombres ó los de sus familias, etc. se publicasen en alta voz en tan solemne acto. Esto que tiene prohibido la Iglesia, practican hoy algunos, pues cuando encargan se celebre una á su intención, avisan á toda su parentela y amigos, y lo dicen á todos como alguacil que llama de puerta en puerta, demostrando así su vanidad, y perdiendo para sí, no para los difuntos, casi todo el mérito de tan buena obra.

Las *dos cruces* que antes ha hecho el celebrante por

segunda vez, al decir *Corpus et Sanguinem* se hacen 1.^a por el sudor de que estuvo envuelto el cuerpo en la Pasión; 2.^a, por la sangre derramada en la misma y 3.^a (santiguándose) porque Jesucristo cayó sobre su rostro.

Al finalizar las oraciones del *Memento* hace *inclinación de cabeza* á imitación de Jesucristo que también la hizo al espirar diciendo: «*consumatum est,*» es decir, se cumplió en Mí cuanto estaba vaticinado sobre el Mesías. En verdad, Señor, Vos sois el Enviado del Padre Eterno.

En las *tres cruces* que el celebrante hace por tercera vez al decir: «*santificas, vivificas, benedixis,*» simbolizan las tres crucifixiones con que el Señor fué crucificado; dos de deseo, 1.^a, cuando los pérfidos judíos decían: «*Crucifige eum;*» y 2.^a, cuando Pilatos dió su infame sentencia; la otra, cuando realmente fué crucificado. Según otros, que este Sacrificio aprovecha á los Santos, á los vivos y á los difuntos. Los fieles deberán leer sobre estos dos puntos últimos al P. Cochén, capítulo 20, 21 y 22.

De las *cinco cruces* hechas con la Hostia en cuarto lugar, las tres primeras que hace sobre el cáliz, simbolizan las tres cortas oraciones que entre «las siete pala bras» pronunció Jesucristo pendiendo de la cruz: las otras dos, formadas entre el cáliz y el pecho del celebrante, son, según unos, por la separación del alma y del cuerpo; según otros, en memoria de la sangre y agua que salió del sagrado costado al ser herido por Longinos.

Pesaroso éste de que hubiese fallecido Jesucristo sin haber él tenido parte en su muerte, le traspasó con una lanza el pecho... salió sangre y agua de la herida... volvió á bañarse de nuevo el lastimoso y divino cadáver. . Ya lo ves, cristiano: ni después de muerto perdona á Jesús el odio de los judíos. ¿Y te extrañarás tú de que el mundo no se compadezca de tí, por más que te vea lleno de trabajos y desgracias? No hagas caso, pues como discípulo no debes ser de

mejor condición que tu buen Maestro: si hieren moralmente tu corazón, antes hirieron moral y físicamente el de Jesús: «nada te turbe... quien á Dios tiene, nada le falta, solo Dios basta.» Sí, sufre con paciencia por tu Redentor; que también Longinos, después de la lanzada, padeció por él nada menos que el martirio y se salvó.

El dejar la Hostia sagrada sobre los corporales después de una pequeña elevación con el cáliz, representa el descendimiento de la cruz de nuestro Señor Jesucristo envuelto en la limpia sábana. ¡Cuánto estima el Señor la limpieza! Para hacerse hombre no eligió una rica princesa manchada de pecados, sino una pobre y humilde, pero virgen purísima, sin pecado; para ser amortajado quiso que se comprase una sábana nueva y limpia, y para ser sepultado, dispuso su Providencia un sepulcro nuevo, que nadie lo había estrenado. Esto parece decir á todos, la limpieza de alma que deben tener cuando quieran los cristianos envolverle dentro de su pecho. No estima el Señor las riquezas, sino solamente la pureza, la limpieza de nuestras almas. Y así, para recibirle, limpia bien de pecados la tuya, cristiano. Si el rey de España, v. gr. habría de hospedarse en tu casa, barrerías, limpiarías bien, y prepararías con tiempo, si te avisaban antes, lo exterior de ella que podría desagradarle: ¿con cuánta mayor razón deberás limpiar, no solo tu vestido, sino principalmente tu alma? Por que lo que más desagrada á Jesucristo es las manchas interiores ó del alma: si tienen los cristianos esta limpieza espiritual, no les importe, es decir, no teman ir á recibirle con el vestido que puedan ó tengan, aunque esté lleno de pedazos y jirones, pues si él no les ha dado sino uno y despedazado, no puede obligar á que lleven otro mejor; pero sí les ha dado un corazón entero y un alma también entera, igual á la de los ricos. Por lo mismo exige principalmente la blancura, la pureza, la limpieza espiritual en pobres y en ricos. No emperezcan, pues, los que solo

tienen un vestido para recibir al Rey de todos los reyes: solo hace falta voluntad y amor, dolor y propósito con Confesión.

Al *Oremus præceptis* se termina el *Canon*, según la opinión mas probable. Dicha palabra *Canon* quiere decir regla, por ser, desde su principio hasta aquí, el orden casi invariable con que se celebran todas las Misas: la forma en que se hallan constituidas todas sus palabras es antiquísima, muy semejante à la que usaron algunos Apóstoles para celebrar.

Como la oración del «Padre nuestro» que abraza todo el Evangelio y es un compendio de él, en el que se piden bienes espirituales de la vida futura y corporales de la presente, eternos y temporales; como dicha oración, repito, fué enseñada por Jesucristo à los Apóstoles para enseñarnos à orar y siendo Dios y Padre nuestro por tantos títulos, nunca mejor que ahora que sabemos está presente en cuanto hombre y en cuanto Dios, debemos recitar con suma confianza tan santa oración. Por eso la reza el celebrante con las manos extendidas, fijos los ojos en la Hostia; y simboliza en sus siete peticiones «las siete palabras» que Jesucristo pronunció en la cruz. En ella encomendó à su Eterno Padre los fieles que estaban al pie del sagrado madero y les aplicó muy especialmente los frutos de su Pasión. También ahora ruega en el cielo por los que asisten à la Misa, sobre todo si imploran su mediación.

Entré «las siete palabras» que Cristo pronunció en la cruz, una de ellas fué perdonar y rogar por sus propios enemigos, que es lo que tú también estás obligado à hacer por más que repugne à tu naturaleza, ó modo de pensar: él te lo manda, y por consecuencia, no te es imposible: Dios no manda cosas imposibles: si le obedeces, puedes decir que le amas: si no, no le amas, no quieres ser cristiano ó discípulo de Cristo; no quieres aprender ni creer lo que él te dice y enseña primero con el ejemplo. Pero el que

no cree, ya está juzgado por sí mismo, se condenará. Dirás, acaso, que el prójimo te ha ofendido una ó más veces, por lo que no estás en perdonarle. Y esperarás que Dios te perdone. Bien haces: Dios te perdonará; pero ha de ser perdonando tú primero. Porque, á quien no perdona lo menos, lo menor, v. gr., cinco céntimos, ¿cómo le perdonarán lo más, lo mayor, v. gr., diez mil duros, ó sea los miles de pecados y los miles de veces que habrá ofendido no á un hombre, sino al mismo Dios? Piénsalo bien...

El *bajar las manos sobre el altar* después de terminar la oración del *Pater-noster*, representa la bajada del alma de Jesucristo al limbo en unión de la divinidad. Considera aquí la alegría de los que habitaban en él y esperaban la llegada de Jesucristo. El tiempo que *brevemente ora en silencio* el celebrante, es en memoria del que estuvieron los Apóstoles y las piadosas Marias en silencio, mientras estuvo el alma de Jesucristo en dicho lugar.

El *tomar la patena de canto* representa la piedra del sepulcro, apartada por un Angel poco tiempo después de la Resurrección. En cuanto que es redonda representa la eternidad. Esta, la eternidad, es feliz ó desgraciada: ¿cuál te tocará á tí?... Tus obras buenas ó malas han de decirlo: elige: ahora tienes tiempo.

Divide el celebrante la sagrada Forma á imitación de Jesucristo que en la última Cena y, después de resucitado, en Emaüs dividió el pan delante de sus discípulos, conociéndole en esto. Según otros, el partir la Hostia significa que el alma de Jesucristo se separó de su santísimo cuerpo cuando espiró. Se hacen de ella *tres divisiones sobre el cáliz*, porque la separación de la sangre, cuerpo y alma de Jesucristo se realizó en la cruz. Las dos partes mayores de aquella se colocan sobre la patena, representando que el cuerpo de Jesucristo, luego que fué bajado de la cruz, fué depositado en el regazo de la Santísima Virgen, como pura, limpia é inmaculada patena.

¡Cuánto dolor sentiría el corazón de María, viendo muerto sobre sus rodillas al que tantas veces había alimentado y estrechado contra su pecho; al que, entonces pálido, había sido la hermosura y alegría del mundo, al Hijo de Dios y suyo, que acababa de morir, según se dice ahora «en la flor de su edad!» Y ¡queda sola!... Se conformó con las disposiciones, con la voluntad del Altísimo... y diría en la muerte de su divino Hijo como en la Encarnación: «cúmplase la voluntad divina.» Aprended de María padres y madres, á no prorrumpir en maldiciones y ofensas contra vuestros prójimos, cuando veais injuriado, ofendido, herido, muerto por aquellos un hijo vuestro; porque si vosotros ó vosotras le amábais, más amó María al suyo... Sentidlo, enhorabuena; lloradlo, pedid los daños temporales reparables, mas no ofendais. Y entended que si esto es ilícito, lo es mucho más aún quejarse de Dios. Seguid el ejemplo de María y decid con Job: «el Señor me lo dió, el Sr. me lo quitó»; cuando nació, llenos de alegría, bendijimos á Dios y y le dimos gracias; ¿por qué hemos de ofenderle ahora? él nos lo prestó, suyo es, de lo suyo dispone.» Si no lo haceis así, si obráis al contrario, es posible que en lugar de uno os quite dos hijos, ó castigue de otra manera. De Dios no se burla nadie: él castiga con enfermedades unas veces, con pérdidas de hacienda otras, y nunca dice por qué castiga. Mirad, padres, no escandaliceis á vuestros hijos con palabras de maldición, de blasfemia, de malos cuentos, etc.; antes bien educadlos según la ley de Dios y trabajad en ellos desde su niñez, porque son entonces como la cera blanda que, con poco trabajo, se forma de ella una cosa fea, un demonio, pero, trabajando algo más, de la misma cera se forma un ángel. No dirijais al infierno el alma de los mismos que debísteis engendrar para el cielo.

Al pronunciar el celebrante las palabras *Pax Dómini*, etc., hace tres cruces para significar la promesa hecha por Jesucristo de resucitar al tercero día; pero

dichas palabras son para representarnos y recordar las diversas apariciones del divino Salvador después de resucitado á sus discípulos dándoles la paz. También el sacerdote oferente, en nombre de Jesucristo que tiene en su mano delante de sí (por esto no se vuelve al pueblo aunque habla con él) desea á todos los presentes la paz del Señor, es decir, la paz del espíritu, del alma, la amistad con Dios, la tranquilidad de conciencia. Pero no por un momento, como cuando se confiesan muchos que vuelven á la misma mala vida, á los mismos pecados, con lo que pierden al momento dicha paz ó tranquilidad, asemejándose al perro que vomita lo que antes comió, y luego vuelve á tomar lo mismo que vomitó; es decir, que pecan, lo dicen á los pies del confesor, y luego toman otra vez lo que al parecer detestaron, indicando así que, regularmente, mal se confesaron. Nó; el celebrante no desea á los presentes esa paz de un momento ó de unos días, sino que quiere éste ó que permanezca siempre en ellos, *sit semper*.

El *mezclar una pequeña parte de la Hostia* en el Sanguis del cáliz, simboliza la unión del alma con el cuerpo, ó sea, la Resurrección de Jesucristo.

El *Agnus Dei* representa la potestad que Jesucristo comunicó á sus discípulos de perdonar los pecados á todo cristiano debidamente dispuesto.

¡Qué dignidad y qué poder el de los sacerdotes! Podrá un rey abrir las puertas de la cárcel á un malhechor, pero nó las de la gloria, como un sacerdote. Sí; su potestad de ofrecer el Sacrificio de la Nueva Alianza, la Misa, y el de perdonar los pecados, es mayor, como dice el Concilio Tridentino, que todas las potestades de la tierra. Aprovéchate, pues, de ella, que no en vano se les ha concedido.

El *ósculo de paz* que suele darse con el portapaz por uno ó dos monaguillos después que ellos lo han recibido del subdiácono, éste del diácono, y el diácono del celebrante en las Misas solemnes, es para significar la unión de amor que, como hermanos de un

mismo Padre espiritual, debe haber entre los que comen tan divino Pan, é imitar á Jesucristo que dijo á los Apóstoles: «os dejo y doy mi paz.»

Las tres oraciones que el celebrante reza medianamente inclinado con las manos sobre el borde del altar y fijos los ojos en la Hostia, son muy apropósito para disponerse á recibir al Señor pidiéndole misericordia de sus pecados: por esto permanece algo inclinado, y mira á la Hostia para excitarse más á dolor de sus pecados y á amor de Dios.

La oración que comienza *Dómine non sum dignus* nos recuerda el acto en que el Centurión, pronunciando estas mismas palabras, juzgábase indigno de que Jesucristo entrase en su casa, y muy apropósito, con mayor razón las repite el celebrante, cándose golpes de pecho á imitación del Publicano en el templo, y pidiendo como é te perdón de sus culpas exteriormente, ya para excitarse á sí mismo, ya á los presentes.

Si para hacer ó pedir cualquiera cosa á Dios, y aún á los hombres, debe uno manifestarse humilde, no solo exterior, sino cuando nos dirigimos á Dios, de un modo especial, interiormente, reconociéndose como la más vil necesitada criatura: ¿cómo deberá reconocerse el celebrante y todo aquel que, como él, piense que va á tener la dicha de recibir dentro de sí á su Criador y Autor de todas las cosas?... ¡Oh qué poco tiempo se emplea en ésta y otras cosas únicas importantes! Despertad, despertad, cristianos: que si los que duermen, sueñan á veces que se han encontrado grandes riquezas, viéndose por la mañana echasqueados con las manos y areas vacías: los que estáis despiertos también soñais con las riquezas, con los negocios, con las fábricas, con las labores..., y al fin del sueño de esta vida, teniendo por necesidad que dejar vuestros bienes á hijos, parientes ó amigos ingratos acaso, os encontraréis delante de Dios con las manos vacías de buenas obras, por no haber pensado en adquirir méritos, riqueza, bienes espirituales...!

Antes de tomar, sumir ó comulgar, hace el celebrante con una y otra Especie *una cruz en el aire* para confesar la realidad de la presencia del Señor en la Eucaristía y alcanzar la gracia de comulgar dignamente.

El *sumir* una y otra Especie representa la sepultura de Cristo y la consumación del Sacrificio, é imita el sacerdote á Jesucristo que se comulgó el primero con sus propias manos, pues en el Levítico estaba mandado que el sacrificante comiese el primero de la víctima, de la hostia.

La Iglesia desea y manda por el Concilio Leateranense IV, que todos los fieles de uno y otro sexo confiesen y comulguen «al menos» en Pascua de Resurrección. Nótaló bien: «al menos.» Luego mejor cuantas más veces. Ella se porta como una madre cariñosa que, teniendo inapetentes, débiles y enfermizos á sus tiernos hijos, les ofrece su pecho ó algún delicado y sabroso manjar; pero que no queriendo aquellos recibirlo, y al ver que se le mueren extenuados, les dice con todo el afecto de una buena madre llena de dolor y cubiertos sus ojos de lágrimas: «¡hijos míos, hijos queridísimos, no sigáis más atormentando mi débil, pero amoroso corazón: tomad lo que os ofrezco, *al menos* una vez, es decir, bien quisiera yo lo recibieseis muchas veces como cuando estabais rollizos, robustos: mas ya que no lo haceis así, tomadlo una vez *al menos*: vamos, *siquiera* un sorbo; *al menos* una cucharadita de caldo muy alimenticio!... ¿Qué desea la madre sino que lo tomen muchas veces? Pues la Iglesia es esa tierna y cariñosa Madre que, al contemplar en estos tiempos de tibieza religiosa la enfermedad espiritual de sus hijos, les habla de la manera expuesta, pareciendo decir hoy á cada uno de los cristianos: «antes obligué á confesar y comulgar tres veces al año; en pascua de Resurrección, de Pentecostés y de Navidad: teniendo esto en cuenta, confiesa y comulga *al menos* en pascua de Resurrección.» Pero, cristiano, viendo el deseo de tan

amorosa Madre, no te contentes con eso: supuesto que nada te llevan por oír tu confesión aunque sea muy larga, por más que el confesor no haya podido levantarse en cuatro ó cinco horas, ni tampoco por comulgar, confiesa y comulga en las principales festividades, y también en el día de tu cumpleaños. ¡Ay! se piensa mucho en ellos, en convidar y obsequiar á los parientes y amigos con banquetes, café, copas, cigarros y se olvida de ponerse á bien con Dios, de invitarle, de unirse espiritual y amorosamente á su mejor Amigo, descuidando así de imitar en santidad al Santo de su propio nombre! ¿Ignoras que al imponerte la Iglesia el Santo de tu nombre fué para que imites sus virtudes, su amistad con Dios? ¿Las imitas?..

Dice aún más la Iglesia en el Concilio Tridentino: «desca que—como en los primeros siglos del Cristianismo—comulguen los fieles que asisten á cada una de las Misas, pero que comulguen sacramentalmente, es decir, recibiendo la sagrada Forma (se sobreentiende con las debidas disposiciones) para que así reciban mayores frutos del santo Sacrificio.» Mas, cuando ésta no se hace, recomienda la *comunión espiritual*, que consiste—excitándose antes á dolor de los pecados—en un piadoso y ardiente deseo de recibir la sagrada Forma ó Eucaristía, fingiéndose mentalmente que la recibe de manos del sacerdote. Y, por más que en todo tiempo y lugar puede hacerse, nunca mejor y más á propósito que cuando comulga ó da de comulgar el ministro del Señor. Si comulgas sacramentalmente en la Misa, no te salgas inmediatamente ó apenas se haya terminado aquella. Por Dios te lo ruego: no obres tan ingrata, tan impiamente. Habla interiormente *lo menos* un cuarto de hora siempre—¿qué menos? con tan grande Señor, exponiéndole tus necesidades espirituales y temporales, las de tus parientes y amigos; pero dále también gracias, manifiéstate agradecido, y para esto, si no sabes ó no aciertas, no dejes de tener tu devocionario. Cuando en el mundo se acuerda de nos-

otros alguna persona regalándonos algún objeto por insignificante que sea, ó haciéndonos algún beneficio, aunque se lo paguemos, nos deshacemos en demostraciones de cariño. Pero, cuando es Dios el que por su infinito amor se nos entrega á sí mismo, ó nos da gratuitamente todo, alma, cuerpo, potencias, salud, riquezas, alimentos, aire, vestidos, luz, calor, fuentes, flores, el habla, la vista... ¡ah, entonces... nada queremos agradecerle... en nada estimamos sus muchos beneficios!... ¿Habrá ingratitud mayor? ¿Cómo agradeceríamos á un Médico que nos diese, v. gr., el habla, el oído y sobre todo la vista?... Da, pues, gracias á Dios frecuentemente, pero principalmente después de comulgar, porque no has recibido un objeto ni un beneficio insignificante; no un alfiler, una sortija ó una pulsera, sino el Corazón y todo el ser de un Dios amante... De este punto puedes sacar en consecuencia la maldad de los que usan ese lenguaje propio de los demonios, de ese pecado el más grande y horrible que puede pensarse y cometerse por la criatura, de ese pecado llamado blasfemia, en cuyo acto algunos, ó le toman sacrilegamente en sus labios tratándole ó pensando de Él como si fuese un maniquí; ó la soberbia de otros llega á tanto que, como si fuesen muy fuertes (pudiendo con ellos un mosquito, ó nada más que una calentura) quisieran luchar brazo á brazo con Dios omnipotente, y ponerle debajo de la suela de su zapato... ¡Oh blasfemo miserable! es tan grande tu pecado que por más que tú solo diceses fuego á la ciudad más populosa del mundo después de haber robado y matado pasando á cuchillo sus habitantes y animales, no excedería en maldad tu pecado á una sola blasfemia, pues el mal de los habitantes, es un mal hecho á las criaturas, que son limitadas; pero una sola de tus diabólicas blasfemias deshonra y ultraja á Dios, que es infinito. Ya veis, cristianos, ya veis padres y madres: ese pecado horrendo que vosotros ó vosotras cometéis ó consentis en vuestros hijos, sirvientes ó inferiores, es

mayor, infinitamente mayor y sin proporción, que el robar, matar ó hacer otra cualquiera cosa gravemente prohibida. ¡Oh si los cristianos pensarian frecuentemente en los beneficios que reciben de Dios y en su divina Alteza! no le injuriarian jamás, se arrancarían antes su maldita y asquerosa lengua...

He de advertirte aquí—aunque me salga del objeto de la obrita y me extienda demasiado, si bien tiene alguna relación con aquella—no te impida confesarte á menudo lo que dicen algunos impíos: que «el que se confiesa frecuentemente es señal de que tiene muchos pecados,» sino que antes bien debe animarte, porque, fijate bien en las siguientes pruebas de razón, y verás quien obra mejor; así también sabrás que contestar:

1.^a El lavarse ó lavar las ropas frecuentemente es digno de alabanza: ¿cuánto más la conciencia? No lavar aquellas ó su persona merece con sobrada razón la censura y el desprecio de todos: ¿cuánto más tener sucia la conciencia, y por mucho tiempo?

2.^a Yo creo que casi todos los que se lavan las manos y la cara todos los días, no las tienen muy sucias. ¿No te parece lector? Aplica, pues, la moraleja.

3.^a El buen pagador, apenas contrae una deuda por muy pequeña que sea, y antes que crezca con los réditos y trampas del usurero como las bolas de nieve, pone todos los medios para librarse de ella, buscando frecuentemente á quien se la debe ó á su representante, á fin de quedar libre, pagando. Pero los malos pagadores, buscan cuanto pueden, sacan cuanto les dan y toman cuanto alcanzan, porque no piensan devolverlo, y jamás buscan á sus acreedores ó representantes en sus casas, ni quisieran verles, ni hablarles. De donde deducirás fácilmente, que el que se confiesa frecuentemente, es señal de que tiene pocos pecados ó pocas deudas como decimos en el «Padre nuestro,» y que obra muy cuerdamente confesando lo poco para no caer en lo mucho, y además, que el que no busca sino de tarde en tarde ó nunca á los

confesores, representantes de Dios, indica, lógicamente discurrendo, que tiene muchos pecados, y que no tienen inconveniente—merced à su *limpia y* farisaica conciencia—hacer quiebra, aunque sea à la hora de la muerte, que puede ser le sorprenda cuando no tenga tiempo, ó no sepa de qué modo pagar. Las deudas pequeñas se perdonan fácilmente, y más si se busca al acreedor ó à su representante; pero... una ó muchas graves ó gravísimas, sin buscar, ni suplicar, ni pedir misericordia à Dios ó sus ministros en esta vida y según él lo tiene mandado... es imposible. Porque si la misericordia de Dios es infinita ciertamente, no es menos infinita su justicia. Dios es Padre de misericordia infinita—dicen algunos;—y por eso bien podemos seguir nuestra vida relajada; como Padre tan amoroso no nos castigará con un fuego eterno, ya tendrá misericordia... ¡Vaya una manera de discurrir! y permitáseme que conteste à esta objeción ahora que viene «à pelo».—Porque Dios sea bueno, darle disgustos haciendo todo lo que él prohíbe y abusar de su bondad. ¿No repugna, lector, à tu razón tal consecuencia?... Dios no es ni puede ser misericordioso para los que así discurren, para los que desean seguir pecando, para los que no quieren en la tierra ser hijos obedientes y buenos de Dios bueno, pero sí quieren ser en el cielo hijos herederos y ricos de Dios rico: no; la malicia de éstos no debe ser castigada con uno, sino con dos infiernos. Dios solo tiene misericordia infinita para los buenos, para los que tienen vivo dolor de haberle ofendido, para los hijos que le temen. *Et misericordia ejus à progenie in progenies timentibus eum*, dijo Maria en su *Magnificat*: «la misericordia de Dios es en todas las generaciones, para los que le temen,» y el que teme no abusa: respeta, obedece.

4.^a El enfermo que se da à ver al médico (mejor al que conozca su naturaleza) y antes de que agrave la enfermedad, ¿obra mejor ó peor que el que le llama después que la enfermedad se fué agravando?

Obra mejor ¿quién lo duda? Luego también obra mejor el pecador que no aguarda á que su alma contraiga, manchas deudas, ó enfermedades graves, que el que aguarda á que sean mortales.

La precedente objeción tiene grande relación con la siguiente de los mismos impíos; «el que frecuenta la iglesia es señal de que tiene mucho que pagar á la justicia divina; algo teme.»—Des partes algo distintas tiene esta objeción. 1.^a «El que frecuenta la iglesia es señal de que tiene mucho que pagar á la justicia divina.» Pero el que quiera juzgar rectamente, no debe deducir semejante consecuencia, sino que sabiendo (el que frecuenta la iglesia) como debe saber todo cristiano que Dios premia según el número, mérito ó grandeza de las buenas obras de cada uno, (deben juzgar los contrarios) manifiesta indirectamente el que frecuenta dicho lugar, que ó desea con sus actos satisfacer á Dios en esta vida por sus pecados, aunque hayan sido pocos y perdonados, mediante la confesión, en cuanto á la pena eterna, ignorándolo en cuanto á la temporal; ó desea ser premiado con arreglo á sus buenas y muchas obras, pues en el cielo no todos disfrutan de la misma gloria, como tampoco padecen los réprobos las mismas penas en el infierno, sino que, siendo Dios infinitamente justo, á cada uno le da lo que merece. Prueba en contra de la objeción es también, que sabemos de muchos Santos hicieron muchas y grandes obras buenas, meritorias, aunque no fueron grandes pecadores, como v. gr., San Luis y el Bautista, y por lo mismo no tenían mucho que pagar á Dios. Por otra parte, ¿debe ni puede nadie saber con toda certeza si es amigo de Dios? Una cosa te diré, lector; es la siguiente: fijate bien á ver quién tendrá que pagar más según tu juicio; si el que frecuenta la iglesia, ó el que no se arrija. Acaso digas:—muchos que la frecuentan necesitan como las tablas, de un cepillo que las pulimente.—Concedo, digo yo, y á eso debemos presumir van á la iglesia, á ser pulimentados. Pero si és

tos necesitan de un cepillo, los que no ponen los pies en la iglesia necesitan de una bien afilada hacha, por más que sean de aquellos que ven las faltas ajenas y no las propias; de los que dicen mal de otros para santificarse á sí mismos; de los que ven la mota... y no ven la viga. Téngase presente que cuanto más preciosas son las telas, más se distinguen y peor parecen las manchas, aunque sean pequeñas; así en las personas virtuosas: los grandes pecadores no ven las manchas de sí mismos; ni los demás les ven sino una mancha muy grande. Fíjate en la 2.^a parte: «el que frecuenta la iglesia algo teme.»—En esto parece quiere también decirse, como en la objeción anterior, que el que no frecuenta la iglesia no tiene pecados por qué temer, y por consecuencia un Santo no declarado. Y yo digo: el aceitero de oficio (ellos me perdonen) no teme ni le causan repugnancia las manchas, porque todo su vestido está tan lleno de ellas, que por su espesor, solo se ve una en todo su vestido: es más; ni él, ni nadie ve sino una ó ninguna mancha en su traje, porque el color de éste solo es el de la mancha; pero si distingue él perfectamente las pocas y pequeñas manchas en el vestido de los demás que no son de su oficio. El aceitero dicho no teme las manchas; los demás sí. ¿Quiere decir esto que los demás están muy sucios y que aquél está muy limpio?... En caso querrán decir con su objeción los manchados con muchos pecados, que no sienten el aguijón de su conciencia, porque ésta la tienen encallecida ó habituada en el mal. ¿Pero quiere decir esto que no tengan muchos más pecados por qué temer ellos, que los que frecuentan la iglesia? Dejó la respuesta á todos los que no estén locos. Por lo demás juzgue cada uno, según su juicio, como he dicho poco hace, para ver quién tendrá más pecados por qué temer; si el que no frecuenta la iglesia ó el que la frecuenta. ¡Desgraciados los que nada temen, teniendo tanto por qué temer, es decir, desgraciados los que no temen á Dios ni á su justicia divina, que

les amenaza con un infierno eterno! No en vano nos dice El en la Sagrada Escritura que «el temor del Señor es principio de la sabiduría;» que es, «bienaventurado el hombre que teme á su Dios y Señor», y que es también bienaventurada la mujer que no funda su virtud en la hermosura del cuerpo, que desaparece como el humo, ni en las demás prendas naturales y del ánimo, sino que funda su valor, su fortaleza, su gracia y virtud en el temor de Dios; pues «la mujer que teme al Señor será alabada.» En fin, dejemos esto y volvamos al asunto, á la Misa.

El pasar el misal del lado del Evangelio al de la Epístola donde antes estuvo, representa que los judíos han de recibir, según se cree, antes del fin del mundo la doctrina de Jesucristo que no quisieron admitir al principio, formando así un solo rebaño con un solo pastor al unirse á los cristianos.

La antifona *Communio* se dice así, porque cuando en el principio del cristianismo comulgaban sacramentalmente, según queda dicho, todos los fieles que asistían á Misa; se cantaba un salmo en las cantadas solemnemente, para despertar, excitar ó producir en todos, afectos provechosos á la comunión, según se canta también hoy en muchas iglesias mientras se dá de comulgar el verso:

«Altísimo Señor,
Que supisteis juntar.» etc.

El trasladarse el sacerdote, del medio al lado de la Epístola, representa que Jesucristo se apareció (primeramente, según se cree, á su Santísima Madre, y después) á sus discípulos, dándoles en distintas ocasiones pruebas evidentes de su resurrección gloriosa en virtud de su propio poder omnipotente, á la vez que la paz: por esto dice el celebrante *Dóminus vobiscum*.

¿Te has fijado, lector? Jesucristo dió pruebas evidentes de haber resucitado, cuales son entre otras,

hablar, comer, dormir, dejarse ver y tocar, como sabemos, de Santo Tomás. Luego resucitó; y si Jesucristo que es nuestra cabeza resucitó, también nosotros resucitaremos. Tal vez no lo creas porque no lo comprendes. Pero no lo niegues por eso, pues hay y vemos todos los días muchas cosas naturales que no las comprendemos todos, y otras nadie. Y si no, dime: ¿comprendes por qué la manteca se ablanda con el fuego, y por qué el huevo se endurece con aquél? ¿sabes qué es en esencia el fuego, la electricidad, el sueño? sabes decirme en qué parte ó punto matemático del cuerpo reside tu voluntad, para que muevas un dedo, ó un pie solo, ó los dos pies y todos los dedos si quieres? ¿Sabes tú, ni nadie, cómo haces esto? ¡Tan soberbia es la naturaleza humana que, no comprendiendo muchas cosas naturales que todos los días se ven, quiere saber (ó negar si no) las sobrenaturales é invisibles y no manifestadas! Mira: yo creo firmemente y moriría antes que negar ni dudar, porque mi fe de cristiano debe ser como te dije después del *Credo*; creo firmemente, repito, el dogma de la resurrección de la carne ó de los hombres, como en todos los demás dogmas de la Iglesia.—Por qué?—Porque lo dice ó afirma la Sagrada Escritura y la Iglesia, y aunque mi entendimiento ve la dificultad, la imposibilidad para llevar á cabo yo ni otro hombre, la Resurrección de los hombres, no me niega la posibilidad de hacerlo Dios: antes al contrario: me afirma que Dios puede y debe hacerlo: y si puede y debe, Dios lo hará; es omnipotente y justo. Es verdad que nuestros cuerpos, una vez sepultados, se revuelven ó mezclan con la tierra, y que ésta es movida por los hombres, ó arrastrada por las aguas á los ríos: que aquí queda un hueso, unos átomos, unas cenizas, ó una porción de carne: más abajo otro á otros residuos: parte en el fondo del mar, etc., y lo restante en el campo-santo, ó lugar donde se haya hecho el entierro. Todo esto es verdad: para mí sería imposible reunirlos, y más imposible aún darles vida, ¿no

es verdad? Pero también veo ser verdad que los árboles en el otoño pierden su mayoría la hoja, y que pasado el invierno, aunque no la misma en absoluto (pudiendo ser en parte los mismos átomos de que se componen) se visten de ella, juntamente con las flores y frutos más adelante. El árbol para que se vista de hoja, necesita del agua, del aire y del calor; para formarse el fruto necesita de las semillas de otros árboles, las que han de ser llevadas por los vientos; para desarrollarse le es necesario el calor del sol. Ahora pregunto: ¿sabes tú ni nadie, dónde estaban en el otoño los átomos de las nuevas hojas? ¿dónde las gotas de agua y el aire que había de llevar las semillas? ¿Estaban los primeros en algún estercolero; las segun las ó gotas de agua, en algún río, en alguna laguna, en el fondo ó en la superficie del mar? Y ¿en qué río ó en qué mar?... Seguramente se hallarían ó hallarán todos los años en muchas y distintas partes del globo terráqueo, desde donde fueron por Dios dirigidas á dar vida, ó mejor dicho, cuerpo á cada una de las plantas, casi infinitas en número, habiendo muchos millones más de plantas cada año, que hubo, hay y puede haber hombres. Y el aire, ¿estaría (en el otoño) en España, en Rusia, en América, dónde? acaso en el centro de la tierra?... ¿Quiere alguno probarme dónde estaban los rayos solares entonces, en el otoño?... Solo Dios lo sabe. Los hombres, sin saberlo, solo ven las hojas ya formadas, las flores, los frutos de infinidad de plantas y árboles resucitados en cierto modo por Dios. ¿Lo ves? La voluntad de Dios hace todos los años ese milagro que todos vemos, sin saber cómo se vale, cómo lo hace Dios: y en el día de la resurrección hará otro menor y semejante al que hace todos los años. Por lo mismo, di lleno de fé: «Señor y Dios mío; como en los demás dogmas y misterios que manda creer la Iglesia Católica, creo en el de la resurrección de la carne.— Sigamos.

Las últimas oraciones nos recuerdan la promesa

que Jesucristo nos dejó de rogar por nosotros en el cielo á su Eterno Padre, según lo hace el sacerdote rogando por todos, á la vez que á la Santísima Trinidad da gracias brevemente (á fin de no detener á los presentes) por haber recibido á Jesucristo, al Verbo Encarnado.

¿Te has fijado benévolo lector, en lo que acabas de leer? Jesucristo ruega por nosotros, sin olvidarse de cristiano alguno, á todos nos tiene presentes y ama. Los hombres, sobre todo si nadan en la abundancia, se olvidan muy pronto de los pobres y desvalidos: Cristo nunca. «Yo sé,—puede decir el labrador, el obrero, el jornalero, el pobre,—yo sé que los reyes y algunos ricos de la tierra ni piensan en mí, ni me conocen; pero sé también que el Rey del cielo fija en mí sus miradas y pensamiento; que sabe mi nombre y me conoce y ama. Si algún día de gran gala y ceremonia—puede continuar diciendo—confundido con la multitud, penetro en el palacio real ó de algunos ricos, puedo pensar sin temor de equivocarme en el primero: «yo soy un desconocido para los que habitan aquí,» y en los segundos: «tal vez me conocen, pero se hacen los desconocidos... ni por cortesía me invitan;» pero cuando penetro en el templo, que es el palacio del Rey divino, puedo, en cambio, decir con toda verdad: «no soy aquí forastero; el Dueño de este divino palacio me conoce, me oye, me invita á que le hable en la oración, á perdonarme en el tribunal de la Penitencia, á que me llegue á su divina Mesa y le reciba bajo los accidentes de pan, á... gozar eternamente con él en el cielo (mediante la observancia de sus santos Preceptos), y tanto, quizá más, que cualquiera rey ó rico del mundo, porque allá, en el cielo, en el divino tribunal, nada valen, las dignidades, los honores, ni las riquezas terrenas... la mejor, la única tarjeta de recomendación son las obras buenas.

El saludo al pueblo con las palabras *Dóminus vobiscum* antes del *Ite Misa est*, trae á nuestra memo-

ria y representa la ascensión de Jesucristo á los cielos con su propia virtud, semejante al águila que, en virtud de sus propias alas, se levanta á regiones altísimas.

Jesucristo subió al cielo acompañado de Coros angélicos y santos Patriarcas... ¡Qué compañía... qué melodías... qué cánticos... que alegría...! Con su ascensión nos dice, que nuestra patria no es la tierra, sino el cielo... En el cielo está Jesucristo, que es nuestro único y verdadero tesoro: allá debe estar frecuente ó habitualmente nuestro corazón... No te cuides, pues, tanto de las cosas de la tierra, que pueden ser causa de que padezcas siempre, eternamente; cuidate mucho más de las del cielo; que así podrás gozar siempre, siempre... eternamente.

El *Ite Misa est* quiere decir que la Misa ha terminado (mas no por esto te retires de la iglesia: fijate en lo que pronto te diré.) Considerando los Apóstoles y discípulos en número de ciento veinte la gloria y majestad con que Jesucristo subía al cielo, quedaron como extasiados mirando hacia dónde le habían visto desaparecer, hasta que dos ángeles los despidieron, indicándoles que Jesucristo había cumplido por entonces su divina misión en la tierra y asegurándoles que vendrá (al fin del mundo) con la misma majestad y grandeza con que subió. Por eso sin duda, despide el celebrante ó el diácono al pueblo con las dos palabras dichas. Y como los Apóstoles volvieron del monte, en que se elevó Jesucristo, llenos de alegría alabando, glorificando, dando gracias á Dios; contesta el ministro ó el coro por todos con estas palabras: *Deo gratias*, es decir, demos también nosotros gracias á Dios por el Sacrificio de su divino Hijo que acabamos de ofrecerle.

Pero Jesucristo prometió á sus discípulos enviarles el Espíritu Santo después de subirse á los cielos, y cumplió su promesa á los cuarenta días. Si con los dones que recibieron del Espíritu Santo los Apóstoles, quedaron bendecidos, por decirlo así é inflama-

dos en el amor de Dios; también el celebrante ruega á la Santísima Trinidad derrame sus divinas gracias sobre los presentes, para que ellas les exciten á practicar el bien, á confesar y alabar á Dios: y para que su bendición sea más eficaz, é imitando á Jesucristo, que también bendijo á todos los presentes á su ascensión, la acompaña del *signo de la Santa Cruz*, cuyo signo, siendo una oración breve pero eficaz para implorar y alcanzar todo cristiano el auxilio de Dios, equivale á decir cuando le forma el celebrante: «Ruego á Dios omnipotente que, por la majestad de su Santa é individua Trinidad, por el inefable misterio de la Encarnación del Señor, por la muerte y Pasión del mismo Jesucristo, Señor nuestro, por todos los bienes que nos dimanaron de la Cruz, os favorezca en vuestros negocios, en vuestros peligros espirituales y temporales, etc., después que os vais de aquí.»—Pero... ¿fué conveniente á los hombres que Jesucristo muriese en una cruz y no en otra parte?

Sin duda: venció el demonio con su astucia infernal á nuestros primeros padres, introduciéndose en el cuerpo de una serpiente, y subiéndose al tronco de un árbol; y así también dispuso el Eterno Padre que su divino Hijo, tomando carne humana, venciese al demonio en el árbol de la Cruz. El demonio engañó desde el tronco del árbol á Eva formada del primer hombre y fué causa aquella de que siendo vírgenes aún, faltase también Adán, «en quien todos pecamos;» pero María, la opuesta EVA ó AVE como la saludó el Arcángel, fué causa de que el segundo Adán Jesucristo, formado inmediatamente por Dios trino como el primer hombre, de otra tierra roja, es decir, de la sangre purísima de otra mujer virgen, satisficiera desde el árbol sacrosanto de la cruz por todo el género humano, y casi en el mismo estado de desnudez que al comer ellos la deleitable fruta, según la vista: ¿para qué? para revestirnos de gracia inmortal delante del Eterno Padre; para entrar en el

paraíso celestial según habitó el primer hombre en el paraíso terrenal; para enseñarnos que si hemos de entrar en el paraíso celestial ha de ser dejando los vestidos del pecado que Adán tomó. En contraposición de la fruta deleitable y de todos memorable, probó el segundo Adán hiel mezclada con vinagre, como para decirnos que no se va al cielo por el camino del deleite, sino por el de la mortificación, por el de la amargura. El fruto de un árbol fué la causa de que á ellos y á nosotros sus descendientes se nos cerrasen las puertas del cielo; pero Jesucristo, fruto pendiente de otro árbol, nos las abrió: el demonio se subió á un árbol como para inficionar el aire con su infernal veneno y, lleno de soberbia, mostrar su fingido poder soberano, aparentando lo que no tenía; pero Jesucristo, humilde, y ocultando su poder infinito, permitió ser ascendido para santificar el aire, y también para enseñarnos, (con su ejemplar inocencia y mucho padecer) el camino del cielo, al cual no se llega sino por la inocencia, ó por el contraveneno de la penitencia: nuestros primeros padres, engañados por el demonio desde el árbol, desearon ser como dioses para saber todo, *lo bueno y lo malo*; pero Jesucristo con su corona de espinas, nos dá á entender que seremos algo semejantes á Dios en eternidad, gozando sin fin con Él; y que no seremos coronados de gloria si no peleamos y vencemos á nuestros comunes enemigos, cuales son entre otros, los hombres que, haciendo las veces de demonios acaso por ignorancia, pero casi siempre envuelta con una astuta malicia, quieren engañarnos como el demonio á Eva, diciendo á las gentes sencillas: «es bueno leer, ver, saber de todo *bueno y malo*», Eva levantó la cabeza y creyó las palabras de la antigua serpiente, desobediendo al punto y no creyendo ó no dando crédito á las palabras de Dios; pero Jesucristo inclinó su divina cabeza para manifestar su fiel obediencia y decirnos que obedezcamos y creamos las palabras y doctrinas que su Eterno Padre y él, su Hijo, nos en-

señaron: permitió morir en forma de cruz con los brazos extendidos, para indicarnos que como Padre amoroso que no vino á llamar á los justos sino á los pecadores (que no se hagan sordos á su divino llamamiento,) está siempre dispuesto á abrazar á todo hijo cristiano que, arrepentido de sus pecados, le pida perdón sincero mediante sus ministros de la tierra en el Sacramento de la Penitencia. El demonio, en fin, engañó desde dicho árbol á Eva y comió ésta con su marido de la fruta prohibida un viernes sobre la hora del mediodía; pero Jesucristo permitió morir sobre otro árbol otro viernes, también sobre la hora del mediodía.— Mas porque en este día hayan sucedido dos tan grandes males, el pecado de Adán y la muerte de Jesucristo, no caigas por eso en la superstición de que el viernes sea desgraciado para los que en él «se casan ó se embarcan,» como malamente dicen y erróneamente creen algunos: no tengas como felices ó faustos unos días y como desgraciados ó infaustos otros, pues todos los días son iguales para que Dios derrame sus gracias sobre quien él quiera: tales hombres creen mil paparruchas que oyen de cualquiera burlón é ignorante en las cosas de Dios, y no quieren creer á la Iglesia, Maestra siempre de la verdad, que dice lo contrario. No los imites lector, y así, ten el viernes y también el número 13 como otro cualquiera día y otro cualquiera número. Sólo debes considerar dicho día como día de penitencia en memoria de la Pasión de Jesucristo. Ya recordarás, te dije antes del primer Evangelio, que los que no ofendieron gravemente á Dios deben hacer penitencia, (aunque no están obligados,) para asegurar mejor su salvación ó aumentar su gloria; pero que los pecadores no tienen otro camino, si han de conseguirla aunque sea sin aumento. Y á ese fin, reciban con profunda humildad la bendición del celebrante, que puede alcanzarles gracias suficientes para vencer la pereza que les domina.

Inmediatamente que los Apóstoles recibieron los

dones del Espíritu Santo, se sintieron fortalecidos para predicar el Evangelio y, de hecho, al momento comenzaron à predicarle. Por eso lo lee el celebrante inmediatamente después de la bendición. Pero antes de comenzarlo saluda la séptima vez al pueblo (vuelto de espaldas al pueblo, ya para no volvérselas á Jesucristo representado por el misal ó la sacra, ya para no distraerse,) le saluda, vuelvo á decir, con las palabras «*Dóminus vobiscum*» tomadas de la Sagrada Escritura. Siete veces le saluda con dichas palabras, pidiendo á Dios conceda á sus oyentes los siete dones del Espíritu Santo, para vencer los siete pecados capitales, contra los cuales estamos obligados á pelear: pues la vida del hombre es una milicia continuada sobre la tierra, y lo primero que debe hacer es, vencerse á sí mismo, vencer su soberbia, su afán, su avaricia, etc.

Comunmente se lee el *Evangelio de San Juan*, porque como dice un autor, «es como una síntesis de las obras de Dios y la más alta Teología,» encerrando tantos misterios como sentencias.

Terminada la Misa no dejes inmediatamente la iglesia si no tienes prisa. ¿No tienes por qué ó por quién rezar alguna cosa? Tengo como fija esta regla, deducida de lo que he visto: los pueblos que acuden tarde, ó después de sonar el tercer toque, á la iglesia, (deben prepararse según se toca el segundo ó antes) y salen con poco decoro revueltos hombres y mujeres, apretándose unos á otros, apenas el sacerdote se retira ó antes de retirarse de cumplir con su ministerio, indican su poquísima religión. Luego si también tú, lector, lo haces ¿qué manifiestas?

El *apagar las velas* representa el fin del mundo, en cuyo día, (á semejanza de la muerte del Salvador) será privado de luz.

En él, desengáñate, referirá cada uno «según obró.» Has, pues, de dar cuenta de todos tus actos, del bien omitido ó que pudiste y debiste hacer y no quisiste... tienes obligación de producir para tu Amo y Cria-

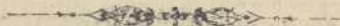
dor... ¿No ves lo que sucede entre nosotros? ¿de quién es el árbol propio plantado en heredad propia? ¿qué fin se propone el amo al plantarlo?... Si produce frutos, éstos deben ser del amo: si se *deja* quitarlos de otro, ó si después de muchos años no produce, como no sirve más que de estorbo á las plantas buenas, el amo lo corta, y por fin lo arroja al fuego á causa de no conseguir su fin intentado ó sea los frutos. Pero si le rinde muchos y sazonados, le deja vivir muchos años, teniéndole siempre cierto amor y grato recuerdo. ¿No haces tú lo propio? ¿Entiendes la aplicación? Dios criador del hombre que *plantó* ó colocó en la tierra por él creada, sin duda se propuso también que el hombre le produjera buenos frutos, honrándole, alabándole y obediéndole cuanto más tanto mejor. Si con sus actos internos ó externos, produce frutos, deben ser de Dios y para Dios. Pero si no es así, ó si se deja quitarlos del demonio, del mundo ó de la carne, al cortarle el hilo de la vida, le arrojará justamente al fuego del infierno por no haber obtenido frutos, diciendo: «á quien serviste que te pague: si á mí hubieses servido en tu vida, habría yo ahora tenido á grande honra dejarte gozar eternamente; mas como no lo hiciste... apártate...»

Si no quieres oír esta sentencia, procura hacer muchas obras buenas, oír con devoción muchas Misas... producir frutos de santidad, é irás á gozar de aquel «lugar en que se hallan todos los bienes sin experimentarse mal alguno,» encargándote también para esto pienses en la muerte antes que llegue. Al oír esta palabra *muerte* no te espantes como algunos que temen llegue su hora: mira; el inocente encarcelado, cada vez que oye abrir la puerta de su prisión, se alegra pensando irán á abrirle para poder gozar del aire libremente; pero el culpado... siente mucho que anden en ella, imaginándose que le van á sacar para castigarle según la enormidad de su delito. Así los pecadores viciosos... no quieren oír andar en las puertas de la muerte, y hacen que se callen tan útiles

conversaciones ó avisos de Dios. ¡Como si callando les habia de ir mejor, ó habrían de detener el golpe de la guadaña!... Pero los justos y los que como buenos hijos se duelen de haber ofendido á Dios y temen ofenderle, se alegran, no mueren, ni mucho menos, de espanto, por más que hablen y piensen horas enteras en la muerte, purificándose así de sus imperfecciones y animándose para perseverar en las virtudes: antes al contrario, comprenden su utilidad y ruegan á Dios les habra cuanto antes las puertas de la muerte, para salir de «este valle de lágrimas,» de esta prisión de dolor... para poder cuanto antes gozar en el cielo.

He acabado, lector, de exponerte la explicación de la Santa Misa, no porque no tenga que decir muchas cosas sobre ella, sino porque estoy previendo que esta obrita va exceder en volumen al que en el principio me propuse. Mas, aunque queda escrito que «es el Sacrificio de la nueva ley, en el que Jesucristo se ofrece á su eterno Padre por mediación del sacerdote, bajo las especies consagradas del pan y el vino;» no puedo pasar sin decirte que estimes la Santa Misa cuanto te sea posible, porque nunca la estimarás bastante, y que la oigas cuantas veces puedas. Reunidas todas las obras buenas de los hombres, y aún de los Angeles, no equivalen al santo sacrificio de la Misa, porque siempre serían obras de criaturas, mientras que la Misa es obra de Dios. Los que la oyen, uniéndose á la intención del celebrante, se convierten en sacerdotes espirituales, ofrecen á la Santísima Trinidad el presente más grande que pueden ofrecer, y le dan el culto más grande. Oyéndola se honra á la Santísima Virgen, á los Angeles y á los Santos; se alivia á las almas del purgatorio; se obtienen abundantes gracias para los vivos, y en fin, es el mejor medio de enriquecer vuestras almas. ¿Ves qué preciosidad tenemos en la Misa? ¿Quién, siendo pobre, quisiera deber teniendo al lado un tesoro conque podría pagar? Tú eres ese pobre que, oyendo Misas,

puedes pagar á Dios por las deudas de tus ofensas hechas á él, y no quieres oírlas. ¿Quién, siendo pobre, no querrá ser rico algún día? Tú, que estando ahora en tu mano el hacerte con tesoros para vivir rica y eternamente en el cielo, desprecias oír las Misas que puedes. ¿Quién estando sediento, quisiera morir de sed, teniendo cerca un caudaloso río, por no dar algunos pasos? Tú, que con solo pasar de casa á la iglesia, donde está ese abundante y cristalino río de aguas vivas que calma, revive y aparta del camino del infierno á todo pecador sediento de amor verdadero, te contentas con oír la campana y permaneces sentado, quieto. ¡Ah! no te detengas; Jesús te llama amoroso: muévete, no te detengas, vete, que en la Comunión y en la Misa derrama sus gracias especialmente; vete, no te detengas por temor, que su Corazón es todo amor y no quiere sino amor... Ámale, pues, y como el amor no repara en dar muchos pasos por su amante, dálcos también tú por tu Dios, que te ama de verdad. No digas que á qué oír muchas Misas, si con algunas enriqueces tu alma. Es verdad, pero si tuvieras mil pesetas, ¿no harías por reunir un millón? Y ¿por qué te contentarás con una Misa, pudiendo oír un millón?



Algunas preguntas

¿Instituyó Jesucristo todas las ceremonias y partes de la Misa?

Jesucristo solo instituyó las tres partes principales de ella, la oblación, consagración y sunción: las demás ceremonias, oraciones, etc., fueron instituidas por los Apóstoles y Papas, sucesores de aquellos. Primero, porque el Espíritu Santo, que rige y enseña constantemente á la Iglesia, así se lo inspiró. Segundo, porque ocupado Jesucristo en la última Cena en muchas cosas solo instituyó las tres dichas, dejando las demás á la devoción y disposición de sus Apóstoles y sucesores en el régimen de la Iglesia.

Entonces... no es la misma instituida por Jesucristo?

Sí señor; á la manera que una mujer rica, corriendo el tiempo, hace vestidos preciosos á la prole desnuda que dió á luz, á la manera que el rey da á su hijo, según va creciendo, acompañamiento de nobles y varones; á la manera que el árbol en el invierno está desnudo, pero llegada la primavera se viste y parece más hermoso con las hojas, las flores y los frutos... y sin embargo son la misma prole, el mismo príncipe y el mismo árbol; así la Misa, pasando el tiempo, ha ido siendo adornada.

Y no podría decirse que toda la vida de Jesucristo fué una celebración continua de la santa Misa?

Sí; pues ya recordarás queda dicho que la Misa es un compendio de su vida, pasión y muerte. No obstante, lo repetiré brevemente para que mejor lo veas. Jesucristo *se revistió* del traje sacerdotal en el santuario del seno materno de María, donde, al tomar nuestra carne, con ella se vistió de nuestra mortalidad. En la bendita noche de Navidad *salió* de este santuario, y, al entrar en el mundo, empezó el In-

troito. Entonó el *Kyrie-eleisón* cuando extendió sus manecitas en el pesebre, como para pedir socorro y misericordia por nosotros. El *Gloria in excelsis* fué cantado por los Angeles cuando se aparecieron á los pastores conduciéndolos hácia donde estaba el divino Niño recién nacido. Este dijo la *Oración ó Colecta* cuando pasaba las vigiliás en oración, implorando para todos los hombres que quieran ser buenos hijos de Dios, la divina misericordia. Leyó la *Epístola*, cuando hizo las explicaciones de la Ley de Moisés y los Profetas. Anunció el *Evangelio*, al recorrer la Judea predicando la buena nueva, y dando antes ejemplo. El *Ofertorio*, cuando se ofreció á Dios Padre por la salvación de los hombres. Cantó el *Prefacio*, alabando á Dios sin cesar en lugar nuestro, y dándole gracias por sus inmensos beneficios. El *Sanctus* fué celebrado por los hebreos, cuando entrando Jesús en Jerusalén el domingo «de Ramos» exclamaron: «sea bendito el que viene en el nombre del Señor,» y «viva el Hijo, el descendiente de David. El Salvador efectuó la *Consagración* en la última Cena, cuando convirtió ó cambió la substancia del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre. La *Elevación* tuvo lugar, al ser elevado en la Cruz y levantado en el aire para servir de espectáculo de admiración y ejemplo al mundo. Recitó el *Pater-noster* al enseñar á sus discípulos á orar. Hizo la *fracción* de la Hostia, ó se realizó ésta, cuando su alma santísima se separó de su cuerpo adorable. Reconocerás en el *Agnus Dei* la potestad que Jesucristo comunicó á los sacerdotes sus ministros. En la oración del *Dómine non sum dignus*, el acto del Centurión juzgándose indigno de que Jesucristo entrase en su casa, y el del Publicano, dándose golpes de pecho pidiendo misericordia en el templo. La *comunió*n tuvo lugar, siendo su santísimo Cuerpo embalsamado y sepultado. La *bendición*, cuando Jesucristo envió al Espíritu Santo sobre los Apóstoles según se lo había prometido, etc.

Y para qué sirve la Misa?

¡Vaya una pregunta tan singular! Para honrar, alabar y obsequiar á Dios más que si le ofreciésemos y diésemos nuestra vida y todo cuanto tenemos; para aplacar la divina Justicia justamente irritada por nuestras culpas propias y por las ofensas que se le hacen constantemente en todas partes; para darle gracias infinitas por los beneficios continuos é inestimables que le debemos, pues todo lo que tenemos, todo lo que somos, á él se lo debemos, de él lo hemos recibido; para pedir á Dios gracias para el cuerpo y para el alma, para el tiempo y para la eternidad; para llenar de gloria á los Santos, en cuyo honor se celebre, de alegría á los Ángeles, de paz y descanso á las almas del purgatorio, de gracias y bendiciones á los vivos; para alcanzar perdón á los pecadores, salud á los enfermos, para dar rabia al demonio, para pedir, en fin, á Dios Padre por mediación de su propio Hijo... pues la Misa en una palabra, es lo más santo y divino que puede pensarse.

Deben ayudar á Misa solamente los niños?

No, señor; porque todo el que ayuda con la debida atención, recibe mayores frutos espirituales del Sacrificio que los circunstantes y el común de los fieles: desempeña en la tierra un ministerio que los Ángeles tienen en el cielo, sirviendo á Dios. Mejor lo sabían y practicaban (sin rubor, pero sí con alegría y á grande honra, dando ejemplo con ello) los generales y reyes antiguos, que muchos hombres vergonzosos (no para representar comedias ó escenas escandalosas en los teatros de nuestros tiempos.)

¿Cuántas y cuáles son las ceremonias de la Misa?

Muchas: solo expondré las más importantes que se observan ordinariamente por el celebrante:

Dobla la rodilla (hasta el suelo).	12 veces.
Besa el altar.	9 >
Idem el misal.	1 >
Idem la patena.	1 >
Forma cruces sobre sí con la mano.	14 >
Idem sobre la ofrenda, de distintos modos.	33 >

Inclina la cabeza solamente, lo menos.	21	veces.
Idem hombros y cabeza.	7	>
Idem profundamente, de cintura arriba.	4	>
Se vuelve al pueblo.	6	>
Eleva los ojos.	13	>
En cuatro actos se da golpes de pecho.	10	>
Une las manos.	59	>
Las coloca, también unidas, sobre el borde del altar.	7	>
Idem sólo la izquierda y sobre el altar.	12	>
Idem sobre el mismo y sólo la derecha al menos.	3	>
Idem separadas una y otra sobre el altar, extendidas ó recogidas, pero á un tiempo.	24	>
Las eleva.	14	>
Ora extendiéndolas.	14	>
Idem juntándolas.	36	>
Tiende la mano izquierda sobre su pecho.	11	>
Dice <i>Dominus vobiscum</i> .	8	>
Ora en voz alta.	13	>
Idem en voz baja.	11	>
Descubre el cáliz.	5	>
Lo toca.	14	>
Idem la hostia.	5	>
Cambia de lugar.	16	> &.

¿Qué debo deducir de aquí?

Que siendo tantas las ceremonias de la Misa, y más de cien las palabras que deben pronunciarse en correspondencia con las acciones, y por consecuencia, despacio; que habiendo algunos intervalos en que nada se reza, como al trasladarse de un lugar á otro; que no pudiendo leerse en quince minutos más de 10.374 letras con una lectura atenta y devota; que constando la Misa más breve (que es la cotidiana de Difuntos) de 15.702 letras,..., no debes querer la celebren en menos de veinte minutos (la de Difuntos), y de veinticinco á 30 minutos las demás, pues de lo contrario el celebrante se expone á cometer algún pecado venial y aun mortal, por obrar en contra de

lo que mandan las rúbricas. Por esto queda dicho lo advertido después de la Epístola, para que nadie tenga impaciencia en oír Misa de los que la celebran como deben, ordenada, edificante, atenta y devotamente.

Si algunos Gobiernos, después de haber usurpado ó más claro robado los bienes á la Iglesia, deján los llevar no de la razón y de la justicia, sino del derecho *bien torcido* de la fuerza (*quia nō minor leo,*) no quisieran, como hoy el impio de Francia, dar lo convenido entre ellos y el Papa para el sustento del culto divino y sus ministros sagrados: ¿estarían obligados los fieles á sostener dichos ministros y culto?

Sí; cada uno tendría obligación (y la tienen sin duda donde el culto y sacerdotes, como coadjutores y encargados de aldeas, están tan necesitados) de ayudar según sus fuerzas: pues el dar culto á Dios es de derecho natural y divino. Para ejercer ese culto hubo en todos los tiempos ministros consagrados y empleados en él, prohibiendo el mismo Dios que nadie, sino por ministerio de ellos, se acercase al altar á ofrecerle sacrificios. Y si aquellos sacerdotes, ofreciendo unos sacrificios que solo eran sombra y figura nada más del Sacrificio verdad y real de la Misa, debían ser sustentados por los mismos en cuyo nombre los ofrecían, porque el que está obligado á conseguir ó conservar el fin, está obligado á poner los medios para conseguirlo ó conservarlo; con mucha más razón deben ser sustentados el culto y ministros sagrados y cristianos que ofrecen al Padre Eterno por toda la cristiandad el inmaculado y divino Cordero, como le llamó San Juan; *«ecce Agnus Dei,»* el inencontrable é infinito Sacrificio de su Eterno Hijo. Por esto decía el Apóstol á los fieles de Corinto: «No sabéis que los que sirven al altar, del altar participan?» Como si diría, (tomando un tiempo por otro): No sabéis *ya de siempre* que los que *servieron* al altar, del altar *participaron siempre?* «Así también—añade—dejó ordenado el Señor para los que anuncian el

Evangelio; que vivan del Evangelio,» es decir, del trabajo ó empleo en las cosas del Evangelio, porque «todo trabajador, todo el que tiene un empleo, es digno de que se le dé un salario con el que pueda sustentarse.»

Si alguna persona solo llega á la mitad de la Misa ¿estará obligada á oír otra si le es fácil, y aun con alguna molestia?

Sin duda, bajo pecado mortal: si en el pueblo no se celebra otra, pero sí en otro, distante, v. gr., tres cuartos de hora, está obligada á oírla, á no ser que lo avanzado de la edad, la debilidad, lo escabroso del camino, la lluvia, nieve, ó algún quehacer ó negocio importante, le impidan trasladarse al pueblo.

¿Cómo peca el que en días festivos universales sale de viaje por la mañana sin causa grave, previendo que no ha de poder oír Misa, v. gr., haciendo un viaje de dos horas, ó aprovechando tales días festivos, cuya ida ó regreso de horas ó de días le es indiferente ó de poca estima?

Mortalmente; lo que no importa que muchos, de reprensión dignos, lo hagan habitualmente.

Cuando en el mismo edificio de una iglesia se celebran dos misas á un tiempo ¿se debe atender á las dos?

Nó; sólo debe cuidarse de atender á una.

Y el que no sabe meditar ¿qué hará mientras la Misa?

Debe leer, si sabe, las oraciones de la Misa ú otras cosas buenas en algún devocionario; si no sabe leer, debe rezar el santo Rosario, etc. (1)

(1) Esta palabra *Rosario* procede de *rosa*, que es la reina de las flores, como María reina del cielo: la rosa procede del tronco del rosal que tiene espinas, pero ella no: así María, aunque hija de padres que contrajeran el pecado original y acaso otros pecados personales ó propios, ella no, ella rosa sin espinas de pecado, ella... *Rosa mística* como la llamamos en su Letanía: el rosal produce tres géneros de rosas; blancas, purpúreas y amarillas; y así el Rosario entero de 150 Ave-Marías (como otros tantos salmos de David), abraza los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos: el rosario, ó sea, el sitio plantado de rosales,

¿Qué podrá consolar y animar á los que dicen: «yo sentía antes grande alegría oyendo Misa, pero no ahora que me distraigo fácilmente?»

Estos, como todos los que hayan sentido dulzuras practicando el bien ó lo bueno, y no las sientan ó perciban ahora, deben tener presente lo siguiente: que así como las madres dan á sus tiernos niños la dulce leche de sus pechos, y les llevan en brazos, y manifiestan su tierno y regalado amor apretándoles muchas y repetidas veces contra su amoroso corazón, y les ponen el pecho ó la comida en la boca sin buscarla ellos, pero después no, sino que los acostumbran poco á poco al pan que es menos agradable, y á que ellos mismos busquen y se procuren la comida, sin que por eso les amen menos después que al principio, aunque ya no les hagan tanta caricia, etc., así Dios, á los principiantes en la virtud ó en lo bueno, les deja sentir como á niños sus dulzuras, les lleva como en brazos de su divino amor, les manifiesta la terneza y cuidado que tiene de ellos, dejando que gusten algo las dulzuras divinas, él mismo pone los medios para que gocen aquí las almas de sus tiernos servidores, y llega tiempo, en que, acostumbrados éstos á tales dulzuras ó haciendo Dios que se esconde para purificarlos de sus imperfecciones, no sienten sus almas tanto consuelo, pareciendo que Dios se olvida de ellos. ¿Es que Dios no les tiene amor ya?

contiene multitud de arbustos que producen rosas de suave olor y deleitan á quien las manosea; pero el Rosario cristiano rezado en honor de María, contiene otra multitud de oraciones dominicales y salutations angélicas que, frecuentemente repetidas producen un admirable olor suave y una alegría espiritual á quien manosea las cuentas de aquél, á quien reza sus plegarias repetidas con la debida detención, atención y demás condiciones. El Rosario entero, en fin, se llama *corona*, porque, con sus oraciones, meditaciones de los misterios y angélicas salutations, es como una corona tejida de ricas guirnaldas y perfumadas rosas que ofrecemos á la Virgen de vírgenes y Madre de Dios.

Lector ¿será posible que tú no honres al menos con una parte del santo Rosario dentro ó fuera de la Misa á una Madre tan tierna, tan dulce, tan agradecida?

Nó; quiere, como la madre, que hagan por buscar esa alegría, ese consuelo, esa dulzura con que se alentaban, nutrían ó alimentaban y gozaban sus almas; que sigan practicando el bien, pues no por eso los ama menos, sino más que antes, debiendo buscar ellos mismos más que el consuelo temporal como niños, la alegría y dulzura eterna como perfectos... más que el principio temporal, el fin eterno, la gloria, el delicioso pan con que se alimentan los Angeles... ¡Oh! no desconfíen, pues es una prueba que Dios les hace, para ver si le son fieles amigos, lo mismo en el tiempo de adversidad, que en el de la prosperidad; si obran por gozo y provecho propio ó por el de Dios; es que les está destetando de las cosas y deleites de este mundo, y quiere que, como los niños, anhelan por buscar el pecho, es decir, la dulcedumbre que les dió á gustar... ¡Oh! no desconfíen; es para el bien de sus almas si saben aprovecharse: á los Magos se les ocultó la estrella, redoblaron su celo, la buscaron diligentes, la hallaron y, más llenos de gozo que antes, les condujo al término de su jornada; á María inmaculada se le ocultó, se le ausentó la luz del mundo, el Sol de justicia, su divino Hijo; pero María, como á los Magos su estrella no desalentó, no desmayó en su confianza, le buscó con dolor y cuidado, y al fin le halló y aumentó su amor. Continúen, pues, todos oyendo la santa Misa y practiquen el bien con diligencia, que, al fin, encontrarán su consuelo, su alegría, su gloria, su dulzura...

Pero ¿y esa plaga de pensamientos que los distrae en la Misa y en la oración?

Son otra plaga de mosquitos enviados por el demonio, que, como los que vuelan en el verano, molestan á todos, por muy finos y hermosos que sean los hombres, y si en éstos suelen cebar más, también los justos padecen pensamientos importunos y acaso más que tú, lector; pero los vencen. —¿Cómo?— Al fin de este período lo verás. Pero—continúo—si á los del verano hacemos por despacharlos y les cerramos las

puertas para que no nos molesten, lo mismo debemos hacer con los pensamientos, hacer por despacharlos, cerrándoles la puerta de nuestra voluntad. Si á pesar de poner todo empeño todavía entra alguno por las rendijas de tu memoria y no puedes despacharlo, no te importe, (como si fuese un mosquito:) sigue trabajando, es decir oyendo Misa, rezando, comenzando, (como los Santos) y terminando por no hacerle caso, y el demonio se verá burlado, huirá.

URBANIDAD

¿No sabría usted darme alguna regla para estar en la iglesia y oír la Misa?

¿Yo?... pobre de mí, que necesito de muchas... En fin, discurriré lo que pueda é iré por partes. Aunque excuso decirte que merece mucho, muchísimo respeto la iglesia, porque es la casa del Rey por excelencia, y que si en el palacio de los reyes de la tierra se teme mucho faltar aún á los ministros ó guardias que custodian las personas reales, mucho más se ha de temer faltar y ofender á Dios en su palacio, casa ó iglesia, y á los Angeles y sacerdotes que son sus ministros, visibles estos, invisibles aquellos; voy á darte alguna instrucción, primero en un *romance*, ó lo que sea:

Al entrar en la iglesia, casa del Rey de los reyes,
Descubrir y santiguarte debes con agua bendita:
Después, sin mirar á los lados, dobladas las rodillas imita
Al que atento reza, al suelo no escupe y guarda las *leyes*
De *urbanidad*, buena postura, sin hablar palabrita:
No bostaces ó des voces con gestos ni sin ellos abriendo la [boca:
Toser fuertemente, una pierna sobre otra, mirar atrás evita
Cierra despacio puertas, de lo contrario poca
Educación manifiestas, aunque vistas levita:
Entrar embozado, correr, dar fuertes pisadas. . es de gente [loca:

Si te presentas, marchas ó cruzas un altar con Sacramento
Dobla hasta el suelo la derecha rodilla sin tardar momento:
Durante la Misa no te ausentes, atiende, reza ó de Pasión

[medita:
No estar de rodillas en el suelo del *Sanctus* ó «alzar» á vi-
[nageras segundas

Propio es de incrédulos, tibios cristianos, personas incultas:
Dad ejemplo, padres, maestros, superiores; imitad hijos,

[inferiores:
Donde quiera que estuvieres, haz lo que vieres y *debieses*.

¿Qué más me dice usted?

1.º Cuando canta el coro ó el celebrante, guárdate de hacer el dúo á media voz. 2.º No dejes el sombrero, boina, bastón, ni linternas, etc., sobre los altares. 3.º No saludes en la iglesia, sino fuera de ella, ni salgas ni te muevas de un lugar á otro sin causa grave, ni te recuestes en paredes ó pilares. 4.º Si en todas partes y lugares es faltar á la moral que las madres den el pecho descubierto á los niños, lo es más feo aún en la iglesia: la honestidad exige que se cubran del todo (hasta en casa delante de la familia) con el pañuelo, mantón, etc., sin soltarse jamás el primero y aun segundo botón del cuello de la chaqueta ó ropa exterior; (esta explicación, ó advertencia, parecerá y será vergonzosa, pero es necesaria), ni jamás dejen las mismas á sus niños rosarios, llaves, monedas, etc., para que enreden haciendo ruido: infúndanles sumo respeto en la iglesia desde sus más tiernos años, y no los dejen pasearse de una parte á otra, como algunas, acaso para que luzcan el traje, distraendo á los demás. 5.º Si diriges un Rosario (rezando tú sólo un coro) no bosteces jamás pronunciando palabras entrecortadas formando una escala musical descendente y desafinada: si no puedes evitar el bostezar, pára tu coro, calla un momento, y sigue después: nunca comiences á rezar hasta que el otro coro haya terminado, que debe acabar sin «hacer colas,» especialmente los que rezan en voz alta: debe rezarse por todos los fieles en

voz media, es decir que las *palabras* de cada uno (no un *bis bis* que apenas percibe el que produce ese ruido) puedan percibirse ó entenderse bien á diez pasos siquiera, para hacerlo todos con más recogimiento y devoción; porque el rezar secretamente, como lo hacen muchos ó muchas, está más sujeto á continuas distracciones, y, si lo hacen todos, á perderse quien dirige: ten también presente lo que dije en otra parte sobre rezar despacio. 6.º evita estornudar, pero si no puedes evitarlo, pónete siempre el pañuelo delante de la boca y no hagas ruido ó aspavientos.

Y para otros actos religiosos ¿no hay que observar alguna otra cosa?

La prudencia y buena educación suelen dictarla: fíjate en las personas verdaderamente piadosas y devotas: ahora sólo te expondré alguna cosa sobre defectos notados en las procesiones y en los entierros católicos (que también son procesiones, pues se lleva la cruz parroquial y acompaña además un ministro sagrado revestido): 1.º Está muy feo llevar en las mismas por detrás del cuerpo y debajo de la cintura el sombrero ó boina, agarrando ó tirando de ellos con las dos manos para mejor mirar sin duda á todas partes, menos á donde se debe, contribuyendo así á salirse de su fila con tan poca devoción y respeto: lo regular es que, tanto el sombrero, como la boina se lleven delante ó colgando, pero con poco movimiento, y la vista recogida. 2.º No debe irse hablando, ni riendo, sino, aún las mujeres á ser posible (lo es y muy fácil en «Hijas de María,» «asociadas del Corazón de Jesús,» cofradías de hombres, niños de la escuela, etc.,) debe irse, digo, á ser posible, en dos filas y sin pisarse, en silencio y rezando, cuidando también llevarse cada uno la distancia de dos pasos, sin partir (por la distancia) la procesión, ni ir en pelotones. 3.º Los hombres deben llevar la cabeza descubierta, no las mujeres. 4.º Si se encuentra una procesión que lleva el Santísimo, debe descubrirse, y arrodillarse al pasar por delante, si alguna imagen, sólo

descubrirse apenas se acerque la procesión; si se va acaballo y es fácil, apearse y detenerse hasta que pase, nunca atravesarla. 5.º Si se está trabajando debe suspenderse el trabajo mientras todo su tránsito, arrodillándose ó descubriéndose según lo dicho, y mirando hácia la misma sin curiosidad ni fijeza. 6.º No debe salirse de la procesión sin causa bastante grave, ni mudar de fila, ni mirar hacia atrás vuelto de frente, ni ir «en mangas de camisa,» ni mucho menos, en tal estado, tomar pendón, imagen ó caja mortuoria, sino vestido lo más decente posible, etc. Algunas faltas de las dichas hasta son castigadas por el Código civil.

¿Cuándo debe estarse de rodillas en la iglesia ó templo?

1.º La Iglesia desea que los fieles estén arrodillados durante toda Misa rezada, excepto al primero y último Evangelio. 2.º Mientras el «*Asperges*» los domingos hasta entonar el *Gloria in excelsis*; mientras las *Oraciones* después del mismo Gloria, (ó al menos en pié;) desde el *Sanctus* hasta después de tomar ó sumir el Sanguis del cáliz; mientras las últimas oraciones (ó al menos en pié); cuando da el celebrante la bendición; en las Novenas, durante la primera y última oración; en el Rosario, según costumbre, por lo menos mientras el diez primero y la Letanía; cuando se da la bendición con el Santísimo; al hacer el predicador la invocación al fin del exordio y del discurso. 3.º También deben arrodillarse donde se encuentren (buscando á ser posible las personas de su sexo) al oír tocar á «alzar,» al *Dómine, non sum dignus*, y al encontrarse con que se está dando de comulgar dentro ó fuera de la Misa, los que tienen necesidad de andar por la iglesia, como los que entran, salen ó recogen limosna entre tanto, levantándose después de terminadas las dos elevaciones, la comunión de celebrante ó de fieles, y continuando luego su camino, petición ó cargo: lo contrario está muy feo.

¿Cuándo ha de doblarse hasta el suelo la rodilla derecha?

Como se dijo ya en el verso, al llegar, salir, ver ó cruzar un altar con Sacramento; (á algunos y principalmente á las mujeres les parece mal arrodillarse, pero faltan á la reverencia, respeto y culto de Dios: la que se arrodilla es de todos admirada y alabada; (¿pues por qué no la imitan?) al doblarla el celebrante en la Epístola, Gradual, Tracto, Evangelio; al «descendit de cœlis» en las Misas rezadas (si no se está ya arrodillado;) después de las Profecías, al cantar estas palabras: «Flectamus genua, etc.»; pero nunca se dobla una sola si es por largo rato.

Debe doblarse la rodilla al pasar por delante de una imagen?

Nó; solo debe hacerse una inclinación de cabeza á las imágenes de María, de los Angeles y de 'los Santos, pero mayor á la primera que á los segundos: mas nunca debe doblarse la rodilla, pues este culto de genuflexión solo se debe á Dios y á Jesucristo Dios sacramentado ó en el sacramento de la Eucaristía.

¿Cuándo puede sentarse en la iglesia?

Durante los Kyries si son solemnemente cantados y de larga duración, mientras el «Gloria in excelsis» (después de rezado por el celebrante,) Epístola, Gradual, Tracto, Secuencia, Credo (después de rezado por el celebrante,) hasta el *sursum corda*, y después de las segundas vinageras hasta las oraciones; en Vísperas, mientras los salmos, etc.; pero nunca, á no ser que haya impedimento justo, estando de manifiesto sobre el altar ó en la custodia el Santísimo.

¿Cuándo de pié?

Durante el primero y último Evangelio, y, como se ha dado á entender, cuanto tiempo estuviere expuesto el Santísimo no pudiendo permanecer arrodillado; mientras reza el Credo el celebrante aunque la Misa sea cantada: también debe incorporarse en Vísperas, desde el capítulo que se canta antes del himno hasta la oración, etc.

¿Con qué deben las mujeres entrar en la iglesia?

No con sombrero, porque, además de no imitar á Jesucristo coronado, impiden con él que vean los que están detrás, haciendo se fijen más en el mismo, que en los actos religiosos, (¿no los prohíbe la cultura en ciertos actos profanos?) ni tampoco á ser posible con pañuelos de colores, sino con *mantilla negra*, prenda usada desde muy antiguo, y que reviste de cierta gravedad y modestia á las mujeres piadosas que con ella (no con velos transparentes,) se cubren todo el pelo, los lados de la cara, cuello, hombros, espalda y pecho, cuidando también, á la vez, de no valerse de ellas para usos profanos, como bailes, viajes, paseos, etc.

¿Obran bien los que de intento aguardan en las ciudades á la Misa «de doce» ú oyen en los pueblos la primera rezada para que no se les moleste con el sermón?

No, señor; porque, aunque se consideren ilustrados en alguna cosa, en religión no lo están regularmente, teniendo, por lo mismo, obligación en conciencia, de oír la palabra de Dios, para ilustrarse en ella. Y por más que sepan la doctrina católica, bien les viene oírla para confirmarse más y más en ella y dar ejemplo. Si verdaderamente estarían hoy así ilustrados muchos, no habría tanta indiferencia, ni se lamentaría el Papa, y veríamos que no se contentarían con oír de prisa una sola Misa entre semana, sino que la oírían, pudiendo, todos los días.—Sí, dicen algunas mujeres—yo iría todos los días, pero por no peinarme, vestirme y desnudarme tantas veces... Mas yo las replíco y digo desde aquí: si tuviesen que ir en un día al baile, á visitar á las amigas, al teatro, á los toros, al paseo, á cualquiera diversión... ¿á que no decían por la noche que no volvían al día siguiente por no peinarse, vestirse y desnudarse tantas veces? á que nó?—Pero añaden:

—¡Si está uno ó una siempre llena de negocios!

—Acaso no te engañes, digo yo; pero temo lo contra-

rio, porque mira; muchos Santos, aunque obligados á trabajos importantes, no se contentaron con oír Misa los días festivos, sino que también la oyeron todos los días. San Agustín dice de su madre Santa Mónica, que jamás dejaba de pasar un día sin asistir á Misa; Santa Eduvigis, duquesa de Polonia, oía varias todas las mañanas; San Luis, rey de Francia, oía dos ó más si podía; Enrique I, rey de Inglaterra, diariamente oía tres; y una, San Wenceslao, duque de Boemia. Estos y otros que pudiera citar, tuvieron tiempo para oír diariamente al menos una Misa, siendo muchos y grandes sus negocios. ¿Serán tantos y tan importantes los de muchos y muchas?... ¿Qué excusa podrán dar á Dios muchísimas personas que tanto tiempo les sobra para divertirse, estar en la casa del vecino, en la calle, etc.? Es verdad que el oír Misa solo obliga en los días de precepto, pero no lo es menos que Dios ha de tomarnos cuenta de lo bueno que pudimos hacer y no hicimos, lo mismo á hombres que á mujeres, igual á ricos que á pobres. En algunos pueblos para no oír Misa, abstenerse de trabajar los días festivos, rezar el Rosario, frecuentar los Sacramentos, asistir á Vísperas, ó hacer algo bueno se excusan diciendo: «aquí es *costumbre* no oír Misa, rezar el Rosario, etc. Pero yo temo y preveo también con fundamento que Dios en su día ha de contestarles después de oír la sinrazón: «en el cielo es *costumbre* también no entre nadie que dé tales excusas.» Si tú lector, eres de éstos, ¿estarás tranquilo entonces oyendo esta sentencia?... ¿Qué debes hacer para oír otra más agradable...? ¿No quisieras en aquel acto haber oído bien muchas Misas...?

Y los que malamente se salen de la iglesia ó se retiran mientras el sermón, ¿oyen bien la Misa?

Una de las condiciones que se requieren para cumplir con el precepto y oír bien la Misa es *presencia del cuerpo*: esta puede ser moral y continua: se llama *moral* aquí, si uno está presente en el lugar donde se celebra, de tal modo que puede decirse uno del

número de los que asisten y ofrecen el Sacrificio: y *continua*, que se oiga perseverantemente desde el principio hasta el fin. De donde se deduce: que si se salen de la iglesia (sin causa *grave*,) ó se retiran del concurso por tiempo notable, como es el que se necesita para un sermón por muy breve que sea: y aunque no se retiren, si están conversando, durmiendo, etc., no oyen bien la Misa: porque si están fuera, no tienen la *presencia moral* ni *continua*; y si dentro, pero conversando, durmiendo, pintando, etc., les falta la *presencia moral*, porque no puede decirse que son de los que asisten y ofrecen el Sacrificio, sino de los que ofendan á Dios en lugar de honrarle. Por consecuencia, son dignos de toda reprehensión, no oyen bien la Misa. Piensen bien todos ellos la obligación que tienen de dar buen ejemplo en todo lo bueno, no el escándalo con lo malo, y, además, las palabras de Jesucristo antes citadas: «El que es de Dios oye la palabra de Dios.» Luego el que no la oye, el que rehúsa oírla, tiene que ser del demonio.

¿Qué me dice usted de los que habitualmente se quedan junto ó recostados á la pila del agua bendita?

1.º Suelen faltar las mujeres quedándose cerca de ella, bajo el pretexto de que van tarde; pero precisamente van tarde algunas, porque tienen intención ya determinada de quedarse junto á la puerta, y, claramente, no les importa ir á tiempo. 2.º No menos faltan á la educación los hombres que, pudiendo pasar adelante, se quedan allá, tal vez recostados sobre la pila, impidiendo se tome con decoro agua bendita y el paso á los demás. 3.º Unas y otros manifiestan su tibia y escasa fe, porque el que desea oír Misa como debe, no puede desear quedarse atrás, pudiendo pasar adelante, pues voluntaria y constantemente se distrae: siendo muy probable que muchos días, fijándose en quién entra ó sale, cómo viste éste ó aquella, etc., no cumplan con el precepto de oír Misa por no estar con la debida atención. 4.º Las personas ver-

daderamente cristianas y honradas, ya sean hombres ó mujeres, estiman y han estimado siempre acercarse lo posible al altar Mayor, y esto es lo que debe hacerse siendo posible y no habiendo una causa legítima, cual sería la de una mujer que tuviese algún tierno niño que, en caso de llorar éste, saliera fácilmente aquella sin apenas llamar la atención de nadie.

Algunas objeciones

Y vamos á ver: ¿por qué no se celebra la Misa en castellano, ó de modo que la entendamos todos?

Aunque esta es una excusa que suelen dar los que, por más que puedan, no quieren oirla, haré lo que pueda por satisfacer tus deseos, diciendo primero; que procures llevar tu devocionario por muy pequeño y barato que sea (los hay hasta de 20 céntimos); que en las demás lenguas ó idiomas y dialectos, con el tiempo por malicia, por ignorancia ó por casualidad, las palabras mudan de significación, (como, v. gr., liberal, beata, gente, etc.: en las dos primeras su significación natural es buena; en la tercera, indiferente; pero en boca de los impíos, la primera (liberal) puede ser una herejía; la segunda (beata) como burla, irrisión, ofensa; y la tercera (gente) se toma á veces por ciertos animales): por lo tanto habría que variar constantemente las oraciones en todos los países; de donde necesariamente nacerían cismas, risas desprecios de la Misa y de todas las demás cosas sagradas; que así el católico que viaje por los más remotos países, encontrará siempre en la Misa y oficios divinos una misma lengua, uniformidad, etc., sucediendo lo mismo á los sacerdotes que tuviesen que trasladarse á lugares donde su idioma fuese desconocido, ó si no, tendría necesidad de llevar en su compañía

el misal y un ayudante. ¿Y si lo que fuera muy posible el misal se extraviara? ¿y si el ayudante enfermase ó muriese?... En fin, es una excusa de poca fuerza, porque hay devocionarios y semanillas que tienen las oraciones ordinarias de la Misa, y algunos aún la Epístola y Evangelio de muchos días. Por otra parte, basta que los fieles se adhieran á lo que el celebrante dice y ora, como lo hace el ayudante en nombre de todos contestando *Amén*, etc., aunque ignore la oración hecha en latín. —

—Yo, desde que suprimieron hace algunos años ciertas fiestas, y no hace mucho algunos ayunos, no pongo grande interés en oír Misa; porque á mí me parece que esas supresiones están mal hechas; los curas, la Iglesia, el Papa, hacen lo que quieren. —

—Poco á poco y no disparatar, digo yo. El Papa, habiendo causa, puede licitamente dispensar, abolir y derogar todos los preceptos de la Iglesia, y también añadir otros, pues es el Rey y Superior supremo de ella. No los suprimiría licitamente, si no habría causa; porque estos preceptos son para «más explicar y guardar mejor los divinos.» Por lo que hace relación á las fiestas y á oír Misa en ellas, sin duda obró como queda dicho acerca de la Confesión y Comuni6n Pascual: por las circunstancias de estos tiempos de indiferencia religiosa quitó con grande sentimiento suyo la obligaci6n, primero de no trabajar, y de oír Misa después: mas esto no quita para que el que quiera (no siendo por el vicio de holgar) dé culto á Dios en ellos, absteniéndose de trabajar y oyendo Misa. El que así obre no será censurado por la Iglesia, sino alabado. Téngase presente, que si el precepto de santificar las fiestas es de derecho natural en cuanto debe dedicarse algún tiempo al culto divino público, no lo es en cuanto á determinar el día y el modo: esto pertenece á la Iglesia solamente. Por consecuencia, el Papa (y no otro) puede dispensar y suprimir para la Iglesia universal la obligaci6n de no trabajar y de oír Misa algunos y muchos días, y también *crea*

nuevas fiestas.—¿Pues cómo—dirá alguno—ciertos Gobiernos solo obligan á que se guarden los domingos?—Porque temen caer de su pedestal obligados por los trabajadores, si no obligan á eso al menos; pero, si quieren obrar en nombre propio, digo que se meten en lo que ni deben, ni pueden. Solo pueden y deben ayudar á la Iglesia, al Papa, en todos los días que aquella ó éste manden. En los preceptos de la Iglesia los ministros, los emperadores, los reyes son súbditos, meros y simples fieles del Papa, porque solo él es el Rey, «la Cabeza visible de la Iglesia, el representante de Cristo en la tierra, á quien *todos* (¿te has fijado? *todos*) en las cosas concernientes á la fe y buenas costumbres, estamos obligados á obedecer.» Basta, me parece, con lo dicho para que se comprenda que el Papa puede dispensar de todo precepto de la Iglesia, á juicio suyo ó cuando él lo juzgue conveniente á la Iglesia, *sin pertenecer á ninguno de los fieles juzgar de la suficiencia de las causas*. Si los obispos y párrocos dispensan de poder trabajar, no de oír Misa, en algún día festivo, ó de algún otro precepto eclesiástico que esté dentro de su potestad, lo hacen con causa en nombre del Papa, y solo en algunos casos particulares, ó mejor dicho declaran que la causa es suficiente para no observar el precepto.

—Usted perdone, pero «Dios mandó que se santificara el sábado, no el domingo; así es que yo el domingo... trabajo y no oigo Misa.»—

No seas judío. Si Dios mandó por mediación de Moisés que se santificara el sábado, también Dios dijo dos veces de Jesucristo. «Este es mi hijo muy amado, oidle,» y á Jesucristo le oyeron los Apóstoles (nosotros también por mediación de estos:) «el que á vosotros (Apóstoles) oye, á Mí me oye; el que á vosotros desprecia, á Mí me desprecia; y el que desprecia á Mí, desprecia al que me ha enviado, á mi Padre celestial.» Luego nosotros tenemos obligación de hacer lo que manda y en el tiempo ó día que manda la Iglesia, pues así hacemos lo que manda J. C. y lo que manda

su Padre Eterno. Moisés fué un testigo fidedigno de lo que dijo y mandó Dios, y su divino precepto obligó hasta que los Apóstoles, tres de ellos testigos también fidedignos de aquellas palabras citadas, en nombre de Dios dijeron que se santificase, no el sábado por haber descansado Dios el día séptimo (que como los otros no sabemos las horas que tuvo, si 24 ó 24.000,) sino que se santificara ó consagrara á Dios el domingo, no por una como el sábado, sino por varias razones, entre otras las siguientes, que te referiré para que veas que la Iglesia al mandar ó prohibir una cosa no lo hace sin causa:

Dios, en unidad de las tres divinas Personas, comenzó la maravillosa obra de la creación en domingo; en el mismo día dió la luz y resplandor á todo lo criado; fueron creados los Angeles; en este día descansó el arca sobre los montes de Armenia después del diluvio; pasaron los hebreos el mar Rojo; comenzó á caer el Maná; nació Cristo nuestro Señor; se apareció la estrella á los reyes Magos; fué bautizado Jesucristo en el Jordán; hizo Jesucristo el primer milagro convirtiendo el agua en vino en las bodas de Canaá de Galilea; dió de comer con cinco panes y dos peces á cinco mil hombres sin contar niños ni mujeres; hizo la entrada en Jerusalén, donde le recibieron con ramos de palma; resucitó triunfante; dió á sus discípulos la potestad de perdonar ó no perdonar los pecados; les envió á enseñar su divina doctrina á todas las gentes; descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles en lenguas de fuego; en fin, probablemente en este día será el juicio universal. ¿Tiene, ó no la Iglesia motivos, para mandarnos que santifiquemos el domingo y no el sábado? Y jesó que me he dejado en el tintero el querer la Iglesia que nos diferenciemos y no nos confundamos con los judíos!—

—*Yo oigo Misa los días festivos cuando puedo, pero... si tengo que trabajar, no; porque ya ve usted hay que trabajar para comer, como dice el refrán:

«señoras, en esta mi tierra, el que no trabaja, no manduca.»

Así discarren ciertamente los que tienen á su vientre en tanta estimación como si fuese Dios. Hablo por supuesto, de los que entienden como absolutamente cierto dicho retrán, y quieren taparse con esa excusa como con una capa para librarse de la lluvia, digo, de la obligación de oír Misa y de no trabajar en días festivos. Los buenos cristianos disdurrimos mejor diciendo hay necesidad para comer sí, pero en el tiempo ó días permitidos: mas no se puede trabajar, sin grave causa, para comer, no, en los tiempos, horas ó días prohibidos, pues es preciso no olvidar que no hemos sido criados por Dios para comer solamente, sino principalmente «para servirle y amarle en esta vida y, mediante este servicio y amor, gozarle en la eterna.» Para poder servir y amar á Dios aquí algún año, sí, es preciso comer, porque si no se come, no se puede vivir sino muy poco, y el hombre debe hacer por conservar su vida, á no ser que Dios se lo permita con grave motivo. Pero el que no hace lo que Dios manda, no le sirve ni le ama. Y como el que trabaja ó no oye Misa sin grave causa, en tales días, no hace lo que Dios manda, que es abstenerse de trabajar las horas, tiempos ó días que la Iglesia determina y otros actos que manda ésta, se deduce que ni le sirve, ni le ama. Luego sin grave causa, no se puede dejar de oír Misa por el vicio, capa, costumbre ó excusa de que «hay que trabajar para comer,» pues hay más obligación de no trabajar para salvarse: es más, hay obligación de ahorrar en las horas ó días permitidos para gastarlo en los festivos ó prohibidos. En la salud se procura ahorrar para comprar las medicinas de la enfermedad que pueda ocurrir, ó para otras necesidades. Oiréis esa objección de que «hay obligación de trabajar para comer, para no oír Misa, ni abstenerse de trabajar en días festivos» tal vez de labios de un indiferente ó incrédulo albañil, carpintero, veterinario, médico, maestro, pintor, herrero, zapatero, comer-

ciante en telas y demás géneros, etc., (perdónenme los de estos oficios: igual pondría los de otros,) y como si estuviesen llenos de caridad para los trabajadores, añadirán acaso, manifestando su odio á la Religión Católica: «sí los curas quieren que los trabajadores vayan á Misa, que les paguen el jornal.» Es claro que no les desean el bien en el descanso que Dios manda y que *les es necesario*, sino el mal en el trabajo que no pueden soportar sin descansar y que Dios prohíbe. Pero, en fin, pedid al albañil que os haga gratis una pared, al carpintero una mesa, al veterinario una herradura, al médico una visita, al maestro la enseñanza de vuestros hijos, al pintor un cuadro, al comerciante, en fin que os regalen las telas, y veréis cómo, á pesar de sus buenas y caritativas palabras (al parecer,) y á pesar también de comprender la necesidad de procuraros el sustento, no os las regalan, sino que os dirán: «ahorra: para cuando necesitéis gastar.» Pues si para las cosas del mundo se debe ahorrar, no sé por qué regla de tres no deberá economizarse con mayor motivo para las que, no los curas en nombre propio, sino la Iglesia en nombre de Dios nos manda. Nadie, pues, diga que va á Misa los días festivos cuando puede, no cuando tiene que trabajar, porque el trabajo sea necesario para comer. Pues esto ordinariamente quiere decir que oye Misa cuando quiere, y no siempre que debe. Es muy común en los que dicen tales cosas el gastarse por la tarde ó por la noche lo que ganan por la mañana, ó algo más, en juegos y borracheras: por lo cual no queriendo guardar fiesta las horas de la Misa y todas las de san domingo, guardan las de san lunes, ó también las de san martes, etc., con detrimento de su salud, perjuicio de la casa y paz de su familia. Hablen por mí, si no, muchas desgracias que pagan culpas ajenas... recibiendo desagradables caricias...

¿Qué tiene usted que añadir para los que dicen: yo



iba antes á Misa, pero desde que he visto lo que son los curas...

Qué, ¿que no la oyen ahora? No habrán tenido nunca mucha fe, ni habrán pensado bien la debilidad humana propia y ajena. Porque hombres y no Angeles son los sacerdotes. Puede, en fin, decirseles que hay más curas buenos que los que á ellos les parece, pero aun dado caso que *todos* fuesen malos ¿no es cierto que el primer mandamiento de la santa Madre Iglesia es éste «oir Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar,» y que el P. Astete con otros catequistas, después de preguntar quién santifica las fiestas, responden que «el que oye Misa entera?» ¿Nos dicen acaso una y otros que la oigamos de los sacerdotes buenos? ¿y quién había de ser el que había de declarar pura la conciencia y vida de aquellos? ¿Los impíos? Pero ¡si censuran á los buenos, aunque no den el menor motivo, y aplauden á los malos con tal que estén en su partido y autoricen con el mal ejemplo su vida relajada! ¿No lo has notado hasta ahora? Si, hombre. si; sucede con los sacerdotes para los impíos lo que con las obras impresas: si son buenas, no dicen una palabra de ellas, ó si hablan es para denigrarlas; pero si son malas, las ensalzan y aplauden. En fin, yo deploro amargamente, como la Iglesia, que haya sacerdotes malos y seglares también, pero á tí lo que te importa es oír Misa entera al menos los domingos con los demás días de precepto, porque la eficacia y valor infinito de ella no depende de los méritos precisamente del sacerdote, sino de Jesucristo que es el primero y principal oferente. Todos los que asisten á la Misa son también oferentes de ella, según se dice en el «*Orate fratres,*» ut meum ac vestrum sacrificium,» para que el Sacrificio mío y vuestro...» Procuren, pues, estar en gracia, poniendo así cuanto está de su parte para que dicho Sacrificio sea más agradable á Dios. Una idea me ocurre; mira: los altos gobernantes suelen dar leyes, firmadas ó sancionadas después por el rey

ó jefe, y precisamente aquellos, más de una vez, son los primeros en pisotearlas. Es claro que la ley civil será buena ó mala; pero si es buena, aunque pisoteada por los primeros que debían dar ejemplo en cumplirla, no por eso dejará de ser buena. ¿No te parece? Pues mira: la Iglesia siempre nos manda cosas buenas, jamás nos impone, ni impondrá preceptos malos, pues están basados en la Sagrada Escritura, y ¿dejarán de ser buenas ó buenos por más que alguno ó muchos y *todos* sus ministros sagrados no observen lo que la Iglesia manda? Jamás, nunca. Además: si los seglares quebrantan los Mandamientos, ya divinos, ya eclesiásticos, ó no los observan, tendrán por castigo—¿quién lo duda?—el infierno, si mueren impenitentes; pero si los sacerdotes también mueren en las mismas condiciones,—no lo ignores—tendrán por *premio* el infierno. Déjense, en fin de críticas á espaldas nuestras, y para poder volver á oírla cada uno de su propio cura, reciban mi consejo: díganlos al oído lo malo que se dice de nosotros á tiempo para enmendarnos: lo agradeceremos mucho sabiendo que cumplen con una obra de caridad. Acaso se me diga: «es que los que ponen ese y otros reparos de los curas para no oír Misa, lo hacen para taparse, calumniando.» Pues obran, replico yo, muy mal; porque si la calumnia produce algún daño en los hombres de mala fe, lo recupera la verdad con creces en los hombres sensatos después: la verdad siempre es verdad y amada de todos en todos los tiempos; pero la calumnia siempre es mentira, y una vez descubierta su falsedad, todos odian al mentiroso calumniador y aman al calumniado, al inocente. Tal sucedió en la que los hombres de desgobierno españoles, con sus cómplices periodistas y demás, levantaron (para taparse ellos) á las Órdenes religiosas y clero secular sobre la pérdida de Cuba y Filipinas. (1) Las personas sensatas no odian hoy á di-

(1) «En las Logias masónicas de Charleston» (Estados Unidos.

chas Órdenes religiosas, però sí odiarán siempre á los masones políticos (¡tales serán también los no políticos!) que volvieron al ejército sin dejarle pelear, como atestiguan los soldados y demás clases del mismo ejército.—

—Está bien todo eso; pero yo lo que veo es, como dijo mi vecino, que hay muchas personas *instruidas* que no se cuidan de oír Misa, ni de practicar acto alguno de la Religión católica.—

—Verdad es que las hay y no pocas por desgracia, pero es porque siendo labradores de sí mismos, no se cuidan del cultivo. ¿No ves cómo se cubren en poco tiempo de yerbas malas las tierras buenas, si no se cultivan? Así las personas. ¿No tienes también notado que la falta de cultivo es lo que pierden las plantas buenas? Así los hombres. ¿No es cierto que cuando quiera se ven plantas mejores en tierras ruines, pero limpias, que en las buenas, pero plagadas de malas yerbas, abandonadas de sus amos? Así entre las gentes. Pues verás, si no lo comprendes, bien pronto resuelto el enigma de tu duda. Serán sí, acaso, *instruidos* en lo que han estudiado; pero son como plantas buenas que en su juventud ó en su carrera, no se cuidaron de recordar los consejos de sus padres y las doctrinas de sus párrocos: se dejaron plagar de vicios leyendo poco los libros de texto, y mucho novelas ó papelotes como *El Imparcial*, *Heraldo de Madrid*, *El País*... (¿recibes tú alguno de estos ú otros tan malos ó peores?...) y hoy están secos, sin el jugo de la Religión divina, expuestos tal vez á ser pasto de las llamas (eternas) como toda llama seca. En cambio, los criados en la ignorancia de las

se fragó el año 1867 la venta de las Antillas españolas (ó sea Cuba y Filipinas, conocidas en la geografía entre otras islas con ese nombre: «tempestad» (ó guerra) «que ha costado á España doscientos mil hombres. Sagasta, D. Práxedes, juró entregarlas, y traidor á su patria ha cumplido con el H. Moret y comparsa la palabra.» Así se lee en la página 262 del libro «Los tiempos presentes y el Apocalipsis de San Juan» por D. Vicente Martín y Manero.

ciencias naturales, en tierras al parecer ruines, suelen saber más de Religión, estar más fuertes en la fe (aunque no sepan explicarse,) que aquellos, (estos suelen saber hablar mucho y no decir nada,) y sin malas yerbas, es decir, sin vicios, porque procuraron cortarlos. Entiende, en fin, que tales *instruidos* habrían sido y serian buenos, si en lugar de estudiar solamente las ciencias naturales, se hubiesen servido y servirían de ellas para estudiar la ciencia de las ciencias, la Teología, lo que enseña la Religión Católica, como lo hicieron muchos Santos, v. gr., Fray Luis de Granada, Santo Tomás, etc., *mucho más instruidos* que los que tú conoces con tal nombre. Si; los *instruidos* en las ciencias naturales son como las mujeres que, si no saben aprovecharse de sus dotes ó prendas naturales y de su hermosura, se pierden ellas y extravían á los demás que las miran; pero si saben aprovecharse, pueden salvarse á sí mismas y hacer que se enmiende y dirija al cielo quien las mira y quien las ama. Son también dichos *instruidos* como los niños, porque si éstos admiran las letras, pero no entienden lo que con ellas se propuso el escritor; aquellos admiran las cosas de la creación, pero no paran su atención en lo que se propuso el Creador, que es mostrar su poder infinito, su sabiduría, bondad, justicia, providencia, etc.: son ciegos que no quieren ver la verdadera luz. Además; la Religión Católica no se opone ni teme á la ciencia, ni á los inventos. ¿No ves cómo alienta ó mueve al estudio de la física, de la química, arqueología, astronomía, etc.; como bendice al tren, al telégrafo, á la luz eléctrica, etc.? Solo se opone á lo malo, al error: en esto es intransigente y no puede menos de serlo. Porque el error y lo malo, como la libertad de conciencia, la libertad de imprenta, el robar, e.c., y la mentira, no tienen derecho alguno á que se les proteja y aplauda, sino á que se les persiga. Y si alguno, ya sea un privado, ya una comunidad, ya un Gobierno, dice, hace lo contrario, ó transige, conce-

diendo al error y á lo malo los mismos derechos que á la verdad y á lo bueno; carece de sentido común (como se lo dirán muda, pero elocuentemente todos los tribunales de justicia y examen), «no sabe lo que se pesca,» es un ignorante, demostrando con sus transigencias que nada sabe de cierto ni en religión, ni en principios naturales, ni en cosa alguna. Pero la Iglesia, mantenedora siempre de la verdad, de lo bueno y de lo justo, no és ignorante, sino altamente científica, superior á todos sus enemigos, y por lo mismo es, sí, *intransigente* en conceder derechos á lo que no los tiene, en aplaudir lo que no se puede. ¿No lo sería un maestro con cualquiera discípulo que se empeñara en discurrir, hablar y sostener delante de él que 5 enteros, y otros 2 enteros, son 8 enteros? Lo regular sería le dijese: «te prohibo discurrir, hablar y sostener tu error, y te mando que no dudes siquiera, de que 5 enteros y otros 2 enteros, son 7 enteros. Si transigiría por no indisponerse con el discípulo ¿sería digno de aplauso?...

Desengáñate lector, los verdaderos sabios sólamente se encuentran en la Religión Católica, y si los sabios del mundo que tú llamas *instruidos*, no son cristianos en plena salud, omitiendo oír Misa y no practicando acto alguno de nuestra Religión, es porque no son humildes, considerándose ellos más que otros y más que Dios, ó porque tienen vicios que condena nuestra Religión. Por lo demás cuando les llega la muerte, piden sus auxilios á esa misma Religión que hoy desprecian: prueba evidente de que comprenden que sola ella es la verdadera: ó como dicen otros; «á muchos sectarios les pesa á la hora de la muerte no haber sido siempre cristiauos de verdad; pero en cambio á ningún cristiano de verdad le pesa haberlo sido toda su vida en tal hora. Luego todos reconocen al fin, que la Religión Católica es la sola, la única verdadera. Sin fijarte pues, en esos pretendidos *sabios* ó *instruidos* y *de letras* según los llaman ordinariamente, ni en muchas calumnias que

de esa Religión y de sus ministros sacerdotes ó religiosos oírás, haz lo que ella te manda, que sin duda te conducirá al que es la Verdad.

—Mire usted; yo oigo Misa, que es lo principal en los días festivos, pero después me voy á trabajar.

—Haces muy bien en oírla, porque así honras á Dios y cumples uno de los dos preceptos, pero ten en cuenta que estás obligado también á cumplir el otro, bajo pecado grave y expuesto á condenarte. Esto debiera llenarte de terror: mas dejémoslo y sigamos. Todo trabajador, pudiendo pasar sin ello, quisiera no trabajar ó descansar: y, no obstante, tú, como tantos, te empeñas en hacer y haces lo contrario en el día festivo, contra tu alma y contra tu cuerpo. Contra tu alma, porque, despreciando la obediencia debida á Dios y á quien te manda en nombre de él, la haces digna de castigo eterno en unión de tu propia carne: y contra tu cuerpo, porque necesita de descanso. Hasta las máquinas de hierro necesitan de algún descanso: ¿cuánto más tu débil cuerpo y el de tus animales que tampoco son de hierro? No trabajes, pues, en día festivo, porque, como dice también el refrán, «lo robado no luce» ó no aprovecha, es decir, se va fácilmente. Y si no aprovecha lo robado al prójimo, ¿cómo aprovechará el tiempo robado á Dios? Y ten presente también que dos caminos ó medios hay de empobrecerse: «robar y trabajar en días festivos», los cuales, como habrás comprendido, se reducen á uno, á robar: porque trabajar en los mismos, es quitar á Dios el tiempo que debemos todos emplear en su honor. Por lo mismo, si obras en contrario, hazte cuenta que eres un ladrón del tiempo debido á Dios. El te manda y dice, como Padre, Amo y Señor, que esos días son de él y para él, y, no obstante, se los quitas, no le obedeces, no le sirves: está bien. Si tu criado te quitara ó no te sirviera 15, 20 ó más días al año, se los descontarías, al fin, de uno ú otro modo ¿verdad? Y ¿no esperas, no supones que Dios también te descontará de tu corta vida los 15,

los 20, los 1000 que tú no hayas querido obedecerle ni servirle, ó que te quitará, de mil modos que tiene á su alcance, lo que, obrando de otra manera, te concedería? Muchos, como tú, no ven sino lo que tienen delante de sus ojos: se hacen con una fanega más de tierra, aran, cavan una heredad, trabajan en madera ó hierro, venden..... y se dicen muy ufanos: «yo lo que veo es una fanega más en mis bienes, arada ó cavada mi heredad, hecho el carro, la puerta, la reja, y una ganancia en pesetas de mi venta, etc., etc.» Cierto que tendrás una fanega (ó robada) más de tierra, pero infeliz ¡nada de ella te llevarás contigo al morir! (Sigue leyendo). El labrador arroja la simiente para que Dios le dé el fruto, el cual no depende de la voluntad humana. Y ¿qué fruto dará á quien tan mal le obedeció y sirvió? Se quiere que Dios haga nuestra voluntad, y ¿por qué el hombre no hará antes la voluntad de Dios? El hace la voluntad de los hombres, es decir, les da buenos tiempos, buenas cosechas, buenos resultados en sus empresas, etc. cuando los hombres cumplen ó hacen la voluntad de Aquél cumpliendo lo que manda, como lo ha hecho con los Santos que cumpliendo éstos con la voluntad divina, concedió, dió ó hizo lo que ellos querían ó pedían. Vuelvo á preguntar: ¿qué frutos dará Dios á quien tan mal cumple lo que El manda, á quien tan mal le obedece y sirve? ¿No dispone del agua, del frío, del hielo, de los rayos del sol y de las nubes? ¿No depende de él el brazo robusto del trabajador que le desobedece, que le ofende con el hacha, el azadón ó el martillo, etc.? Y el negocio y capital del comerciante ¿no depende de Dios? ¿No puede enviar á todos los transgresores de los días festivos la desgracia de una caballería ó una enfermedad en que pierdan ó se gasten lo que ganaron, y mucho más en el tiempo robado á Dios?... ¿Si? Pues hazte la aplicación y santifica mejor el día festivo. Pero ten entendido que no se santifica con bailes, juegos, meriendas, borracheras en tabernas ó casinos... sólo se santifica

haciendo obras buenas ó santas, como oír Misa devotamente, rezar el Rosario, leer libros buenos, etc.

—¡Pues para honrar al Santo-Patrón del pueblo, se forman bailes y se hacen *buenas meriendas!*...

—Es verdad que hoy se forman bailes, pero si bien se mira, no es para santificar tales días, sino para ofender en ellos á Dios y deshorrar á los Santos. Lo propio sucede en romerías de ermitas ó santuarios: se llevan músicas para divertir á la gente joven; pero pensando un poco, se ve que las músicas con baile en dichas romerías pegan tan mal... «como la gaita en un entierro». No hay duda que las festividades del Patrón del pueblo y las romerías á ermitas se celebraban antes con espíritu de religión y penitencia y nada tenían de profano. Hoy sucede todo lo contrario en muchísimos lugares y casos: se considera á los Santos prácticamente, (¡oh vergüenza de nuestros tiempos!) como amigos ó entusiastas de bailes, de comilonas, de teatros, de toros... Por otra parte; muchos no se cuidan de oír Misa en los días referidos: van... á comer, beber, divertirse ó exhibirse. ¿Cuándo se obraba mejor, antiguamente ú hoy?... ¿y qué debe hacerse?

Basta ya de objeciones, dificultades ó excusas que los ignorantes en las cosas de la Religión, alocionados por masones, protestantes y judíos impíos en periódicos, libros y tabernas, (porque todo lo andan), suelen exponer, la mayor parte de buena fé. Téngase presente que todo lo que dicen los enemigos de Cristo en contra de la Iglesia es mentira; no son razones, son excusas, pretextos para no cumplir lo que Dios manda, ante el cual sólo valdrán algún día la razón y la verdad enseñadas por su Iglesia Santa, Católica, Apostólica, Romana.

Solo deseo que al terminar el lector mi pequeño trabajo diga:

«Tendré en cuenta cuanto aquí he leído, y haré por seguir ó practicar lo bueno que en este librito me dice el autor.»



Á MARÍA

Señora: no atendeis Vos, como tampoco vuestro Hijo el Dios de amor, al valor material de la cosa que se os ofrece, sino á la intención del que la ofrece, sea rico ó pobre, sea sabio ó ignorante, cual lo es este humilde siervo vuestro. Por eso, y como otros dedican sus trabajos literarios á personas del mundo, ya al padre ó á la madre, etc.; yo que carezco de padres carnales vivos, dedico la presente, pobre obrita primera, y regularmente la última, de mi corta inteligencia, á Vos, Reina inmortal del Cielo, bajo la advocación de NUESTRA SEÑORA DE CODÉS. Vos sois mi amorosa, tierna, cariñosa y dulce Madre espiritual, á quien deseo aquí siempre imitar, para con vuestro divino Hijo y Vos eternamente gozar. Amén.

Fiesta de la Inmaculada de 1905.

A. M. D. G.

